DOSSIER

NAM TESTIMONIOS

EL ESTILO DE VIETNAM

EL METODO Y LA LOCURA DE LA EXPERIENCIA DE VIETNAM

JINETES SOBRE LA TORMENTA

14

650 PTAS.
H.SANABRIA
2500
O.G.P.

PLANETA-AGOSTINI

DOSSIER
NAM
TESTIMONIOS

Introducción del Editor

La guerra de Vietnam tuvo un estilo propio que abarcaba desde las trazadoras en forma de arco iris disparadas por los cañones de "Puff el Dragón Mágico" hasta las hebillas de los cinturones norvietnamitas que exhibían con orgullo los soldados destinados en Vietnam; desde el olor a napalm por la mañana hasta los dibujos y leyendas estampados en los chalecos antibalas o pintados como adorno en los laterales de los vehículos acorazados.

Si querías salvar la vida, lo mejor era ser muy listo y coger onda... y hacer lo que fuera necesario para cultivar el *estilo*, aspirarlo hondamente y alimentarse de ello.

El estilo de Vietnam se adaptaba como un guante al estilo de "El Mundo", en una relación simbiótica que definía y moldeaba la época y que, a su vez, fue moldeada *por* la época. Los jóvenes del distrito de Haight Ashbury de San Francisco se alucinaban ante las imágenes en televisión de cabañas en llamas y ante las escenas en que unos tejanos de dos metros de altura torturaban a un vietnamita de un metro, descritas por la voz de fondo como "interrogatorios". Al mismo tiempo, sus hermanos movían la cabeza dentro de los hoyos de tirador y decían: "¿Has oído lo que está pasando en Chicago, tío? ¡Qué fuerte!"

Ambos estilos se alimentaban uno a otro constantemente. Los pimpollos de cara sonrosada que aterrizaban diariamente en Da Nang podían ser unos jodidos novatos, pero los veteranos sabían que traían el último álbum de los Rollings o *Soul On Ice*, de Eldridge Cleaver, o habían visto *Easy Rider* en el cine unos días antes. Y la otra cara de la moneda era que la guerra avivaba la cólera de la época, haciendo más airadas las palabras, más cortante la música, más violentas las manifestaciones.

El estilo de Vietnam-Jinetes en la tempestad nos presenta el estilo de la era Vietnam a través de artículos especialmente escritos para la ocasión y de los productos de la época. En sus páginas está todo, desde la ropa teñida a parches, que reflejaba de modo inconsciente el uniforme de camuflaje, hasta las revistas "underground", que todo quisque que se preciara llevaba en el bolsillo trasero de unos tejanos acampanados

Coged onda, poneos a tono y dejad que pasen las imágenes de los viejos tiempos

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Marzo 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - Lacez de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS**. Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 14 - El estilo de Vietnam

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

EL ESTILO DE VIETNAM

JINETES EN LA TEMPESTAD

Simpatía por el diablo 2
Tim Page

Capítulo 1 4
Las huellas de mis lágrimas
Revista *Veteran*

Capítulo 2 12
De buena tinta
Tim Page

Capítulo 3 18
Escritores
Jack Bradley

Capítulo 4 24
Desde la torre de vigilancia
Stephen Hunter

Capítulo 5 34
La felicidad, un
arma humeante
Tim Page

El muro interior 40
Steve Mason

Capítulo 6 42
Querida América
Edición de Bernard Edelman
Introducción de William Broyles

Capítulo 7 56
Esperando a mi hombre
John Morris

SIMPATIA POR EL DIABLO

A nadie le gusta pensar que la guerra es elegante o, como diría Tom Wolfe, radicalmente elegante. Pero siempre acabamos imbuidos de la jerga y el argot, los excedentes y las bajas, la música y el arte generados por "la locura del frente". Se supone que a todos nos disgusta la guerra en todas sus manifestaciones, que la detestamos hasta odiarla, y, sin embargo, acabamos siempre elogiándola en las películas, en las novelas y en los juegos infantiles. El miedo y la aversión, la tensión del terror, la oleada de excitación del combate y lo vistoso del camuflaje, son todos ellos elementos que contribuyen a crear una situación límite que pocos de nosotros confesamos adorar "La guerra es mala para los niños y demás seres vivos", decía un cartel de los 60. Sin embargo, para bastantes de los que intervienen en ella, y durante bastante tiempo, es una verdadera maravilla; el resto del tiempo es un fastidio o el más completo infierno. Los que sobreviven a tales riesgos adquieren un barniz, un lustre, un aura romántica, una visión del mundo depravada en el preciso límite entre la vida y la muerte. Como dice Marlon Brando en *Apocalypse Now:* "Me siento como un caracol sobre el filo de una cuchilla."

Ningún libro sobre el estilo de la guerra de Vietnam estaría completo sin prestar atención a los sonidos que poblaban las ondas. . las huellas de nuestras lágrimas:

"Hablemos de trazadoras, son sin duda 'monas', pero abrasan sin duda el cañón de las armas... usemos, pues, más balas..."

Se trataba de rock and roll entremezclado con anuncios pegadizos que ensalzaban las virtudes de la clase guerrera, desde el mantenimiento de los vehículos con cadenas a los sistemas de potencia de fuego eficaz. La vida se acompasaba al ritmo de la guerra y el auditorio entero se entusiasmaba con la improvisación. En aquel entonces no nos parábamos a pensar en ello, constituía simplemente el trasfondo, la única frecuencia que se recibía en Vietnam .. a menos que se entendiese vietnamita. Radio Vietnam de las Fuerzas Armadas, que posteriormente incorporaría un canal de televisión, era la voz que se llevaba al campo de batalla a escondidas o que se sintonizaba en el bar. La madre América entraba a trompicones en Vietnam en una época en que el alma de sus hijos se mecía al ritmo del rock'n' roll, las drogas y el sexo. Cantábamos "Tenemos que escapar de aquí", estuviéramos donde estuviéramos. Y allá en Estados Unidos, un verso de *Me and Bobbie McGee,* de Kris Kristofferson, compendiaba el resonante compás al que marchaban dos millones de hombres: "Libertad no es más que otra palabra que se ha dejado perder " El descorazonador gorgorito *"Buenos días, Vietnam"*, pronunciado en un tono casi alegre, sigue siendo un recuerdo tan vívido como muchas fotografías.

Luego estaban los rumores, un chorro interminable de chismes de guerra que se sabían de buena tinta. Vietnam dio pie a más historias bélicas que las que Hollywood hubiera deseado jamás. Desde los reportajes de la prensa diaria conocidos como "Las bobadas de las cinco", en los que un mapa de ordenador mostraba, por medio de un código de colores, la situación última de las zonas controladas y seguras, hasta los chismorreos que se extendían como las trazadoras de una ametralladora.. los rumores sobre la guerra llegaban a todas partes. ¿Oísteis aquel de los destellos luminosos que se desplazaban por el horizonte o el del ex infante de Marina ataviado con un pañuelo rojo como Rambo, que dirigía una patrulla del Vietcong junto al río, justo al norte de Hoi An? Oímos las cosas más ridículas, junto a informes honestamente realizados, cuyas revelaciones estallaron en el caso My Lai, se extendieron al Watergate e impulsaron el movimiento a favor de la paz.

De las huellas de las lágrimas a los escritores. La literatura de la época de la guerra de Vietnam abarcaba desde la más intelectual a la más zafia, desde la psicodelia a la era espacial. Toda una gama de novelas, revistas, periódicos y tiras cómicas encontró una intensa expresión entre una juventud desdeñosa con el poder La generación de la década de los cincuenta, repleta de precursores de la cultura del "camino" como Jack Kerouac y poetas "beat" tales como Lawrence Ferlinghetti y Allen Ginsberg, fue relevada por una cultura joven tan vibrante que amenazaba con desenmascarar el orden establecido. Los dibujantes satíricos como Ralph Steadman en la revista *Rolling Stone* destruían a sus víctimas con furia incontenible, de sus páginas goteaba la tinta como la sangre en el matadero. Incluso las historietas de *Carlitos*, ese bastión de la respetabilidad, veían a uno de sus personajes unirse a una manifestación contra la guerra de Vietnam.

Emblemas de uniformes no oficiales, manufacturados toscamente en una tarde en los suburbios de Saigón. IZQUIERDA: *Un emblema perteneciente a una de las unidades de apoyo para aprovisionamiento de tropas en la DMZ (Zona Desmilitarizada).* DERECHA: *Emblema correspondiente a un escuadrón STOL (Despegue y Aterrizaje Corto).*

En Vietnam había mucho estilo, mucho elitismo y sentimiento de superioridad, y todo ello se reflejó en el celuloide. La generación que se educó con películas tales como *Easy Rider* y programas de televisión como *Rumbo a lo desconocido* y *Gunsmoke* fue a Vietnam y se encontró embrollada en la primera guerra del mundo dominada por los medios de comunicación. De una hamburguesa de queso con Coca-cola en el motocine al enloquecedor tableteo de un M-16 en la Colina de la Hamburguesa. *Boinas verdes,* con el absurdo de ver a John Wayne caminando por una playa en la que el sol se ponía por el este y el vietcong vestía de rojo. El asedio de Khe Sanh, que estalló en el preciso instante en que los infantes de Marina se acomodaban para ver *Paraíso hawaiano,* de Elvis Presley.

De la torre de vigilancia nos trasladamos a lo que algunos han denominado el atractivo de la guerra, donde la felicidad es un arma humeante. El atractivo de las armas y los veteranos duros para los que Vietnam estaba hecho a medida. Los duros no se ajustaban a las normas y pocos se atrevían a decirles cómo tenían que comportarse. Aunque según el reglamento no podían estar en la ciudad en camisa y armados, pocas veces los sorprendía la policía militar. Los duros tenían fama de agresivos, lo que hacía que todos quisieran rozarse con ellos, por el deseo de tocar el corazón de la aventura. Los duros fueron sentados en el trono mismo del atractivo, representando el papel del macho en una guerra en que todas las normas eran elásticas. Aquellas unidades de élite tenían un carisma, un espíritu de cuerpo especial que alentaba a todos a intentar participar con ellos en otra operación.

El verdadero atractivo de la guerra, si existe tal cosa, radica sobre todo en soportar condiciones de privación y largas y tediosas horas de exposición a un ambiente que lo envuelve todo como un mal sueño. Hay que apañárselas sin putear al compañero y, cuando empieza el lío, hay que lograr superar el estallido de locura soportando la tensión nerviosa y preguntándose si le tocará a uno la china. Es difícil sentirse atractivo con los pantalones manchados con los propios excrementos. O con crueles hormigas rojas bajando por el cuello y un tirador invisible lanzando ráfagas a ambos lados del hormiguero tras el que uno se protege. Y aún peor bajo la lluvia, cuando las sanguijuelas acostumbran a meterse por los ojetes de las botas o a bajar hacia el pubis. La supervivencia es el estilo que se elige para enfrentarse a todo eso.

Del "atractivo" pasamos a los envíos postales, a las cartas que se cruzaban entre Vietnam y Estados Unidos y que hoy en día nos revelan el talante de los hombres que lucharon en el Sudeste asiático en mayor medida que puedan hacerlo todos los estudios históricos posibles. Esas cartas hablan por sí solas, como el conmovedor discurso en que Steve Manson expuso su testimonio sobre la guerra y sus secuelas. Pronunciado el 10 de noviembre de 1984, como parte de las actividades oficiales de los veteranos previas a la dedicatoria del Memorial de los Veteranos de Vietnam, *El muro interior* fue registrado en las actas del Congreso un año después.

Todas las guerras tienen su otra cara de la moneda —el apéndice putrefacto— y Vietnam no fue una excepción. Las ratas de alcantarilla que acechaban en los refugios antiaéreos; los salones de masaje enmascarados como estaciones de lavado de camiones, y las enfermedades venéreas que llegaron a ser un problema de proporciones endémicas. Fue un ejemplo de una cultura ajena infectando a otra confuciana, con madonas en minifalda que viajaban a dondequiera que los vehículos de transporte de personal instalaran su campamento, esperando al hombre.

Estimulantes, calmantes, marihuana camboyana... las drogas fueron muy utilizadas para agudizar los reflejos o calmar los nervios antes del combate. Pero, a medida que la popularidad de la guerra descendía y la moral flaqueaba, la incidencia de la adicción a las drogas duras provocó serios problemas al Tío Sam. La heroína, introducida en Vietnam del Sur en los aviones de las Fuerzas Aéreas y vendida a 2 dólares la ampolla en el exterior de las bases norteamericanas, llegó a ser tan fácil de conseguir que muchos soldados fumaban el "caballo" o lo inhalaban por el cañón de los M-16. Hubo gran cantidad de cosas desagradables en la guerra de Vietnam.

Aquellos fueron los días más enloquecidos que veremos jamás, montados en los más ingeniosos juguetes que podía concebir un gigante de la industria bélica Pero esa guerra y ese modo de vida pasaron hace ya 15 años y los 58.000 nombres grabados en esa hermosa pieza de mármol negro de Tennessee erigida en Washington D.C. lo dicen todo: "Nunca más..."

LAS HUELLAS DE MIS LAGRIMAS

Capítulo 1

En una noche tranquila y oscura era posible oír la música por todo el perímetro. Podía ser Jimi Hendrix, un solo estridente de *Little Wing* que se metía por la columna vertebral arriba mientras el vietcong cruzaba la alambrada a gatas. O Janis Joplin quejándose —"tienes que aguantar, aguantar, aguantar..."— mientras un soldado explotaba globos de chicle con un ojo puesto en la mira del fusil y el otro dilatado por las bengalas del otro lado del río.

Fue la primera guerra con auriculares de América. En los años 60, la "guerra y su música habían consumido tanta energía por el mismo circuito durante tanto tiempo que ni siquiera tenían que fusionarse", en palabras del escritor Michael Herr.

La música de Vietnam estaba por todas partes: su latido llegaba al corazón del horror. Y más aún: el rock'n'roll definía Vietnam tan bien como cualquier novela... y sigue siendo así, en parte canción de cuna, en parte danza sangrienta.

En las escenas explicativas de *Apocalypse Now*, un perturbado Martin Sheen se quejaba de los "rocanroleros de 18 años con un pie en la fosa". Exactamente, cada soldado marchaba al combate con su propia banda sonora.

Los años sesenta dejaron helados a los soldados con un mensaje musical que decía "coge onda, ponte a tono y pasa de todo", y con el hecho de que las chicas en América decían *sí* a los chicos que decían *no*. Para los soldados que ya estaban metidos en la guerra, aquello era echarles sal en las heridas

"La música era claramente una vía de escape, una forma de refugiarse en uno mismo", opina Mike Lane, de Washington, que sirvió como médico en las cercanías de Chu Lai en 1970-71. "Te ponías los auriculares porque tenías tiempo libre para dar y tomar."

"Así como el rock llegó a separar a padres e hijos, también entre los oficiales profesionales y los soldados de Vietnam existía un abismo", explica Jim Beard, un sargento que sirvió en la 1.ª División de Caballería Aérea en 1968-69. "No era raro ver a jefes de más edad escuchando música rock e intentando tomar parte, pero la mayoría de los militares era demasiado conservadora para entenderla."

Rock-detonador: una banda sonora de canciones que en su mayoría protestaban contra la guerra. El asunto era serio.

"Esas canciones (contra la guerra) no eran adecuadas", recuerda un veterano. "Aunque el 90 % de los soldados estuviera en contra de la guerra, al Ejército no le hacía gracia que se juntaran a cantar ese tipo de canciones."

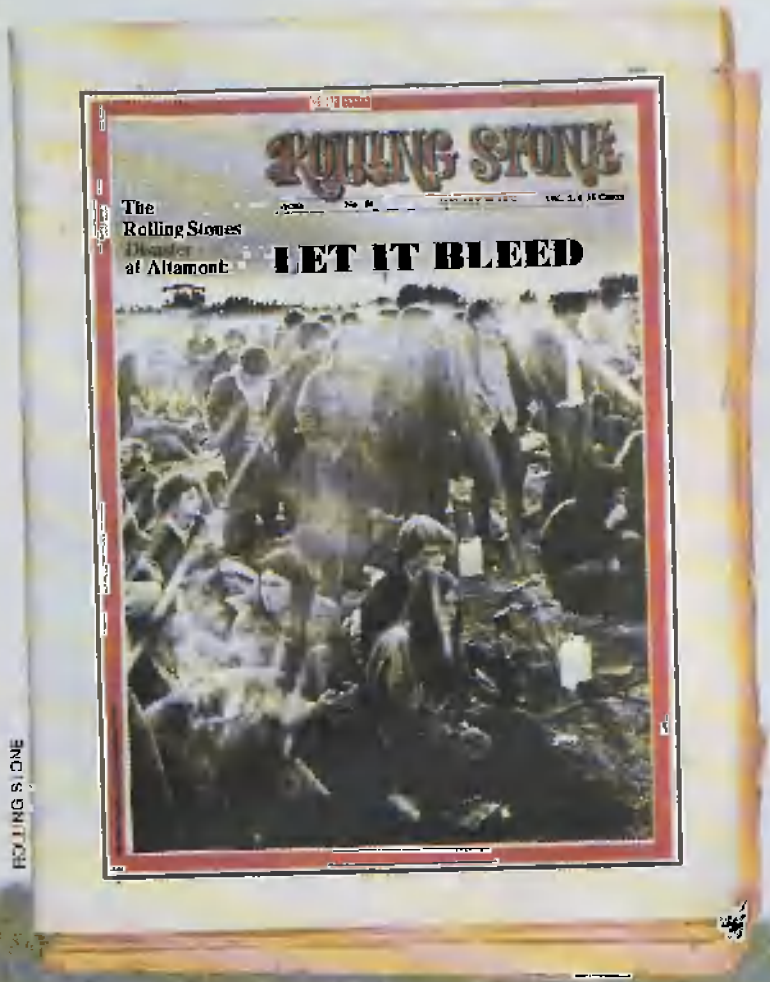
"Una canción contra la guerra podía estar bien", dice otro, "pero no tenía nada que ver con la situación, porque lo que nos preocupaba era salir con vida."

Las canciones que se tocaban a riesgo de ser llamado "traidor" eran para muchos como un bálsamo para la nostalgia, un signo de apoyo proveniente de los miembros de su generación que estaban en América.

"Para mí fue la última válvula de escape para aquella sensación de estupidez que tenía de la guerra en su conjunto", testimonió un veterano en el libro de Myra MacPherson *Long Time Passing*. La canción tendió un puente entre los soldados de Vietnam y los ciudadanos de América contrarios a la guerra.

IZQUIERDA: *Jimi Hendrix, que manejaba la guitarra como un M16.*
ARRIBA: *Los MC5, una espina clavada en el costado del orden establecido, aconsejando a la gente "desmelenarse".*

ARRIBA: *Una de las mercancías ilegales de la época.*
ABAJO. *Un álbum de los Rolling de 1968, en el que los hombres que bregan en las calles piden simpatía por el diablo*



ROLLING STONE

ARRIBA. *Altamont, 4 de diciembre de 1979: mal ácido y peores vibraciones. El día en que murió la música, en el que los Angeles cosieron a puñaladas a Meredith Hunter y le hicieron un contrato sensacional a Jagger.*

El hecho de que los soldados pudieran llevar consigo su propia música grabada atizaba la rebeldía general. La música era un antídoto medio subversivo a la, según denominación de un veterano, "ñoña" selección de las máquinas de discos de los clubes militares, tales como las socorridas *Soldier* de los Shirelles, *Navy Blue* de Diane Renee y el canturreo de Bobby Vinton sobre la vida de un soldado en su *Mr. Lonely* ("Sr. Solitario"). Para los soldados era más real, una vez que la cerveza rebosaba el vaso, agarrarse del brazo y gritar los versos de la canción *We Gotta Get Out Of This Place* ("Tenemos que salir de este lugar") de The Animals.

Lo que hacía a la música de la guerra de Vietnam tan diferente a la cultura del *Corneta Bugui-bugui* de la 2.ª Guerra Mundial era la mezcla de la política contra la guerra y la contracultura. En el frente interior se produjo una explosión de música innovadora. Cualquier veterano de la guerra o de la década de los 60, cualquiera que viviera la aparición de Los Muertos Agradecidos, el Verano de Amor o Sargent Pepper sabe bien que el panorama y la época fueron asombrosos, *alucinantes*, como se decía entonces.

Eran innumerables los soldados que notaban el enquistamiento de la guerra cuando Jefferson Airplane cantaban "Cuando la verdad resulta ser mentiras..." Los lazos de la juventud iban a revelarse más fuertes que las ataduras militares en el momento en que muchos soldados, sin siquiera edad para votar, comenzaron a recorrer los arrozales preguntándose cómo versa Lyndon Johnson a Frank Zappa.

A todo ello ha de añadirse la popularización de las nuevas tecnologías, lo que permitía a los soldados un acceso sin precedentes a las radios Sony, los estéreos Akai, las platinas Teak, las emisiones de veinticuatro horas de la radio de las Fuerzas Armadas y la música norteamericana interpretada en directo por los grupos de rock filipinos. Y por si fuera poco, semanalmente llegaban nuevos efectivos con los últimos discos de Estados Unidos. Junto con las revistas de América, los espectáculos de televisión, el acceso a las series mundiales y las películas, la importación de música a la zona de guerra caracterizó el más rápido transplante global de una cultura popular a otra que ha tenido lugar en la historia. Esto produjo también disparates como que un avión de carga provisto de ametralladoras fuera conocido por "Puff el Dragón Mágico"; y no importa que los infantes de Marina le dieran el nombre de *Spooky*, la canción de los Classics IV, pues persisten los lazos con el rock.

Aunque una canción famosa acciona el disparador de los recuerdos en casi a todo el mundo, los veteranos de Vietnam tienen la experiencia singular de una asociación casual de retazos de música norteamericana con los momentos más intensos de su vida. El fenómeno se produce con la música popular que tiene que ver con el patriotismo, la protesta, la psicodelia, los ambientes pop, el mundo negro, el veterano que regresó de la guerra pero aún no ha vuelto al mundo...

HIMNOS DE GUERRA

A medida que Vietnam iba abriéndose camino hacia el centro de la conciencia de America, el poder de la música popular se utilizaba para dar ánimos al país. El número uno en las listas de la popularidad en 1966 fue la canción del sargento Barry Sadler *La Balada de los Boinas Verdes* (cara B: *Carta de Vietnam*), promocionada por su autor en giras por las bases norteamericanas en el extranjero. Al año siguiente, los imitadores de Barry estuvieron mucho más a la defensiva, señal de que el sentimiento en contra de la guerra había comenzado a extenderse. La canción *An Open Letter To My Teenage Son* ("Carta abierta a mi hijo adolescente"), de Victor Lundberg, era un sermón en que un padre renegaba de su hijo por resistirse a ser movilizado.

Algunos temas de la música country, tradicionalmente patriótica, y de los éxitos del Oeste americano se cruzaron haciéndose pop en 1967, cuando Kenny Rogers grabó la canción *Don't Take Your Love To Town* ("No lleves a tu amor a la ciudad"), de Mel Tillis. Este tema clásico fue una de las primeras canciones que se centró en la situación del veterano.

La oleada de canciones patrióticas dio la última boqueada de la era Vietnam en 1970, cuando el caso Calley saltó a primera página: "Me llamo William Calley, soy un soldado de este país", cantado con la música de *El Himno de Guerra de la República*.

DIOS DE NUESTRA PARTE

Aunque muchas de las canciones contra la guerra de aquella época denunciaban los males de la guerra en general, el con-

flicto de Vietnam era el objeto principal de los ataques. Las primeras canciones de protesta de la era Vietnam fueron escritas por activistas de tendencia izquierdista en los primeros años de la década de los 60. Eran unos momentos en que Vietnam no era más que una lejana escaramuza entre muchas y la opinión pública norteamericana estaba todavía tratando de hacerse a la idea de ver a los barbudos de Peter, Paul and Mary en el programa de Ed Sullivan.

La primera chispa saltó con *Where Have All The Flowers Gone* ("¿Dónde se han ido todas las flores?"), de Pete Seeger, con la que The Kingston Trio logró un éxito en 1962. Seeger fue más directo al escribir *Waist Deep In Big Muddy*, "Con barro hasta la cintura".

Pero el impulso fundamental para poner la música de protesta en lugar relevante lo dio Bob Dylan. Dejando a un lado la ironía suave de *Blowin' In The Wind* y el amenazador *With God On Our Side* (Con Dios de nuestra parte), el álbum de Dylan incluía temas amargos y mordaces. *Masters Of War* ("Señores de la guerra") se dirigía al sentimiento de abandono del soldado ("Me ponéis un arma en la mano /y os ocultáis a mi vista"), mientras cualquier soldado que avanzase penosamente por las remotas regiones de Vietnam podía identificarse con el hombre de *A Hard Rain's A-Gonna Fall* ("Va a llover intensamente"), que ha estado "a 15.000 quilómetros en las puertas de un cementerio". La compleja y penetrante poesía de Dylan fue imitada por figuras satélites como Tom Paxton *(The Talkin' Vietnam Pot Luck Blues)*, Eric Anderson *(For What Was)*, Phil Ochs y Bob Gibson *(I Ain't Marching Anymore)*.

Hacia mediados y finales de los 60, las canciones contra la guerra se habían extendido a la opinión pública. Simon and Garfunkel, que ya habían incluido la fantasía del fin de la guerra llamada *Last Night I Had The Strangest Dream* ("Anoche tuve un sueño muy extraño") en su primer disco, alcanzaron más tarde uno de sus mayores éxitos con *Scarborough Fair/Canticle*.

De manera conmovedora, Simon and Garfunkel presentaban en el mismo álbum *Parsley, Sage, Rosemary and Thyme* la canción titulada *Seven O'Clock News/Silent Night* ("Noticias de las siete/Noche silenciosa"), que concluía con el discurso de Richard Nixon a los veteranos de Guerras Foráneas: "La oposición interna a la guerra es la mayor arma de este país que actúa contra Estados Unidos."

Otro imitador de Dylan fue el cantante de origen británico Donovan, que consiguió un éxito fulminante a mediados de los [illegible] con su canción *El soldado universal*. Escrita por Buffy Sainte-Marie, la canción culpaba de la falta de paz a "quien da su cuerpo como arma de guerra".

Arlo Guthrie fue buscando sus raíces hasta llegar a Dylan, y profundizó más aún —retrocediendo hasta su propio padre, Woody—. Su *Alice's Restaurant* se convirtió en un clásico antibélico para cualquier hippie escapado del servicio militar que [illegible] perseguido por una autoridad arbitraria.

A principios de los 70, Sea Train, el grupo de blues influenciado por el Oeste y formado en Nueva York, había lanzado *Ahead Messenger*. Sus versos imploraban a los activistas contra la guerra para que "llevaran un mensaje a los marines ... para deponer las armas". Cantautores que sacaban temas de música country, folk, rock, alzaban también su voz contra la guerra. Kris Kristofferson, antiguo piloto de helicópteros en el Ejército, escribió sobre el drama de un piadoso hombre de Oklahoma transplantado a Vietnam que "le dio ser un soldado cristiano llevando un arma".

ARRIBA: *Jim Morrison, de The Doors, arrestado en 1969 por escándalo público, bajo los cargos de "exponer sus partes pudendas y simular la masturbación y el coito oral".*

ARRIBA: *Los creadores del estribillo contra la guerra "Uno, dos y tres... ¿por qué luchamos? A mí no me pregunten, no me importa nada, Vietnam es la próxima parada".*

Kristofferson llevó la atención del público hacia un protegido que también había prestado servicio militar, John Prine, que hizo los dibujos de los más cínicos de los hippies contrarios a la guerra con su *Yor Flag Deral Won't Get You Into Heaven Any Mare* ("La calcomanía de tu bandera ya no te llevará al cielo"); pero su monumental tributo a la guerra fue *Sam Stone*, la inolvidable historia de un veterano inadaptado que vuelve de su-

bredosis mientras sus hijos cantan "el agujero del brazo de papá, por donde todo el dinero se va".

A principios de los 70, cuando la moral de las tropas de Vietnam estaba más baja, hasta el sano John Denver incluía, en su segundo disco, *Readjustment Blues*, un relato interesante, si bien algo trivial, de un veterano que vuelve de Vietnam y tiene que enfrentarse con las manifestaciones contra la guerra.

PSICODELICO

Para la mayoría de los que iban a Vietnam, la música era menos importante como actitud política que como expresión de una experiencia personal. La penosa y turbadora prueba de ser lanzado a una guerra lejana, hizo a muchos receptivos a las sensaciones que les ofrecía la música denominada psicodélica. Abandonando los valores tradicionales de la masculinidad y el conformismo por el pacifismo, las drogas, las visiones fantásticas y el escapismo, los temas psicodélicos llegaron a Vietnam a través de los discos de rock de Jimi Hendrix, Cream, The Amboy Dukes, The Chambers Brothers y Vanilla Fudge.

El *Soldado Desconocido* de The Doors debe de haber confirmado a innumerables soldados descuidados que en casa el desayuno era, en efecto, "la hora en que se leía el periódico". La enloquecedora dualidad de la lucha y la represión policial quedó reflejada, sin embargo, en la canción *For What It's Worth* ("Allá hay un hombre con una pistola, diciéndome que ande con cuidado"). Las frases impresionistas de Credence Clearwater Revival no mencionan nunca Vietnam, pero aún así imprime vívidas imágenes en la imaginación de los alistados: *Run Through The Jungle* ("A través de la jungla"), *Who'll Stop The Rain* ("¿Quién parará la lluvia?") y la protesta de *The Fortunate Son* ("El hijo afortunado"), "Yo no soy hijo de un senador".

Aunque *Their Satanic Majesties Request* ("A petición de sus satánicas majestades") fuera uno de los discos más flojos de los Rolling Stones, contenía un examen de la alienación que parecía a medida para el soldado de Vietnam: "La soledad es enorme; estás a dos mil años luz de casa."

El momento culminante del movimiento psicodélico quedó plasmado en el celuloide en Woodstock, en el mes de agosto de 1969. Muchos veteranos que sirvieron a principios de los 70, pueden volver a verse pasando la pipa de marihuana y sintiendo la carne de gallina mientras contemplaban la película y escuchaban la penetrante voz amplificada de Jimi Hendrix. Contemplaron a una Joan Baez embarazada dedicando canciones a su marido, encarcelado por resistirse a ser alistado. Conocieron a un cantante negro desdentado, llamado Richie Havens, que cantaba acerca del "bello Johnny" de siempre "marchando a la guerra de Vietnam". Fueron invitados a un estudio cinematográfico de Contry Joe McDonald dirigiendo a una multitud de melenudos, con el cuerpo pintado y pantalones teñidos a parches, coreando tumultuosamente un "a-la-mierda-la-guerra"

Uno de los muchos hitos de Woodstock fue el lanzamiento del grupo Crosby, Stills and Nash. En los años posteriores al festival, el remate del espectáculo *Find The Cost Of Freedom (Buried In The Ground)* ("Encontrad el precio de la libertad. Enterrado en la tierra") añadía la característica de la balada del Oeste al género contra la guerra. Más crítica y politizada era su torbellino electrónico *Ohio*, que atacaba a los "soldados de plomo y los pistoleros de Nixon", unas semanas después de la masacre de Kent State.

VOCES DEL HOGAR

Desde los transistores en el frente a los altavoces de los barracones en la retaguardia, la mayor parte de la música que oían los soldados en Vietnam les llegaba a través del Servicio de Radio y Televisión de las Fuerzas Armadas (AFRTS).

La música de la "voz del hogar" era seleccionada por presentadores locales de ocho destacamentos repartidos por Vietnam del Sur, que realizaban emisiones de 24 horas en AM y FM. La programación, que incluía espacios sindicados tales como *Wolfman Jack* y *Cita con Chris* (Noel), era una selección de las listas de los 40 o los 100 éxitos de la programación en la emisora central de Los Angeles. Normalmente, de seis a ocho semanas después que una canción fuera emitida en Estados Unidos se enviaba a Vietnam en disco y cinta magnetofónico como parte de un programa semanal de seis horas de música. Un gran problema era que el Servicio de Radio y Televisión de las Fuerzas Armadas operaba en un solo canal, lo que significaba que los presentadores musicales tenían que "mover el dial de banda a banda" para ofrecer rock, country, soul, pop y música lenta. "Había que complacer a todos, desde la esposa del general al soldado negro de 18 años", explica Larry Suid, un escritor de Washington que está escribiendo una historia del AFRTS. Sin embargo, el objetivo principal era tener a las tropas contentas.

"Lo que el soldado deseaba oír una y otra vez

IZQUIERDA: *Muchas tiendas consideraron tan indecente esta portada de Jimi Hendrix que la colocaron del revés en las estanterías.*

AL SON DE LA MUSICA

La protesta interior contra la guerra llegó a ser tan extensa que las estrellas del pop moderadas ponían en tela de juicio la razón de la guerra en las listas de éxitos radiofónicas. El idealismo juvenil y las ansias de paz aparecían en las canciones, en las que raramente se mencionaba la guerra de Vietnam, aunque se inspirasen claramente en ella, de cantantes tan inocentes como Cat Stevens *(Peace Train)* y la veterana de Woodstock Melanie *(Peace Will Come –Acording To Plan–)*. Y la ingenua futura estrella del reggae, Jimmy Cliff, incluía una canción llamada *Vietnam* en su disco de lanzamiento. *Wonderful World* ("Maravilloso mundo").

Hasta el dulce encanto de The Beatles asumió, en la persona de John Lennon, los horrores de la guerra con la canción de adhesión a las manifestaciones *Give Peace A Chance* ("Dad una oportunidad a la paz") y la más amarga y densa *Happy Xmas (War Is Over)* ("Felices Pascuas. La guerra ha terminado"). Aunque las ideas políticas de Lennon fueran confusas y a menudo mezcladas con su esfuerzo artístico personal, su utópica *Imagine* atrajo sumamente a los veteranos y fue utilizada acertadamente como final de *The Killing Fields*, una película de los 80 acerca de una de las muchas facetas de Vietnam.

DISCULPADME MIENTRAS BESO EL CIELO

Los soldados negros de Vietnam se inclinaban más hacia el jazz y el soul que sus compañeros blancos, pero sentían un afecto especial por Jimi Hendrix. El guitarrista negro nacido en Seattle había servido en el Ejército (aunque no en Vietnam) como paracaidista en los Screaming Eagle de la 101.ª Aerotransportada. El hecho de que *Purple Haze* y *Manic Depression* se oyeran en los magnetófonos de negros y blancos en Vietnam no era sino un ejemplo de que en las trincheras todos los hombres son del mismo color. Fue esta la época en que el fenómeno del racismo comenzó a verse como el producto de un sistema económico y político. Esa es la razón por la cual el musical *Hair* pudo incluir –sin ofender a nadie– una canción surrealista contra la guerra que decía: "Prisioneros en el barrio negro, es una sucia guerra."

La música negra de soul y pop comenzó también a tratar la guerra de Vietnam. La canción *What's Goin' On* ("Lo que está pasando") de Marvin Gaye fue una reacción al tumulto político general, mientras el éxito de Winstons en 1969, *Color Him Father*, trata de la vida familiar: "Mi verdadero viejo murió en la guerra..." El artista de éxito doble Edwin Starr utilizaba el jive, la estridente variante callejera del jazz, para preguntar: "¡Gue-

eran cosas de casa", explica el teniente coronel Bruce Eaton, un veterano de Vietnam perteneciente al USARTS y que sigue en activo, en Los Angeles. Continuamente solicitaban *Green Grass of Home* ("Hierba verde, verde del hogar) de Porter Wagoner, *Homeward Bound* ("Rumbo a casa") de Simon & Garfunkel, *Detroit City* ("Quiero irme a casa") de Bobby Bare, y *Leaving On a Jet Plane* ("Partiendo en avión") de Peter, Paul y Mary.

Aunque asustados a veces, los presentadores emitían obedientemente canciones polémicas como la inspirada en la droga (según se afirma) *Lucy In The Sky With Diamonds* ("Lucy en un cielo de diamantes") y Puff el Dragón Mágico. Y, aunque calificada como antipatriótica, se emitía *Blowin' In The Wind*. El éxito de 1968 de The Animals, *Sky Pilot*, suscitó quejas de los capellanes de Vietnam, y hubo una reacción en contra de las versiones del himno nacional hechas por José Feliciano y Jimi Hendrix. El jaleo mayor se armó en 1971, con la canción de Freda Payne *Bring The Boys Back Home* ("Traed a los chicos a casa"), que exhortaba a los soldados a "dar media vuelta a los barcos; tirad los fusiles".

"El objetivo era mantener a las tropas en contacto con América, no censurar o manipular", continúa Eaton. "Cualquier acto de censura tenía que ser aprobado por el alto mando, no podía hacerse por mero capricho." Por lo general el Servicio de Radio evitaba poner música que desmoralizase a los soldados y ayudase o incitase al enemigo. La embajada de EE.UU. daba una lista de temas delicados, puesto que cabía la posibilidad de que el país huésped clausurase el servicio.

Last night, this man scored.

Too few of you heard about it. To most of you, the face of this man is still a mystery. His voice, too. And that we count as a major tragedy, even in these tragic'd up times.

We suspect, however, that so far you don't give a spit. We take another tack:

MAY WE APPEAL TO YOUR BASIC INSTINCTS?

We thought so.

Astral Weeks is very erotic stuff. Its *Beside You* song, for instance, makes *The 1812* sound like 1362 (in which year, some of you may recall, happened not one damn thing, erotic or otherwise). *Beside You* will attack your senses like the sudden sniff of a whore's underwear.

For instance, *Madame George*. A nine-minute song about a man dressed in drag. Sitting in the corner. Playing dominos. Sitting on a sofa, playing games of chance. You glance into his eyes.

For instance *Cypress Avenue*. About a lonely man watching all the little girls on their way back home from school. This lonely man, and they're so young and so bold. So 14 years old.

Last night somewhere, Van Morrison sang these songs. With them, he scored with an audience who didn't expect half that much.

"A unique and timeless album."
— Rolling Stone

Who's Van? Van was the generative force behind the celebrated English group THEM. And Van is the one who wrote "Gloria." And Van was the maker of "Brown-Eyed Girl." Yes, *that* Van Morrison.

Last night Van Morrison helped rock-and-roll grow a little more. Maybe not you, but last night *some* people got dressed, got in the car, paid some bucks for tickets, sat in some audience for two hours, missed *Mayberry, RFD*.

All that to hear Van Morrison score.

Now, thanks to miracle phonograph records, Van Morrison can score in the privacy of your own home.

HOW YOU CAN SCORE

Van Morrison is not for you if, in your opinion, Spanky And Our Gang are the heaviest.

Van Morrison is for the some of you who like songmen who hit home runs most every time.

Eight home runs: *Astral Weeks*.

With it, you can hear Van Morrison score Nightly.

ra: ¿Para qué sirve?"..., y lanzaba un mensaje apenas necesario: "Absolutamente para nada." Starr concluía con *Stop The War. Now* ("Detened la guerra, ahora").

TODAVIA EN SAIGON

Para los veteranos y no veteranos que vuelven la vista atrás sobre la guerra, una señal de la importancia de la música es el hecho de que cualquier película acerca de Vietnam incluye una notable banda sonora de música rock. Francis Ford Coppola usó acertadamente el tema *The Ends*, de The Doors, en *Apocalypse Now*, yuxtaponiendo escenas de aldeas envueltas en llamas con los versos "Perdido en una aventura; el yermo del dolor". *Coming Home* ("El regreso") se inciaba con fuerza con los Rolling cantando "Estás fuera del tiempo, muchacho, pobre niño rechazado", de su canción *Out Of Time* ("Fuera del tiempo"), con la que Chris Farlowe había alcanzado el éxito en 1966.

Los años de adaptación —finales de los 70, en general— fueron una época de desilusión para muchos veteranos que tenían que poner fin a la experiencia de Vietnam. Musicalmente, fue la época en que los grupos punk eran conjuntos burlones con títulos ofensivos como *Vietnamerica* de The Stranglers y *Vietnamese Baby* de The New York Dolls.

Sólo después del cambio de década, una vez que el memorial por los veteranos de Vietnam de Washington estuvo en marcha, se hizo una música comprensiva con los veteranos. En 1981, Billy Joel lanzó su brillante *Goodnight Saigon*, una canción que concluía con el misterioso ruido de un helicóptero que se perdía en la lejanía. *Still In Saigon In My Mind* ("Todavía en Saigón mentalmente"), una composición de Dan Dayle, se transformó en un éxito del country y el pop por obra de Charlie Daniels Band en 1982.

El clima de dignidad recobrada por parte de los veteranos, junto al alentado resurgimiento del patriotismo en la era Reagan, proporcionaron un escenario receptivo en el que Bruce Springsteen, actualmente un roquero de audiencia masiva, podría interpretar su éxito de ventas *Born In The USA*. Springsteen ya había evocado la imagen del veterano en su primer álbum con *Lost In The Flood* ("Perdido en la riada"), una balada enfurecida en que habla de "el artillero andrajoso que regresa como un fugitivo hambriento". La llegada de Springsteen al escenario del rock a principios de los 70 fue el comienzo de una vuelta a los conceptos tradicionales de la virilidad romántica, un alejamiento del estilo "poeta sensible" de los blandos melenudos californianos.

Sucedería después de más de diez años de carrera, pero el tema que abría el espectáculo del Boss, acerca de ser enviado a combatir contra el hombre amarillo, llegaría a hacerse el favorito entre los veteranos de Vietnam. Tenía algo que ver con los tradicionales valores de los trabajadores. "Bruce hace que uno se sienta orgulloso de haber servido, incluso aunque no te gustara entonces", comenta John Hoffecker, natural de Wilmington, Delaware, que sirvió con el 1.er Comando Logístico en Qui Nhon, durante el año 1968. El orgullo y el patriotismo

IZQUIERDA: *Los prejuicios detrás del chic radical de los tiempos... usando el sexo, las drogas y las indirectas para vender "Van the Man".*

ARRIBA: *Puestos de "hippies", en los que la guerra se libraba con flores y psicodelia, se promovía la marihuana casera y el aire se llenaba del olor de las varillas de incienso.*

a que apela la canción ha sido mal interpretado, por supuesto, por los conservadores, que nunca han estudiado la letra de la canción ni han entendido de donde procede Bruce Springsteen. Después que el presidente Reagan citara a Springsteen durante la campaña de 1984, un periodista planteó al secretario de Prensa de la Casa Blanca la pregunta: "¿Ha escuchado *atentamente* el presidente la canción de Bruce Springsteen?" Speakes sólo pudo contestar que a Reagan le gusta "esa canción sobre Estados Unidos"

Para innumerables veteranos diseminados por el país, esos héroes que regresaron ilusionados a sus ciudades natales —normalmente sin desfiles, en un simple taxi— la música de la época de Vietnam es un solaz al que pueden volver constantemente.

Antes de enfrentarse a la decepción de la reintegración y la búsqueda de empleo, no pocos veteranos se ocultaron en su mundo interior, sumergiéndose en la banda sonora de Vietnam.

"La música era algo que el veterano llevaba dentro, una rebeldía que conservaba en su interior, pero de la que raramente hablaba", dice John Hoffecker. "La música entraba más adentro "

Capítulo 2

DE BUENA TINTA

"Manténte separado, atento a la distancia; pásalo." Cuando el mensaje llegaba al último de la fila, quizá fuera "El jefe quiere separarlos y darle un tiento a la pitanza." Era constante esa distorsión del mensaje oral al ser pregonado por una cadena de soldados mientras avanzaban penosamente por entre la espesa vegetación bajo una amenaza permanente. Pásalo. Más valía enterarse de primera mano, más valía enterarse por las vibraciones de uno mismo, sentir cuándo moverse, cuándo quedarse como muerto, qué hacer, cómo reaccionar...

Se confiaba en los rumores: eran la clave de la supervivencia, de vivir para contarlo. La historia fundamental, la ilusión de regresar. Las historias eran contadas y recontadas, tergiversadas, deformadas, corrompidas, infladas hasta adquirir dimensiones irreales. En Vietnam se oían rumores de lo más divertido... tan extravagantes que *había que* creérselos. Todos tenían una historia curiosa con que hacer reír a los demás, llamar su atención o hacerles llorar. Se pasaban las horas dándole al pico, contando bulos sobre el tema que se imponía a todos los demás: la guerra. El sinsentido llegó a ser un arte. Nadie tenía una excusa válida para estar allí y las primeras palabras vietnamitas que se aprendían eran "Xinh loi", "Lo siento".

NO ME ENGAÑARAN OTRA VEZ

Los militares crearon su propio ministerio de desinformación, el JUSPAO (Organización Conjunta para Asuntos Públicos de Servicios Unidos), que era el portavoz civil y militar de los efectivos norteamericanos en Vietnam. Una vez al día, convocaban en el Complejo Rex una conferencia de prensa, conocida entre los informadores como "las bobadas de las cinco". La Misión norteamericana tomó el Rex y lo transformó en un enjambre de oficinas. El edificio ostentaba en la azotea un bar y restaurante de primera categoría, que disponía de carne a la brasa traída diariamente por avión, servicio de coctelería a 25 centavos la consumición y una soberbia panorámica de la ciudad sobre el río Saigón. La otra orilla era campo de "Charlie" y por él sólo se atrevían a pavonearse los soldados australianos y los comandos SEAL. Sobre los manglares, interminables fuegos artificiales nocturnos.

En un principio, las conferencias de prensa diarias habían sido acordadas con un grupo de periodistas de confianza, residentes en Saigón y que nunca pasaron de 20. Tenían un trato familiar, despreocupado —casi en un ambiente de camaradería—, con el portavoz designado para intentar dar una versión mejor de los casos. Suya era la tarea de difundir las estadísticas oficiales, las columnas bien ordenadas con el número de soldados, unidades presentes, y de heridos, muertos y desaparecidos en combate. Los helicópteros y aviones figuraban en estados separados; los vehículos nunca eran mencionados, pues no eran más que material consumible. Siempre había disparidad entre el estado de campaña real y el "vamos ganando" facilitado por ellos.

Recuerdo una anécdota de 1965, cuando la Caballería Aérea se vio completamente envuelta en el conflicto, puesta a prueba contra la 1.ª Divisón completa del Ejército norvietnamita que penetró en Vietnam del Sur, la primera vez en que los B-52 fueron utilizados para bombardeos de apoyo en la operación Arc Light (Arco Voltaico). Un asunto de tierra machacada, una conmoción horrenda, unas escenas dantescas. Durante uno de esos primeros bombardeos, las fortalezas volantes fueron sorprendidas por un tifón y dos de ellas chocaron y cayeron al Pacífico. Sean Flynn —el hijo de Errol Flynn, el capitán Blood— y yo habíamos estado en las montañas durante la operación posterior y allí la pérdida de los maravillosos bombarderos era un secreto a voces. En *Star & Stripes* (Barras y Estrellas), el periódico oficial, sólo un pequeño recuadro en la página siete acerca de un accidente y una tripulación desaparecida en combate. Llegamos a la conferencia intrigados y curiosos por oír la historia oficial de lo que habíamos presenciado durante cinco días. El encargado de la conferencia nos facilitó las hojas con los estados, en que se relacionaban todas las pérdidas sufridas y los optimistas recuentos de cadáveres enemigos. Habían eliminado cierto número de helicópteros sensiblemente reducido, pero no se mencionaba ninguna pérdida de aviones. Flynn preguntó: "Comandante, ¿dónde están los dos B-52 perdidos en la tormenta?"

"Ah, hummm, veamos... Sean, ¿no? Veamos.. no tengo datos de eso."

"Pero apareció en *Stars & Stripes*, señor. Lo que quiero saber es cuántos hemos perdido. Primero dicen dos, ahora ninguno... puede que sean diez."

"No lo sé, Flynn, tendré que mirártelo." Más tarde se reveló que los B-52 no contaban, ¡porque su pérdida no se debía a una acción del enemigo!

El asunto alcanzó mayor envergadura. El país entero se transformaba en una zona de fuego libre y el FLN parecía dominar todo el lugar. Las bajas comenzaron a clasificarse como leves, moderadas o graves, según el tamaño de la unidad que las sufriera. Bajas leves en un batallón podía significar que una compañía entera había quedado fuera de combate. A medida que los porcentajes y los índices iban colándose en los estados, las cifras precisas iban dejando de existir. Los cadáveres enemigos

DERECHA: *Escuchad, ¿queréis saber un secreto? Unos centenares de metros de altura y... fin del viaje para un vietcong.*

WARMER
Partly cloudy and warmer Saturday. High around 40. Details on Page 51.

CHICAGO
SUN-TIMES

★ ★ ★ ★ ★
FINAL
TURF EDITION

Vol. 22, No. 258 Phone 321-3000 SATURDAY, NOVEMBER 29, 1969 76 Pages—10 Cents

How helicopter dumped a Viet captive to death

By Hugh Hough

A Chicago schoolteacher has turned over to The Sun-Times photographs he said show a war prisoner being dropped to his death from a U.S. Army helicopter.

The photographs were made by a helicopter pilot who was flying escort for the craft from which he said the man was dumped.

Captions accompanying the pictures indicate the man was pushed to his death because he refused to talk during an interrogation.

Article 17 of the Geneva Convention on the treatment of prisoners of war, adopted Aug. 12, 1949, provides that "no physical or mental torture, nor any form of coercion, may be inflicted on prisoners of war to secure from them information of any kind whatever. Prisoners of war who refuse to answer may not be threatened, insulted or exposed to unpleasant or disadvantageous treatment of any kind."

The United States is a signatory to the convention.

The pictures were turned over to this newspaper by Alan Jones, 22, of 15111 S. Knox, Oak Forest, a teacher at the DuSable Upper Grade Center.

"They turned my stomach," he said Friday. "It was like seeing a murder. I wanted to call the police, but there are no police to call. So I called The Sun-Times."

Jones said the pictures were mailed to his parents, Mr. and

Turn to Page 16

Exclusive photos

Moments before being dropped to his death, a captured Vietnamese dangles (arrow) from a U.S. Army helicopter. (Photos copyright, 1969, The Chicago Sun-Times)

The victim's death plunge begins. Helicopter pilot in an escort aircraft recorded the incident.

No tree waste —Daley

Story on Page 3

Loyola vs. Lane for title

Story on Back Page

JOHN FROST CD COLLECTION

Evening Standard

London: Wednesday April 28 1971

CITY PRICES

Official U.S. report: 'Drugs as plentiful as gum'

JUNKIE TROOPS— VIETNAM HORROR

Big plan for dockland's future

Principally marijuana

Bought from children

ST. LOUIS POST-DISPATCH

FINAL

Private School Outlay

War Papers Tell Of Plea To Allow Use Of A-Bomb

Declassifyi

CHICAGO Sun-Times

FINAL

More Viet secrets

Anti-Diem plotter told U.S. aides in advance

How Kennedy sent LBJ to prod Diem to ask GIs

Ellsberg on TV hits U.S. leaders

New plan gives CTA $18 million

High court rules on judge's Panther role

DAILY EXPRES

We will prevail in Vietnam, says U.S. general

MY PATH TO VICTORY

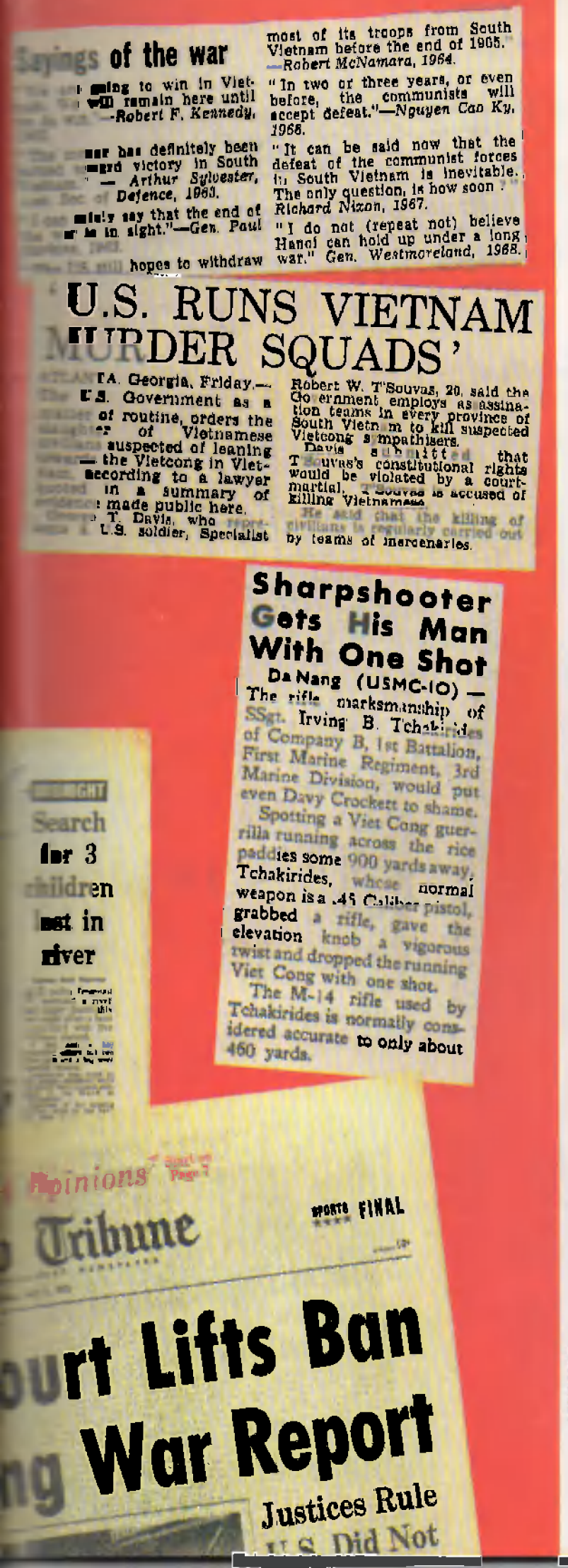
WARNING TO THE HUSBAND

Mob

War Series Resume

Supreme

on Publi



se calculaban por los regueros de sangre o los pedazos de cuerpos encontrados, en ocasiones únicamente por las toneladas de munición gastadas. Es lógico que, si se ha regado una zona con miles de toneladas de bombas y granadas, haya de haber una cifra de muertos. No importa que sólo fuera una base enemiga *supuesta*. Para impresionar al Pentágono, se sumaba a la ecuación las construcciones de bambú y palma destruidas. Después, como los puentes en Vietnam del Norte. eran reconstruidas mágicamente durante la noche. Barcos, túneles, ganado, bicicletas, documentos... todo hinchaba la memoria del ordenador para ser regurgitado luego como hojas de datos para nuestro consumo.

LOS SONIDOS DEL SILENCIO

Después de la ofensiva del Tet, en que el Vietcong y los norvietnamitas habían demostrado que ningún lugar era invulnerable, ningún sitio seguro, grandes unidades militares se movilizaron para controlar a los norvietnamitas en la Zona Desmilitarizada. aquella tierra de nadie dominada por el Ejército de Vietnam del Norte. Las bases de combate eran atacadas desde la totalidad de los cráteres hechos por las bombas, por los cortes en la alambrada: las patrullas eran constantemente hostigadas, víctimas de los francotiradores y las minas. Una generación de soldados criada con la psicodelia de Haight Ashbury alucinaba entre los fuegos artificiales nocturnos, acurrucada en los refugios tras la botella de cerveza Las bombas de la operación Arco Voltaico rizaban el horizonte. las trazadoras de una y otra parte formaban arcos luminosos. las nuestras anaranjados y rojos, las de ellos azules y verdes. Bengalas suspendidas, como misteriosa ofrenda. visión oscurecida. Luego, la quietud total, el regreso de la oscuridad y sólo la leve y amenazadora agitación de la jungla. Un bosque sereno. Con la tregua volvía el misterio y el esfuerzo por penetrar la oscuridad. Los puestos avanzados informaban de destellos de linterna moviéndose al frente y helicópteros fantasma de los norvietnamitas pasaban ante sus ojos. El radar no los detectaba, pero los soldados destacados juraban que estaban allí El enemigo tomaba unas dimensiones míticas, como superpoderes acechando entre la niebla.

En Khe Sahn era fácil volverse majara Infantes de Marina enloquecidos, desde oficiales a soldados novatos, llevados a hacer las cosas más absurdas. ¿Había una trampa explosiva en la puerta de la letrina? ¿Por qué se sentaba el jefe al extremo de la pista a echar una pipa? ¿Cuándo iba "Charlie" a volver a usar aquellos tanques que había subido encima del búnquer de mando del campamento de las Fuerzas Especiales en Lang Vei, a seis quilómetros por la carretera de Laos? Todos hacían especulaciones y algunos comenzaron a releer *Hell in a Very Small Place* ("El infierno es un lugar muy pequeño"), el libro de Bernard Fall sobre Dien Bien Phu. Se iban propagando odiosas comparaciones. Las presas fáciles, como eran ellos, inventaban buenas historias para hacerlo llevadero. La pipa va pasando y uno dice: "¿Habéis oído hablar de ese tío blanco enorme que creían haber matado cuando dirigía una patrulla norvietnamita al sur de Quang Tri? Quiero decir, el tipo cargaba una AK-47 y llevaba una cinta roja en la cabeza, y estaba en camisa. Le superaron en fuego y lo abatieron, o sea, cayó a un río. Después, se vieron acorralados y cuando consiguieron llegar, ¡no

encontraron más que rastros de sangre y casquillos de balas!"

Secretamente se aguza el oído, puesto que los desertores —especialmente aquellos que se creía que habían cambiado de bando— son un asunto espinoso y tema de acalorado chismorreo. Oficialmente, nadie va a admitir que nuestros muchachos se pasen al enemigo —".. sí, bueno, hay informes, pero aquí sólo tenemos un puñado de desaparecidos en combate"— Los porcentajes debían tener sentido. Habiendo un par de centenares de desaparecidos ciertos. tenía sentido que unos pocos hubieran optado por un fin idealista, romántico, junto a aquellos a los que había llegado a respetar como combatientes. ¿Y el soldado que no murió, que estaba haraganeando por las puertas de Camp Eagle en Phu Bai con una Polaroid? Noches después el campamento fue batido duramente y un PM que fue interrogado más tarde identificó al tipo en el archivo de "desaparecidos". La misma cara apareció meses después en el periódico *Hai Van*. Esos eran los argumentos que buscaba Hollywood: una red clandestina que nadie interceptaba. Había que estar loco para seguir ese derrotero

Donde la voz de la AFRVN —la emisora del Ejército— emitía informes llenos de palabrería, la clandestina anunciaba que había excelente "caballo" en los muelles de Canh Hoi. Los "fumadores" ocupaban los ratos de soledad en la zona de combate sintonizando la creciente red desleal. donde ahora retumbaba

JOHN FROST COLLECTION

La [illegible] de izquierda denunciaba la intervención [illegible] en Vietnam y la derecha fascista (Poder [illegible] alababa finalmente la retirada.

el último rock'n'roll. Bloqueado en Lai Khe, esperando un helicóptero en el refugio situado al borde de la pista de aterrizaje, un periodista pasa un gran canuto mientras se pregunta si lanzará la historia de un matador psicodélico. Parece ser que ha empezado a hablar del piloto de un Cobra, que ha adornado algunas tarjetas de visita con el mensaje: "¡El matador psicodélico golpea de nuevo!" Y se las coloca a sus víctimas entre los dientes... desobedeciendo órdenes, porque posa el aparato para dejar las tarjetas. Lo gordo del solitario, rumía el periodista, es que el tipo va drogado. El periodista pasa la "maría" y archiva la nueva información. Muchos llegaron a creer que eran invencibles, que nunca iban a darles, y luego fueron arrollados por un camión en el economato militar.

A uno mismo no podía ocurrirle nada, sólo al tipo de al lado. La superstición estaba muy extendida, se atribuía propiedades mágicas a las posesiones de los que habían sobrevivido a los mayores horrores. Había que permanecer junto a estas personas para que su suerte pudiese rozarle a uno.

El hombre que iba en punta necesitaba hasta la última gota de suerte que pudiera reunir. Tenía un sexto sentido y se adaptaba tanto a la búsqueda de alambres ocultos enganchados a trampas explosivas que desarrollaba una visión de rayos X... una sensibilidad que le permitía oler a "Charlie" detrás de la siguiente loma. Pocos querían ir en punta, romper la marcha, pero quienes lo querían no aceptaban otro puesto. Se salía bien o se moría... no importaba con cuántos talismanes o gorros de la suerte se cargara. Y la radio advertía continuamente: "Cuidado al cruzar el camino. Recordad que los carros de bueyes no tienen bocina" y "conservad la munición limpia y seca".

CAMINANTE DE MEDIANOCHE

Los noticiarios radiofónicos intentaban suavizar la importancia de las manifestaciones contra la guerra que se extendían en toda Estados Unidos y *Stars & Stripes* apenas las mencionaba. Únicamente Hanoi Hannah, la voz del señor "Ejem-ejem" de Vietnam del Norte, centraba la atención del soldado en la realidad que había dejado atrás. My Lai fue un simple rumor hasta que un servicio de noticias clandestino localizó a miembros de la División Americana, que seguían una carta enviada a ellos por un ex miembro de la sección del teniente Calley. Llevó un año que la matanza saliera a la luz. Había quedado pulcramente escondida tras la pantalla de un sistema militar ineficaz, y los cadáveres se habían sumado a las cifras de bajas enemigas de aquel mes.

Nunca se sabrá cuántas matanzas semejantes tuvieron lugar. Era difícil lograr un índice verdadero de bajas enemigas, cuando todo el batallón se empeñaba en inflar las cifras que daban al ordenador del Pentágono para el Este. Los prisioneros de guerra eran ejecutados sumariamente como venganza, lo cual era un grave impedimento para obtener la información necesaria; por lo tanto, se ofrecía cajas de cerveza y días de permiso en Vietnam a los pelotones que hiciesen prisioneros. Aunque ningún miembro del Cuerpo de Prensa hubiera presenciado un interrogatorio en el aire, todos conocían la historia, era algo tan rutinario como que el café estuviera grasiento: se monta a dos sospechosos de pertenecer al Vietcong en el helicóptero adecuado, se les hace unas preguntas y, no siendo válidas las respuestas, se arroja por la puerta al primer sospechoso e invariablemente el otro habla. Cuando había suerte, el que seguía a bordo era el buscado.

PROSTITUTAS

La información y el secreto duraban poco lamentablemente. El Vietcong era siempre el primero en conocer una operación a punto de comenzar. Las chicas de alterne en los locales "vapor y crema" de las estaciones de lavado de camiones de la carretera, sabían más sobre el destino de sus clientes que los inmediatos superiores de éstos. A donde quiera que fueran, los soldados llevaban detrás una ristra de niños, como el flautista de Hamelín. Los niños les vendían cocacola y soda, droga y cerveza, y a sus hermanas para postre; y pedían cigarrillos y monedas, y les robaban todo lo que no estuviera bien sujeto. Eran los ojos y la despensa del Vietcong.

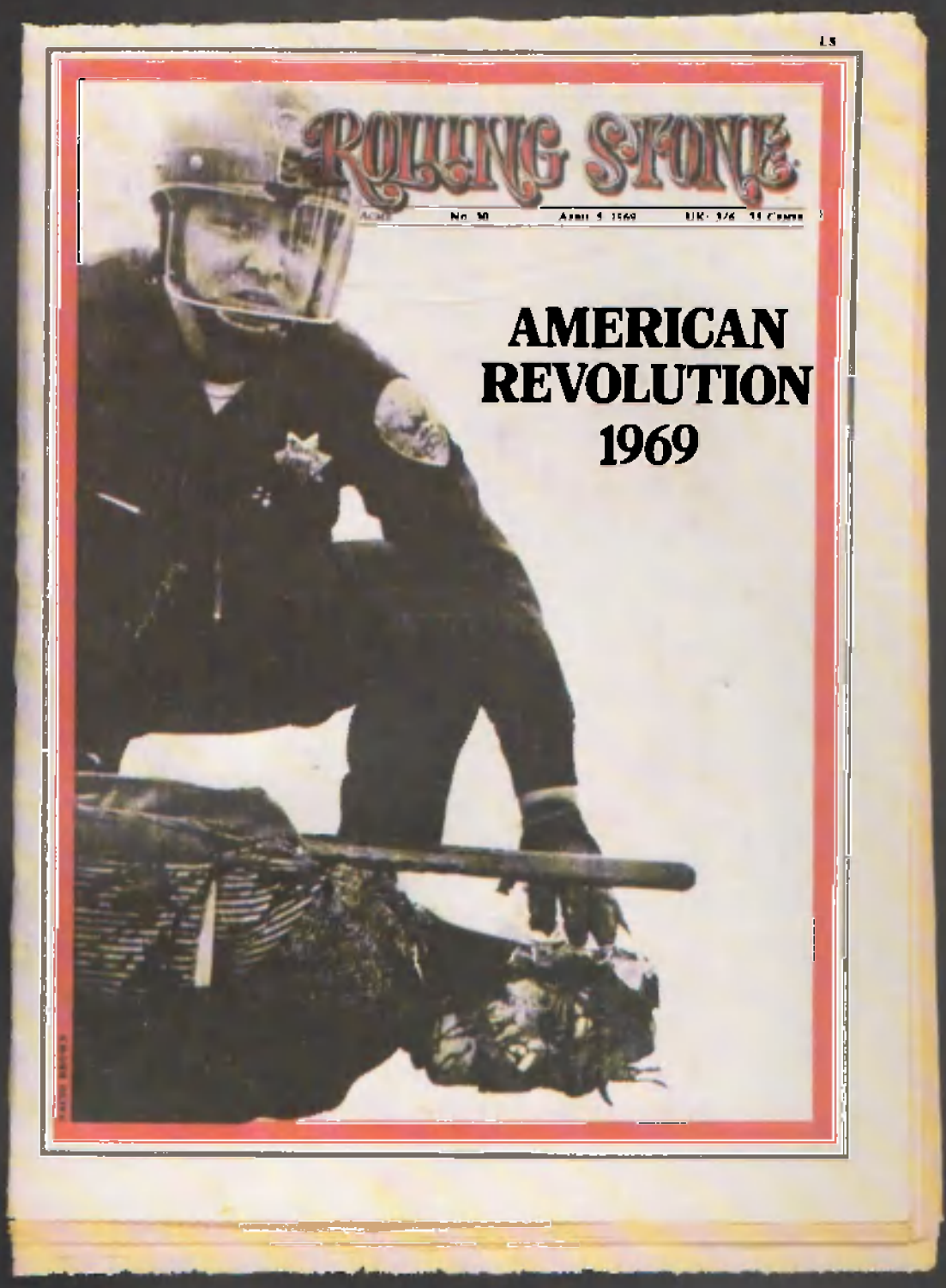
El mando intentaba atacar el síndrome, pretendiendo que en el hielo echaban cristal triturado y que la cerveza estaba envenenada. Pero la bebíamos igualmente. Se contaba el supuesto caso de un australiano que había penetrado una vagina que albergaba una trampa formada por una hoja de afeitar montada sobre un corcho.

Igualmente estrafalario era el caso del "pájaro menguante", una extraña enfermedad que sólo afectaba a los varones indios, principalmente a los tenderos de la zona de Qui Nhon, en Vietnam Central. Era un enfermedad que hacía menguar el tamaño del miembro viril, pero que no afectaba a los soldados norteamericanos ni a los vietnamitas. Nosotros marchamos hacia el norte diligentemente para comprobar la afirmación, pero no logramos más que quedar enredados en las trampas minifalderas y sufrir la ignominia de coger una de las muchas variedades de enfermedad venérea. Había muchas clases de gonorrea caracterizadas por un goteo persistente y que garantizaban una evacuación en cuarentena al gran PX (economato militar), sumándose ese lapso de tiempo al que faltase para cumplir el servicio.

Oficialmente no se daban medallas por operaciones clandestinas al otro lado de la frontera. La mención decía siempre: "por méritos durante una acción contra el enemigo" y omitía el lugar. Los comandos Delta y del Grupo de Operaciones Especiales habían organizado infiltraciones e incursiones asesinas desde que Kennedy se metió a fondo. Ningún portavoz lo desmentía ni lo confirmaba. Había que ir a la playa a oír la charla de los del 2.º Cuerpo para creer que había un núcleo de mercenarios de cómic que montaban los golpes más audaces que se pudiera imaginar. Había pequeños grupos en Laos y Camboya, virtualmente perdidos en las montañas. Casi se habían hecho nativos, estando apoyados por un puñado de soldados indígenas, en los que confiaban más que en los jefes, cuyas órdenes eran negar su existencia. La impostura tenía que defenderse diplomáticamente ante la ICC, la Comisión Internacional de Control. Sin embargo, era el secreto mejor conocido de la guerra.

Todos deseábamos salir vivos para contarlo. La guerra tenía un modo de crear sus propios mitos, sus misterios en torno a los fenómenos, que se perpetuaba por sí mismo, ocupado en cosas de más envergadura que uno de nosotros.

La ronda continuaba y las historias se iban degradando, transformándose en versiones de otros lugares y otras épocas. Estar allí excitaba la libido y la verdad tenía que ser entretenida hasta el último momento.



Capítulo 3

ESCRITORES

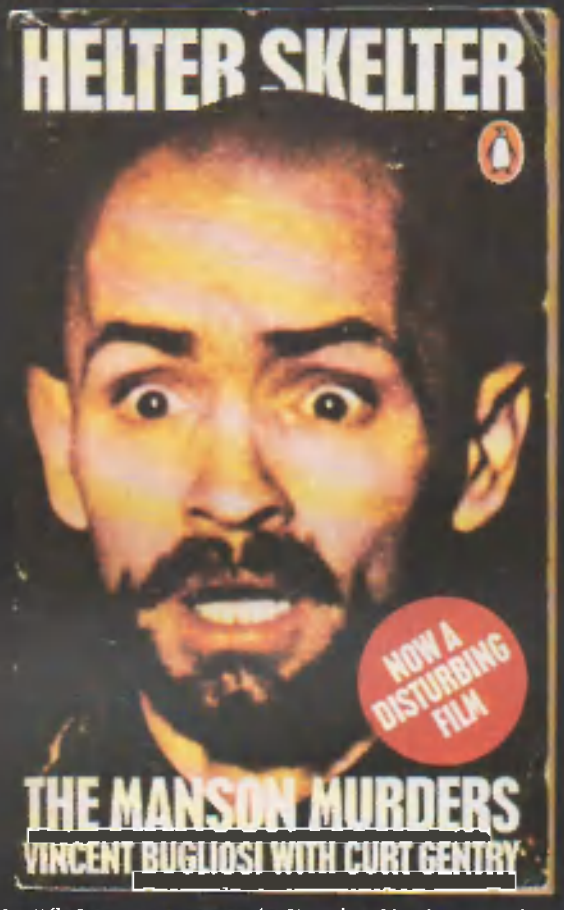
Las publicaciones de la era Vietnam —fueran novelas, poesía, teatro, comics o revistas— se reducían en último extremo a los fundamentos políticos del modo de vida. "¿Le gustaría que su esposa o sus sirvientes leyeran ese libro?" Ese fue el comienzo de todo, el espolonazo que puso en marcha la enloquecida y veloz montaña rusa que no iba a dejar de funcionar durante los siguientes quince años, reajustando parámetros, readaptando mentalidades... una revolución en blanco y negro. El año era el 1960, y Penguin Books era procesada por publicar *El amante de Lady Chatterley*, de D H. Lawrence.

¿Ridículo? Tal vez, pero únicamente para una mirada retrospectiva Desde un principio la batalla fue política, no moral, a pesar de los espumarajos echados por la boca. E incluso cuando ya alboreaban los 60, y los consejeros del presidente Kennedy deambulaban por el Delta del Mekong, hubo un intento de pretender que esta magnífica década nueva no estaba sucediendo, que los estériles y desfasados valores de los 50 —héroes contra villanos y todo lo demás— podían ganar el corazón y la mente del público. Pero fue en vano Penguin publicó el libro y, en resumidas cuentas, sólo fue condenado desde los púlpitos. Hacia finales de la década otros procesos similares, contra *El almuerzo desnudo*, de William Burrough, *Last Exit to Brooklyn* ("Ultima salida a Brooklyn"), de Hubert Selby, y *Portnoy's Complaint* ("La demanda de Portnoy"), de Philip Roth, fracasaron frente a las nuevas fuerzas del realismo y la permisividad.

Desde el inicio era como si el decenio supiera lo que iba a ocurrir La vieja de la guadaña se entrenaba, aprestándose para meter un montón de horas extras durante la sangrienta aurora de la era Acuario. En Estados Unidos, después que la bala de un francotirador hubiese llevado Dallas a las primeras páginas mundiales, la Comisión Warren echó la culpa sobre la espalda de un perturbado e iluso simpatizante socialista, siendo la irrisión de muchos y no sólo en América

Los años siguientes fueron testigos de un rápido crecimiento de los movimientos políticos alternativos: el estallido del activismo negro —*Soul on Ice* de Eldridge Cleaver, *Soledad Brother* de George Jackson—, el nacimiento de un movimiento feminista radical —*El miedo a volar* de Erica Jong— y la anarquía de los hippies —*Steal This Book* ("Roba este libro") de Abbie Hoffman. No se trataba sólo de "coge la onda, ponte a tono y olvídate"... En muchos casos era "¡Contra la pared, hijoputas!".

Entre los primeros soldados que hendieron la espuma en Da Nang en 1965, había muchos que ya habían leído dos novelas que serían pilares básicos en el moldeado de las actitudes e inquietudes de la era. Se trataba de *Catch 22*, de Joseph Heller, y *Alguien voló sobre el nido del cuco*, de Ken Kesey.



IZQUIERDA: *La cara horrible de una América desgarrada por la división interna.* ARRIBA: *La obra clásica contra la guerra de Kurt Vonnegut, cuyo tema se desarrolla combinando viaje espacial y miradas retrospectivas.*

ARRIBA: *"Señores y señoras de Estados Unidos, soy lo que ustedes han hecho de mí y el perro rabioso diablo asesino fanático leproso es un reflejo de su sociedad." Palabras de Charles Manson sobre su condena, 1971.*

IND 33630

ROLLING STONE

No. 95
November 11, 1971
60¢
UK 15p

Our Fourth Anniversary Issue

Fear and Loathing in Las Vegas: A Savage Journey to the Heart of the American Dream by Raoul Duke

Beach Boys: Part Two of A California Saga

The Band: "It's The Restless Age" by Jon Landau

C, S, N&Y Come Together Again

At Work with Fellini On His Next Epic

From Texas: The Young Americans For Freedom in Congress

ROLLING STONE

La obra maestra de Heller, con su parodia de las actitudes militares y su adhesión estricta al reglamento, hablaba en nombre de cada uno de los soldados condenados a luchar y morir por el logro de un satisfactorio recuento de cadáveres. Ken Kesey se había prestado voluntario para unos experimentos con drogas patrocinados por el gobierno y posteriormente llegó a ser asistente en la sala psiquiátrica del hospital de veteranos. *El nido del cuco* fue el resultado, un sentido alegato en defensa de la libertad del individuo y la rotura de las ataduras —autoritarias, psicológicas, capitalistas— del mundo moderno. Kesey continuó hasta formar los Merry Pranksters (Alegres Pillastres) con los que recorrió la costa occidental de América, proporcionando drogas, música y modos alternativos de vida —aunque sobre todo drogas— a todos los que se atrevían a acercarse. Tom Wolfe relató la saga en *The Electric Kool-Aid Acid Test*, iniciando con ello el camino hacia la fama, y Kesey fue arrestado.

En 1966, mientras el coste de la guerra, en hombres y material, se disparaba de forma incontrolada, el libro *A sangre fría* de Truman Capote causaba impacto en las vitrinas de las librerías. Aquella historia real conmovió y escandalizó al público, no sólo por su exploración en los motivos oscuros que llevaron a dos vagabundos a provocar una carnicería, sino también por su descripción del funcionamiento, implacable y despiadado, de la justicia norteamericana. Suscitando la pregunta de quién mataba a quién a sangre fría exactamente, demostraba que una herida malsana crecía en el corazón de la sociedad americana.

"¡Detened la guerra, ya!" y "¡No, no vamos a ir!", eran los toques a rebato de la época, que sonaban en cada campus universitario y en cada barrio marginal, arrojados por la juventud de Estados Unidos a la cara del poder. Y los escritores salieron en su ayuda fervorosamente. En respuesta a la demanda del presidente Johnson a la comunidad intelectual para que respaldase la guerra, los poetas norteamericanos preguntaron: *¿Dónde está Vietnam?* Norman Mailer, cuya novela *Los desnudos y los muertos*, escrita en 1948, disfrutaba de un renacimiento, hacía también una pregunta *¿Por qué estamos en Vietnam?*, inquiría, junto a millones de norteamericanos. Las respuestas no fueron satisfactorias en absoluto.

La desesperación, siempre apenas por debajo de la superficie, comenzaba a asomar y los escritos del período lo reflejaban. Richard Brautigan empezó a tirotear al público con una sarta de novelas que, pese a su intensa belleza lírica, estaban teñidas de un fatalismo triste y melancólico. Kurt Vonnegut, él mismo prisionero de guerra alemán en otro tiempo, y testigo del holocausto de Dresden, publicaba novelas —en parte fantasía científica, en parte surrealismo de tebeo— basadas en una feroz

Tanto la prensa sindicada como los comics "underground" seguían marcando el ritmo. PARTE SUPERIOR: *Snoopy se enamora de una pacifista, mientras Dopin' Dan* (ARRIBA) *se "coloca" a salvo.*

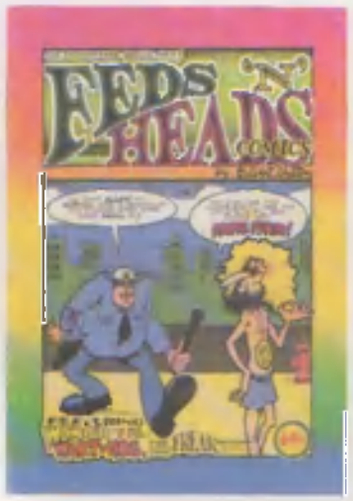
IZQUIERDA. *La primera aparición impresa de "Miedo y Aversión en Las Vegas", el ejemplo clásico de "Periodismo Disparatado", obra de Hunter S. Thompson (Raoul Duke).*

aversión a la guerra y a las fuerzas corruptas y empobrecedoras que la engendraban.

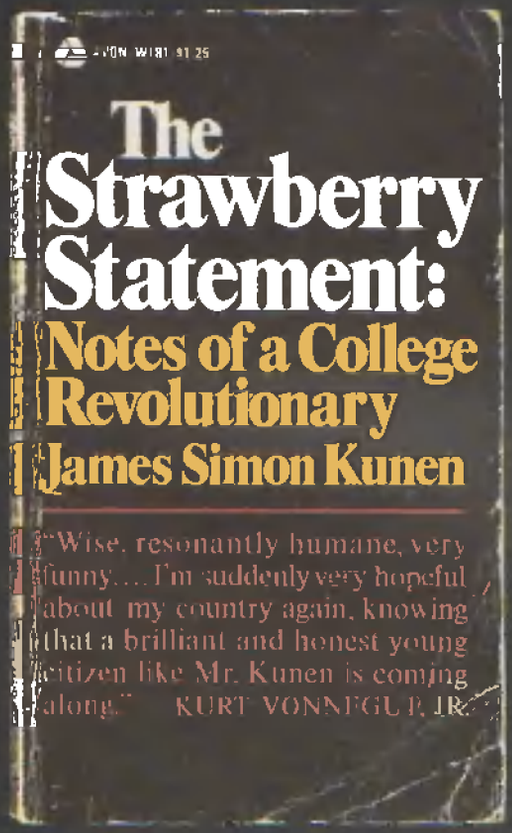
La muerte se cernía pesadamente en el aire y muchos jóvenes, sin esperanzas de hallar paz o alguna ilusión en una época cada vez más amarga, se volvían hacia el cansado misticismo de Herman Hesse o la fantasía de un mundo antiguo de *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien. Leyeron detenidamente *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*, *El profeta* de Kahlil Gibran y la filosofía espuria de Carlos Castaneda. Seducidos por sueños, caminaron penosamente desde la tierra de nuncajamás

de Woodstock a los campos de la muerte de Altamont, donde murieron las ilusiones de la época, al tiempo que Meredith Hunter. Deberían haberse dado cuenta: la luna *estaba* en Escorpión y hacía sólo unos pocos meses, y a unos pocos quilómetros de allí, Sharon Tate, junto con su hijo no nacido aún y otros seis adultos, había aparecido descuartizada en un mar de sangre. El psicópata y supuesto gurú Charles Manson y sus seguidores, adictos al LSD y con el signo X grabado en la frente, fueron hallados culpables y condenados a muerte, y Vincent Bugliosi escribió *Helter Skelter*, el relato deprimente y horripilante de esa masacre casera al estilo de la de My Lai.

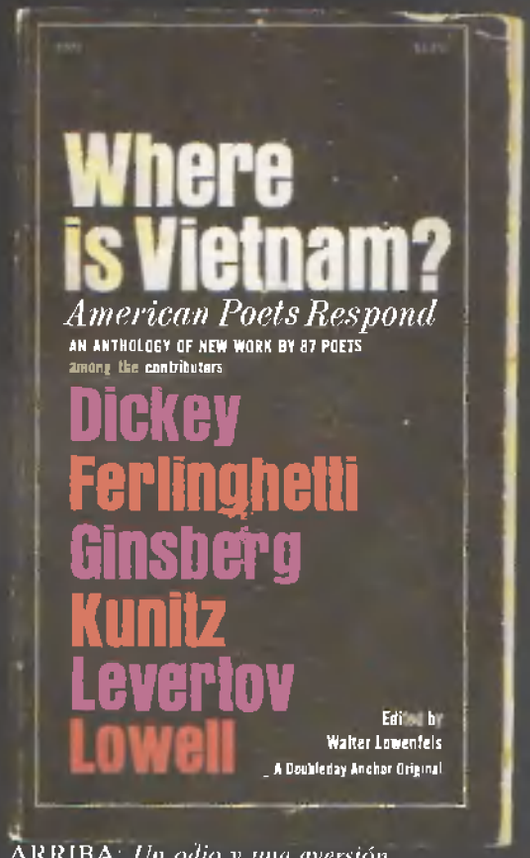
Aunque el río de las publicaciones continuaba fluyendo... vibrante, inmutable y lleno de fuerza y sonoridad, los límites se



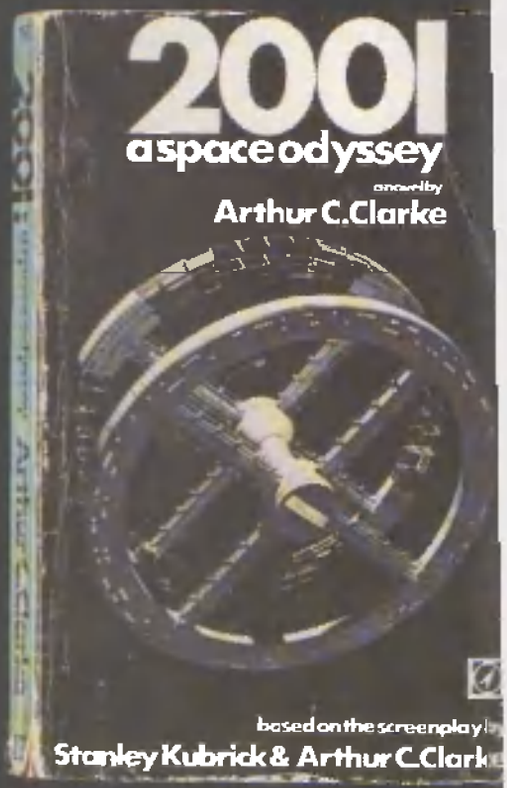
DERECHA: *Comics "underground", levantando las trincheras en la guerra contra "el hombre".*



ARRIBA: *"Soy un ciudadano de 19 años y estoy cansado de luchar."*



ARRIBA: *Un odio y una aversión contra la guerra no vistos desde la I Guerra Mundial.*

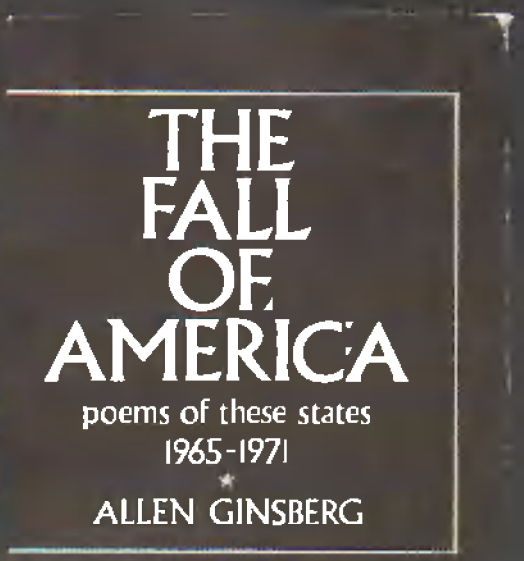


ARRIBA: *El hombre a la búsqueda de las estrellas traicionado por su propia tecnología.*

iban desdibujando. La revista *Rolling Stone* apareció en los quioscos por primera vez, con John y Yoko desnudos en la portada, siendo prohibida. Pero no pudieron callarla por mucho tiempo y pronto se erigió en el portaestandarte de una generación desilusionada, asustada y marginada. Guiada por el cálido humanismo de su coeditor, Ralph J. Gleason, acusó y vapuleó a diestro y siniestro, y dejó suelto en un mundo desprevenido al Rey de Gonzo, el loco/cuerdo Dr. Hunter S Thompson.

Mientras las letras del rock'n'roll se apoderaban de la poesía, la literatura atracaba los tebeos. Superman y Batman dejaban paso a los Hombres X, los Cuatro Fantásticos, Silver Surfer y la conciencia cósmica del Capitán Marvel... todos ellos comandos "Lurps" (patrullas de reconocimiento lejano) y Grupos de Operaciones Especiales Los fabulosos Furry Freaks Brothers y Harold Head fumaban y se hacían porros y el Mr. Natural de R. Crumb daba la vuelta al mundo. Toda una civilización crecía, florecía y moría en el lapso de tiempo en que salmodiaba un largo y sereno "Ommmmmm". Mientras tanto, allá en el rancho, *Doonesbury* tenía a B. D. en un pozo de tirador en el Nam robándole tiempo a la guerra para escribir a casa Le contaba a papá todos los fantásticos métodos de matar que había aprendido y le daba las gracias a mamá por las galletas.

IZQUIERDA: *Matando el tiempo en el Nam. Para quien quisiera una lectura más radical que los tebeos, estaba el "International Times"* (ABAJO).



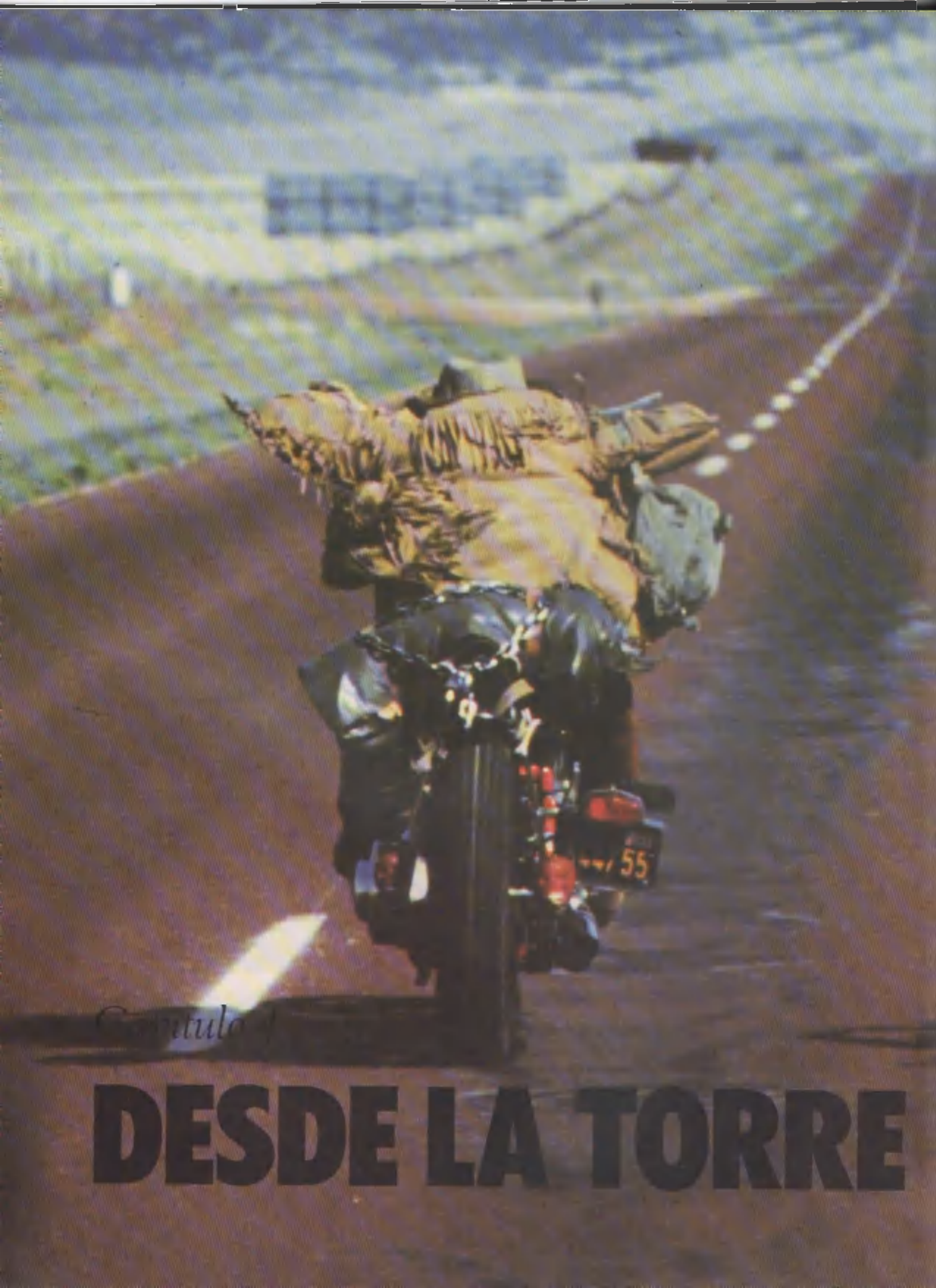
...IBA: *Una odisea a través de la jungla ...lio de Nueva York inspirada en ...taminas*

ARRIBA: *Un temprano ejemplo del movimiento "vuelta a la tierra" de los años 70.*

ARRIBA: *Allen Ginsberg, protestando todavía, después de todos estos años.*

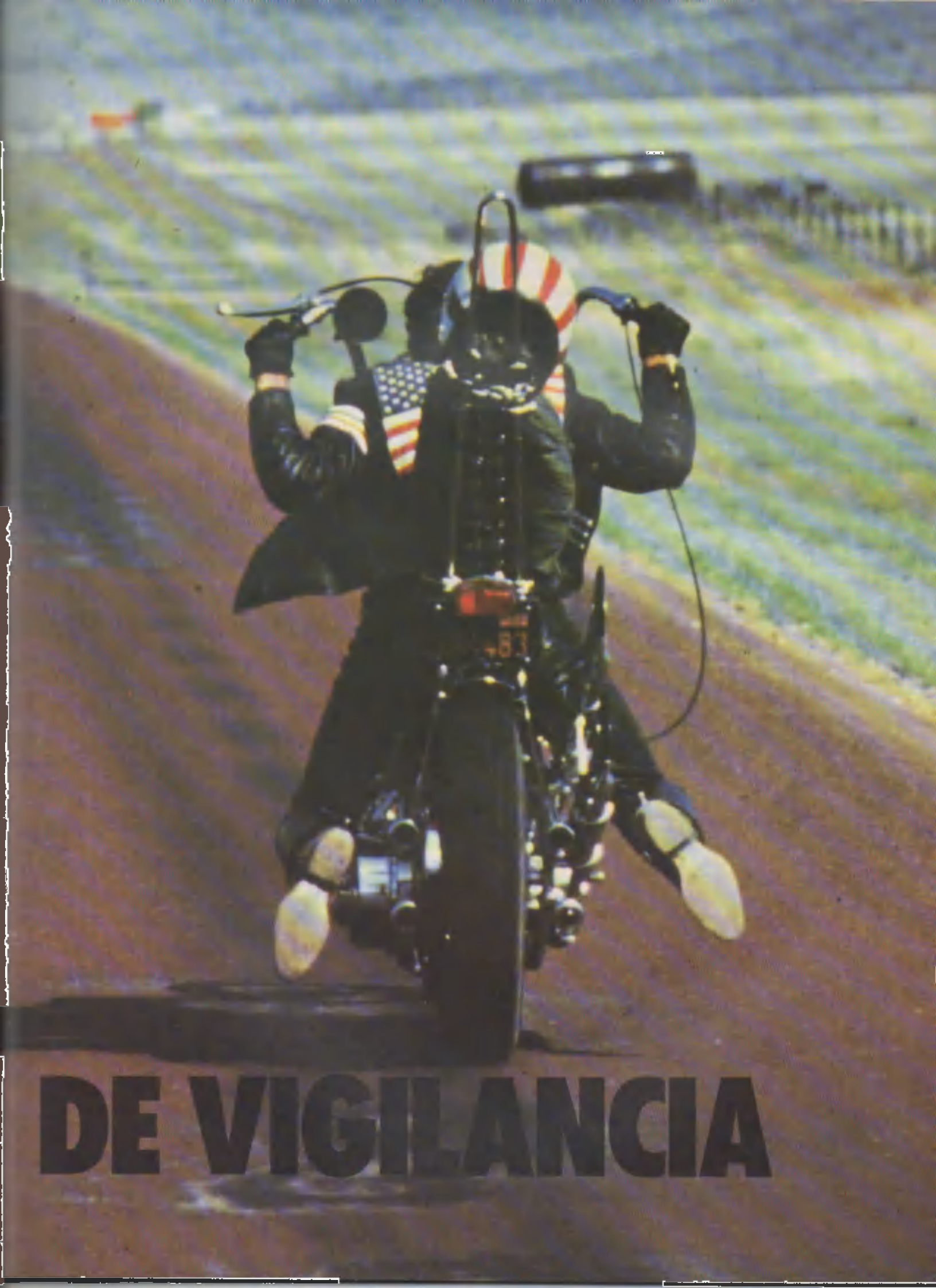
IZQUIERDA: *El partidario del LSD Timoty Leary (centro) presidiendo una reunión de seguidores en Nueva York en 1968, flanqueado por los dirigentes hippies Abbie Hoffman (izquierda) y Jerry Rubin (derecha).*

Brautigan se suicidó y Kerouac hace mucho tiempo que desapareció. Ralph Gleason ya no está y *Rolling Stone* se ha trasladado a la jungla capitalista de Nueva York y su contenido hace propaganda de la buena vida. Pero ahora todos somos yuppies y Jerry Robin es agente de bolsa. Sin embargo, aunque los sueños hayan desaparecido, las palabras permanecen.



Capítulo 1

DESDE LA TORRE



DE VIGILANCIA

CAPÍTULO 4 DESDE LA TORRE DE VIGILANCIA

A finales del verano de 1969, los soldados norteamericanos del enorme puesto de Long Binh, a veinte quilómetros al sudeste de Saigón, esperaban ilusionados la noche del jueves, como ninguna otra noche de la semana. A las 20.00 horas se congregarían en las zonas destinadas al batallón. cada uno de ellos con una silla plegable, unas cuantas latas frías de cerveza Budweiser y un alijo de porros perfectamente camuflados en una cajetilla de cigarrillos Kool. ¡Oh, qué guerra tan encantadora! La noche de los jueves era la de las películas, al estilo Vietnam, un enorme motocine (o sillacine) al aire libre bajo el cielo estrellado, un trocito del hogar recreado en el centro del Sudeste asiático

Pero el espectáculo no estaba únicamente en la pantalla. Algunas noches, mirando más allá del perímetro se veía un Cobra suspendido en el aire, cuyas ametralladoras escupían balas trazadoras a cualquier movimiento sospechoso en la línea de árboles. Otras veces se disfrutaba de una pequeña representación a cargo de Spooky, una aeronave que podía quedarse suspendida en el aire como un milano derramando su pirotecnia mortal sobre la jungla... unos efectos especiales muy especiales.

Alcanzas otra cerveza, la abres, das una calada honda al porro y vuelves entre brumas a la pantalla. Bangbang. Bang... Espectáculo y guerra, todo mezclado en una enloquecida representación. ¡Oh, qué guerra tan encantadora!

En una mirada retrospectiva, la combinación parece no meramente apropiada sino inevitable, puesto que, de maneras muy diversas y sutiles, la aventura norteamericana en Vietnam estaba escrita, originariamente, en los guiones de las películas. Fue concebida como una especie de gigantesca película del Oeste en tecnicolor por hombres que nunca habían leído a Kipling ("Aquí yace un necio que intentó agitar el Este"), pero que se habían criado con las películas de John Ford. Fueron a la guerra con la ingenua pero inconmovible creencia de que el código moral de las películas se observaría en las junglas de Vietnam, y que los buenos entrarían en la ciudad con paso lento, restablecerían el orden por la fuerza de su rectitud innata —y el poder de sus armas— y después seguirían su camino lentamente. De hecho, las películas de esa época equivalen a una historia secreta de la guerra de Vietnam, tan significativa y resonante como los papeles del Pentágono. Casi es posible clasificarlas cronológicamente, identificando una película con cada etapa de la guerra: hay una película para antes de la Resolución del Golfo de Tonkín, una película para antes del Tet y otra para después del Tet, y una última y tortuosa película para el fin del trayecto.

La sarta empieza en 1960 con la que hay que calificar como la primera de las grandes películas de Vietnam. aun antes de que, para Estados Unidos, existiera Vietnam.

TRATA DE SER DELICADO

Los siete magníficos, la película clásica para antes de la Resolución del Golfo de Tonkín. fue, convenientemente, una película del Oeste. Constituyó uno de los grandes éxitos del año de la proclamación de Kennedy y sus mensajes y sugerencias formaban parte del orden social de la época, porque, si alguna película ha defendido la superioridad de la sensibilidad norteamericana sobre los pueblos inferiores del mundo, ésa ha sido *Los siete magníficos.* Era una mitificación del triunfo, un poema

ARRIBA: *Vaqueros espaciales en una nave plateada. Los personajes de "Star Trek", Kirk y Spock, conquistando corazones y mentes y dirigiendo misiones de búsqueda y destrucción por la galaxia.*

sobre la fuerza que abogaba por la supremacía del héroe. Es como el anteproyecto de una operación de un comando de las Fuerzas Especiales en lo que, sin pretensión de ironía, los soldados entendidos en cine denominarían rutinariamente "Territorio Indio".

Una pequeña aldea mexicana es atacada anualmente por bandidos merodeadores, hasta que, cansados de someterse a los hombres armados —que, como los recaudadores de impuestos del Vietcong, se llevan la mayor parte de la cosecha—, sus habitantes contratan a siete pistoleros norteamericanos, quienes, como es natural (se trata de Hollywood, después de todo), resultan ser leales, considerados, eficientes, graciosos y astutos Los pistoleros enseñan a los aldeanos a usar las armas, pero, lo más importante, se apropian de su corazón y su mente. Tras algunas aventuras y desventuras, todo son venturas: los aldeanos, dirigidos por sus mercenarios gringos, ganan una batalla campal en las calles de la población. Reinan la paz y la libertad; la gente retorna a su vida normal y, como el viento que les trajo, los pistoleros supervivientes abandonan la aldea.

La película se basaba en diferencias raciales... entre blancos

y "morenos". Pero lo que le falta en humanidad, lo consigue en calidad, en especial por el espectacular trabajo de cámara de John Sturges y la coreografía de la batalla. *Los siete magníficos* está propulsada por una partitura musical que se las arregla para ser comunicativa, romántica y optimista a un tiempo. Hoy en día el lirismo de la película sigue emocionando; es un toque a rebato para la intervención.

El verdadero fallo de la película, sin embargo, fue político, histórico y racial, pues se basaba en la risible premisa de que la guerra —cualquier guerra, aunque en especial una guerra de guerrillas en una sociedad agrícola— podía ser ganada sin más por el verdadero coraje de la raza blanca. Esa era la vanagloria esencial de principios de los 60: eche la cantidad precisa de hombres blancos y saldrá victorioso.

No obstante, *Los siete magníficos* sólo trataba de hombres. Más avanzada la década, mientras la intervención norteamericana en el Sudeste asiático se incrementaba resueltamente, llegó entre un coro de elogios la película clásica para antes del Tet, un himno cargado de inevitable optimismo en los fundamentos de la cultura norteamericana. A decir verdad, no se trataba de una película aislada, sino de un fenómeno. los filmes de James Bond, representaciones de la cultura de principios de los 60.

Si bien el personaje central era un cortés agente del servicio secreto británico, las películas mismas eran tan norteamericanas como la Declaración de Independencia. Pues las películas de James Bond eran en toda su extensión lo que era la guerra de Vietnam: la imposición de tecnología como voluntad.

Las películas de James Bond podían calificarse como un conjuro del culto al especialista, y su verdadero atractivo estriba en el atractivo de la máquina Su táctica narrativa era meter al héroe en el aprieto más difícil posible y luego, cuando la situación parecía totalmente desesperada, dejar que sacara un chisme del bolsillo que le salvaba milagrosamente... y le daba la victoria

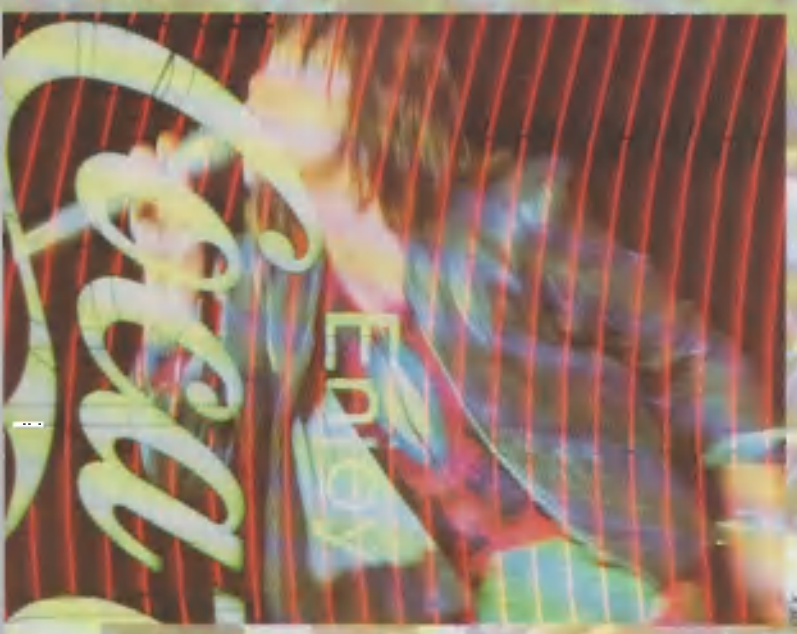
Ése resultó ser otro error de Occidente —que ganaríamos porque éramos los más astutos—, pero un error que en ese preciso momento se estaba poniendo en juego en Vietnam. Obsesionados por la tecnología, los primeros años de la guerra estuvieron presididos por "inventos decisivos" que se suponía que iban a significar, o al menos facilitar, la llegada del punto de inflexión. Esa fue la base doctrinal del despliegue masivo de helicópteros, proyectiles de cabeza multiple, bombas teledirigidas, ingenios de escucha, visores nocturnos. Agente Naranja. Se empleó toda una legión de artefactos e ideas, pero quizá lo más sonado fue la llegada a Vietnam, en 1965, del fusil M16.

Tenía un aspecto realmente maligno —a lo James Bond—

DERECHA: *Las calles de Londres —"La Naranja Mecánica", 1971—. Coreografía de la violencia y denuncias desde los púlpitos. Kubrick retiró la película cuando los jóvenes comenzaron a imitar su estilo.*

CAPÍTULO 4 DESDE LA TORRE DE VIGILANCIA

FOTOGRAFIA DE FONDO: *Pasando ociosamente la tarde del domingo, cada uno "a su aire".* ABAJO: *"Permitid que me presente, soy un hombre de gusto y posición"... y el mensaje de los patrocinadores.* DERECHA: *M*A*S*H, el humor en zona de guerra.*



aquel arma ligera y lustrosa enfundada en plástico negro que disparaba un proyectil de tan violento impacto que provocaba una dosis mortal de descarga hidrostática en cualquier punto del cuerpo. Los magnates del cine captaron rápidamente las posibilidades fotogénicas del M16 como símbolo (aunque irónico) de la superioridad e ingenuidad norteamericana y el fusil comenzó a aparecer en las películas de mediados de los 60. En 1968 el M16 estuvo casi omnipresente en la que posiblemente fuera la película más significativa de toda la experiencia de Vietnam: *Boinas Verdes*, de John Wayne.

Esa película, burda y simplona, ha adquirido con el paso del tiempo una cierta grandeza trágica. En cierto sentido es, curiosamente, una gran película, puesto que consigue lo que pretendía, es decir, explicar a Estados Unidos "Por qué estamos en Vietnam"; aunque la respuesta, irónicamente, no esté en las "verdades" que defiende la película, sino en sus clichés, en sus banalidades vengativas y reveladoras.

La película, aunque aprobada inicialmente por el Departamento de Defensa, sufrió una serie de golpes bajos casi desde el inicio. Para empezar, fue rodada en su mayor parte en Georgia, un estado cuyos bosques de pinos y ausencia de población oriental constituían una ridícula réplica de Vietnam. Más perjudicial para ella fue, sin embargo, que se estrenara cinco meses después de la ofensiva del Tet, cuando la rabia y la desesperación habían vuelto la opinión pública contra la guerra en proporciones casi épicas.

Otro factor de deterioro fue la carencia de sutileza por parte de John Wayne, director y protagonista de la película. Sin una mano más fuerte que le refrenara, Wayne creó en *Boinas Verdes* una horrorosa vulgaridad, una película racista, vacía, grosera, brutal y demasiado larga.

La película está dividida en dos partes. La primera es casi una copia de *Los siete magníficos*, aunque sin su atractivo romántico. Cuenta la historia de la tentativa de un comando de élite de adiestrar a las fuerzas indígenas en las artes bélicas occidentales y defender un puesto avanzado contra los agresores del Vietcong. La puesta en escena es imbécil, la trama poco convincente, la actuación envarada y la mojigatería gruñona del propio Wayne en el papel del coronel Mike Kirby es simplemente cómica.

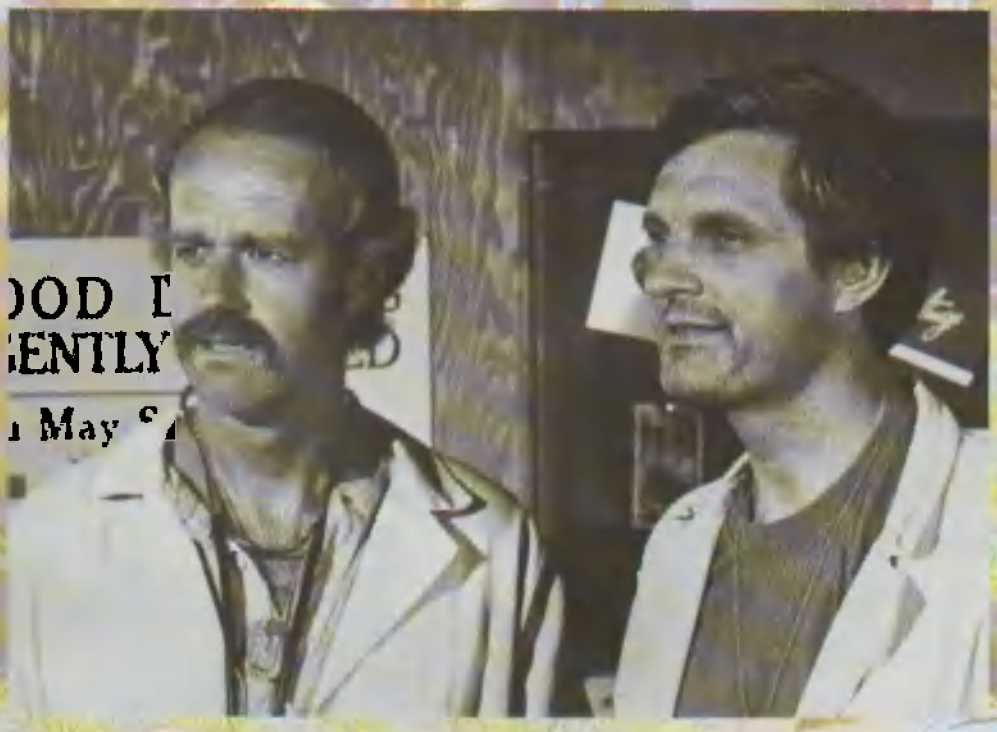
EL PASTEL AMERICANO

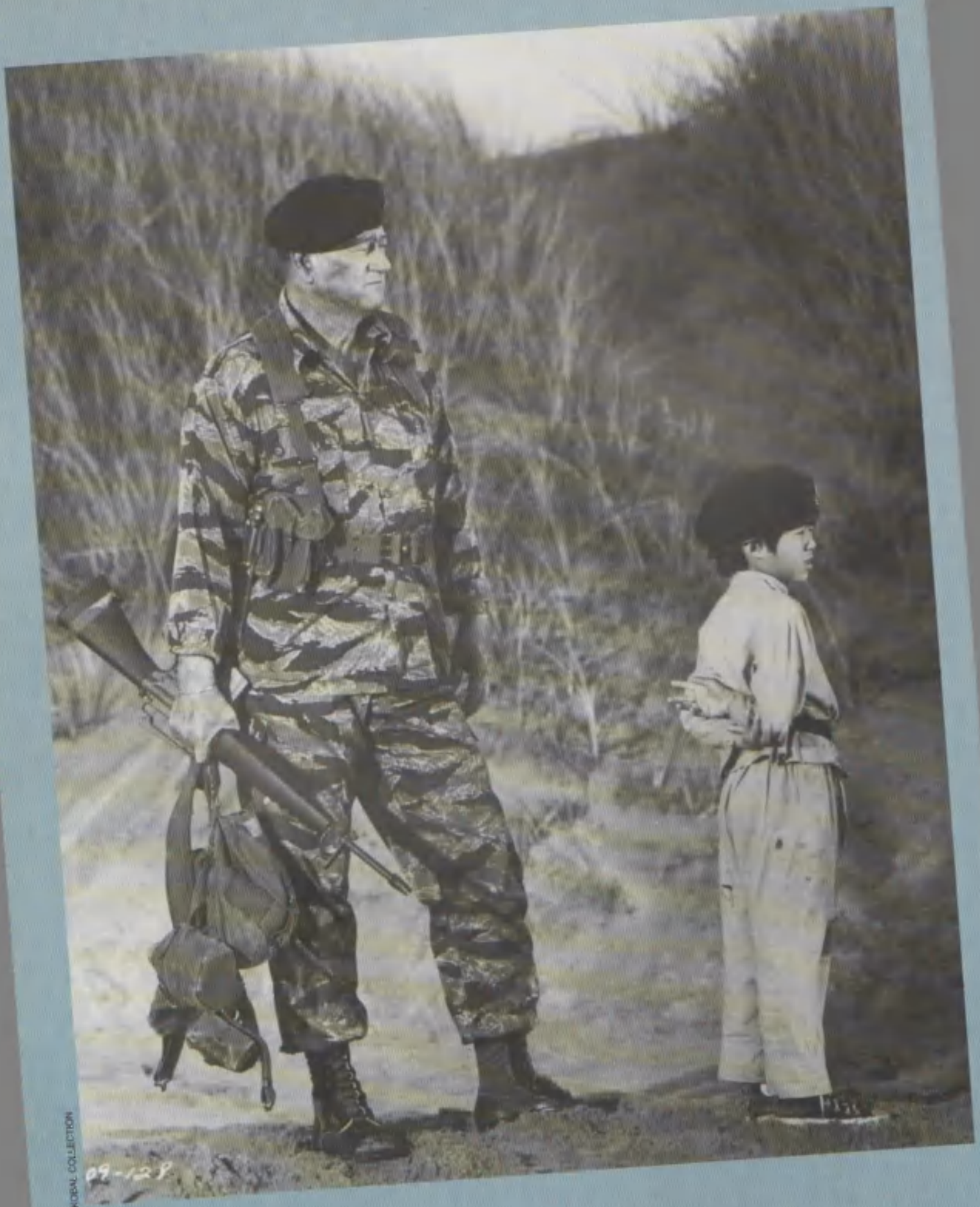
La segunda mitad de la película supera con creces a la primera en imbecilidad. Incapaz de encontrar una narrativa adecuada para sustentar toda la obra, Wayne se embarca burdamente en una fabulosa misión secreta que en otro tiempo hubiera sido un producto típico de la factoría fantástica de Hollywood. Ello le lleva a infiltrarse tras las líneas enemigas para secuestrar a un general del Vietcong, que es transportado hasta lugar seguro por medio de otro artefacto, un dispositivo que permite a un avión atraparlo desde el aire como a un pececillo en un estanque.

Boinas Verdes, por supuesto, fue vista como un fracaso rotundo (aunque recaudó 8 millones de dólares). Peor aún, logró el más absoluto desprecio de los medios de comunicación liberales, que la vapulearon de lo lindo. Eso supuso, en el mundo de negocios de Hollywood, que no se hiciera ninguna película que tratara sobre Vietnam mientras duró la guerra.

No obstante, *Boinas Verdes* es interesante, más como metáfora que como película, porque muestra una gran sensiblería que no es más que el finísimo velo tras el que se enmascara el racismo. Lo peor de todo era que la película complacía la propia sensiblería de los espectadores al incluir a un lindo niño vietnamita. Es a él a quien instruye el coronel Wayne al final de la película, mientras el sol se oculta por el este (¡detalles, detalles!) diciéndole: "Tú eres la razón de todo esto."

Dejando a un lado ese golpe engañoso, lo que muestra *Boinas Verdes* es una falta de imaginación. Como la guerra que pretendía "reflejar", representa el fracaso de la fórmula. Del mismo modo que los generales que dirigían la contienda no supieron entender que las fórmulas que habían vencido a la Alemania de Hitler no servían en Vietnam, tampoco Wayne supo entender que las fórmulas de las películas sobre la II Guerra Mundial no servían en el ambiente cultural de Estados Unidos de 1968.





KOBAL COLLECTION

Los temas de película "de guerra" convencionales no servían para la de Vietnam. En general, esas películas eran respetuosas con la autoridad al tiempo que elogiaban el heroísmo romántico. El tema clave era el grupo, en el que un cierto número de individuos de distinto nivel social sublimaban sus diferencias en beneficio del colectivo y de la misión. En casi todas las películas de guerra clásicas, el mando no era puesto en cuestión y los principios patrióticos convencionales bastaban para sustentar el relato

MI GENERACION

Ninguno de esos temas funcionó en *Boinas Verdes*, aunque todos fueran invocados, de una u otra forma. Una de las razones del fracaso era sencillamente que la película era producto de una imaginación carente de ideas; era, como indicaba el crítico del *New York Times*, Renata Adler, "detestable e insensata. Y, por encima de todo, torpe"

Y lo que quizá sea más significativo, la película naufragó en los escollos de la pura demografía. En 1968, la generación de la explosión demográfica conocida como "Baby Boom" —la mayor y más poderosa de la historia de la república— estaba en su último año de universidad; la elección y asesinato estaban en el ambiente, se respiraba el cambio Los hombres y mujeres nacidos en 1946, tras el regreso de sus padres de ultramar, sabían instintivamente que la guerra de Vietnam no era una cuestión de "blanco o negro" como aquella en la que habían intervenido sus padres y se resistían frente a los esfuerzos del poder por imbuirles lo contrario. Para ellos lo único "blanco o negro" era la guerra misma y oponerse a ella era lo blanco, mientras que combatir era lo negro.

Se trataba de una generación que exigía ideas sencillas, porque sus opiniones se habían formado a través de la televisión; habían sido alejados gradualmente de los grandes compromisos por aquella "caja" que les había absorbido todas las energías durante los últimos 15 años. Fue una generación insólitamente aislada del resto de Estados Unidos por su solo número y por las cosas que tenían en común. Extraños en una tierra extraña, estaban entonces en la tarea de inventar su propia "contracultura", metiendo en ella todo lo que papá odiaba, incluido sexo, drogas y un débil y suave soplo revolucionario. La generación del "Baby Boom" era no-violenta, antimilitarista y en ella no podían penetrar los valores por los que abogaba John Wayne Su grito de combate —que enfurecía a la generación de sus padres, que habían dejado camaradas enterrados en Anzio y Remagen soñando con barrios residenciales perfectos en los que criar a sus hijos y lo consideraban un derecho inviolable— era "Haz el amor, no la guerra".

Pero esta generación tardaría un año entero en encontrar su himno en el cine, después incluso de una larga serie de manifestaciones que eran en parte acto político, en parte entrenamiento generacional y, en mayor parte, fiesta ciudadana. Ese himno llegaría en 1969 con la película de Dennis Hooper *Easy Rider*, que no era un relato (su misma forma fue concebida para molestar a la generación anterior) sino un paseo picaresco. Trataba de dos sensibles traficantes de droga que recorrían el país

IZQUIERDA: *Los tiempos están cambiando. El testarudo John Wayne intentó agarrarse a las viejas creencias... pero los jóvenes le volvieron la espalda.*

KOBAL COLLECTION

ARRIBA: *Completamente confuso. "El Graduado", un estudio clásico sobre la separación de los jóvenes norteamericanos de sus padres, propulsó a Dustin Hoffman al estrellato internacional.*

esparciendo paz y amor y provocaban siempre la ira de los bienpensantes por la fuerza de su virtud pasiva. Por último, resultan muertos por ser demasiado buenos en un mundo cruel. Era la película clásica para complacer a toda una generación melodramática. Aunque no había en ella ninguna referencia específica a la guerra, Vietnam estaba en la película por todas partes Era perceptible la violencia latente bajo la superficie de la película, que invitaba al espectador a tomar partido en el drama político central de la época.

"Fui a verla —recuerda una persona— como una especie de liberal incipiente de 14 años, con una vaga idea de que la guerra era un error. Salí convertido en partidario ferviente de los canutos y los hippies que querían prender fuego a Washington. Así de repentino fue el cambio. Ocurrió exactamente de esa forma."

LA CARA OCULTA DE LA LUNA

Pero ese cambio violento no se producía en un terreno sin cultivar. Para que crecieran las semillas de la rebelión tenían que haber sido plantadas cuidadosamente. Esto fue hecho posible por la entrada sin precedentes de la televisión en la guerra misma. Mientras que durante la Segunda Guerra Mundial —y en la de Corea, hasta cierto punto— los misterios del combate permanecieron distantes y sometidos a la censura gubernamental, en Vietnam los equipos de televisión rondaban por todas partes y podían enviar imágenes muy precisas a las cadenas de televisión de América casi instantáneamente.

Era fácil considerar al enemigo como el peligro amarillo hasta que se veía a los soldados norteamericanos rodeados de campesinos llorosos mientras prendían tranquilamente fuego a las cabañas con sus encendedores "Zippo". Era fácil creer en las exhortaciones de los jefes a ser fuertes y mantener la barbilla alta, hasta que la cámara le traía a uno la imagen de un joven soldado norteamericano al que una mina acababa de volarle la pierna y estaba dando alaridos, presa de un dolor degradante e interminable. Y finalmente, era difícil ser leal a aquello de "mantener el rumbo" a la vista de la destrucción, como una

interminable letanía, que noche tras noche captaba la televisión: las bombas cayendo de los B-52 como una lluvia de grava; las enormes manchas anaranjadas de los impactos en el paisaje, el tableteo interminable de las armas automáticas y aquella casi lírica danza de las trazadoras que escupían.

La guerra se perdió aquel día de enero de 1968 en que un comando suicida formado por 15 norvietnamitas asaltó la embajada norteamericana en Saigón. La embajada no tenía ninguna importancia militar, pero eso no importaba, porque la televisión estaba allí para registrar la tragedia. Lo que vimos en Estados Unidos era algo que trascendía la importancia militar; era como algo sacado de una película, a no ser porque en las películas eran *nuestros* muchachos los integrantes del comando y los que realizaban la osada acción nocturna que cambiaba el curso de la guerra.

A los norteamericanos que lo veían en sus casas, les pareció que quedaban a la luz cuatro años de mentiras oficiales. De algún modo supimos que la guerra había acabado en ese momento. Era sólo cuestión de tiempo.

PINTALO DE NEGRO

Después del Tet, las películas se tornaron sombrías y cínicas. No obstante, la película sobre la guerra de Vietnam para después del Tet era una especie de obra de sombras chinescas. Se notaba el reflejo de la guerra, su peso en cien géneros diferentes, pero no se la encaraba directamente en ninguno de ellos. En M*A*S*H, por ejemplo, la pasmosa película de Robert Altman abientada en un hospital de campaña, la lógica de pesadilla de la burocracia militar conduce a un efecto cómico en vez de trágico; pero se elimina la guerra de la historia. Se desarrolla en Corea, aunque las actitudes sean tan de los 60 como los pantalones acampanados. Una versión televisiva de M*A*S*H continuó tras la pista de la guerra oficial hasta principios de los 70.

Donde la sombra de Vietnam se proyectaba de manera más espectacular era en el más americano de los géneros: las películas del Oeste, aunque entonces fuera un Oeste privado de la posibilidad de actos heroicos. En ese momento no había lugar para la magnificencia.

El género del Oeste, con su amplitud metafórica, se convirtió en el recipiente ideal para alojar la rabia que el país sentía —especialmente el segmento aficionado al cine— ante el fracaso militar y moral que se observaba. Las matanzas fueron uno de los rasgos de esas películas de especial resonancia. Dos de ellas, ambas del año 1970, encararon en particular este hecho y fueron *Soldado azul*, de Ralph Nelson, y *Pequeño gran hombre*, de Arthur Penn.

Ambas películas son del subgénero "Indios y Caballería" de resonancias alegóricas y ambas se sirven de las operaciones del Ejército contra los indígenas norteamericanos a finales del siglo pasado como paradigma de la clase de matanza racial incontrolada que una amplia capa de la población consideraba que tenía lugar en Vietnam, especialmente en el momento en que se producían las revelaciones de las atrocidades de la infantería en My Lai. *Soldado azul* se basó en la matanza de Sand Creek de 1864 y su título refleja el miedo y la aversión hacia lo que, en esos mismos momentos, estaban haciendo los soldados verdes. La matanza fue filmada con una ferocidad y violencia rara vez vistas en una película norteamericana, especialmente en un momento terrible en que un jinete acuchilla a una india con el sable y la cabeza vuela por los aires. Por su parte, la película de Arthur Penn introducía un sentido político a la campaña de Custer contra los Dakotas en 1873. Contaba las aventuras de un tal Jack Crabbe (Dustin Hoffman) que en sus vagabundeos por el Oeste parecía estar siempre al borde de la historia. Eso le permite estar tanto en la Matanza del Río Washita, en 1868, recreada también con espectacular vigor, y la de Little Big Horn, que tuvo lugar en aquella fatídica tarde de 1876. Según la visión de Penn, la resistencia final de Custer se convierte en una parábola izquierdista, haciendo que el espectador apoye a los indios mientras éstos derriban a hachazos a los soldados, uno tras otro.

BANDIDO

Pero la verdadera obra maestra de la época posterior al Tet sobre una matanza fue la película de 1969 *Grupo salvaje*, dirigida por Sam Peckinpah. Esta gran película norteamericana vuelve a tratar el tema que hemos visto antes: es una nueva *Los siete magníficos*, una vez más se desarrolla en México y nuevamente se trata de un grupo de profesionales que cruza la frontera para vender su pericia. Pero en esta ocasión no hay nobleza ni idealismo.

La película narra la peripecia de unos hombres, ladrones y pistoleros que están pasando un mal momento en la América civilizada, cuando venden sus servicios a un corrupto general mexicano y planean para él un robo de armamento. Los útiles de la guerra moderna —ametralladora, granada de mano, pistola automática— invaden la escena, reemplazando gradualmente a los símbolos de la película del Oeste "pura" (los símbolos exhibidos, claro está, en *Los siete magníficos*). Los miembros del grupo salvaje se han visto corrompidos por un universo corrupto; no hay un orden moral o, más bien, el orden moral ha sido forzado hasta perder su sentido por una violencia sin fin. El grupo pelea entre sí, intentando encontrar sentido a un "código" claramente obsoleto. La tierra por la que se mueven es seca e implacable, como si se hubiese librado en ella una gran batalla (de hecho la guerrilla está al acecho como telón de fondo político). Al final, como iba a hacer la cultura que los engendró, actúan conforme a la sentencia de Camus: "Los hombres de acción, cuando carecen de fe, no creen en otra cosa que en la acción."

VISPERA DE DESTRUCCION

De ese modo la película, tan norteamericana como el pastel de manzana en el estilo de Vietnam, en la que la violencia se desataba con desvergonzada alegría, es un lamento, un himno a la destructividad sin más que arrastra involuntariamente a sus autores a la anarquía y la nada. La violencia de Peckinpah, aunque horripilante, es también grandiosa, el reflejo perfecto de la violencia mostrada cada noche por la televisión. Nunca antes la cámara había examinado tan penetrantemente, haciéndolos casi poéticos, los múltiples horrores que encierra la muerte en el campo de batalla. La excepción era, claro, los programas de noticias, en los que, en 1969, tal intimidad era pura rutina. En sus momentos finales, *Grupo salvaje* alcanza una concentración

ARRIBA: *Tomo mi revólver, no puedo seguir disparando... "Grupo salvaje", una unidad de Fuerzas Especiales sin ilusiones.*

ARRIBA: *Sólo los solitarios: "Los siete magníficos", cabalgando airosos, dispuestos y deseosos de poner orden por todo el mucho mundo.*

ARRIBA: *Jack Nicholson (izquierda) y Peter Fonda se encuentran en el camino a ninguna parte, en "Easy Rider", un clásico de la juventud.*

de destrucción tan delirante que parece como si todas las secuencias del napalm y todos los escenarios de las zonas de aterrizaje bajo fuego enemigo se juntaran en un último y enloquecido baile. Y la película no tiene piedad: mata a todos, sin dejar la más leve ilusión de conducta heroica. El único superviviente (un observador, en realidad) no tiene sentimientos de justicia, sino sólo una especie de insensibilidad: se queda sentado y mudo, casi incapaz de decidir qué camino seguir... una metáfora apropiada para los Estados Unidos de después de Vietnam.

Cuando comenzó la vietnamización de la guerra y la retirada final de Estados Unidos, bajo el mandato de Nixon, a principios de los 70, el centro de atención de las películas norteamericanas se trasladó desde la pregunta de John Wayne "¿Qué hacemos en Vietnam?" a la pregunta "¿Qué nos está haciendo Vietnam?". La respuesta no era nada alentadora.

En los primeros momentos, el veterano enloquecido por la guerra apareció como un personaje secundario en las películas de género, como una figura marginal, pero pronto pasó a ser el centro de los argumentos. La obra maestra para la fase de la guerra posterior al acuerdo de paz, la fase de liquidación progresiva, iba a ser la genial *Taxi Driver*, de Martin Scorsese

Ahora el héroe de guerra estaba lejos de la guerra y de los heroísmos. Estaba completamente aislado de la sociedad, manchado por la culpa —al menos, para sus ojos—. Sólo conocía el lenguaje que el Ejército le había enseñado. La película se desarrolla en otra jungla: la corrompida y dantesca ciudad de Nueva York, a través de la cual planea Travis Bickle (Robert de Niro) con un chaquetón de piloto de aviación.

VIOLENTA OBSESION

La película no plantea directamente la guerra de Vietnam, pero ésta se siente con más fuerza por no ser reconocida formalmente. Notamos su presencia constante, a medida que Bickle se hunde en la locura. Un político liberal resulta ser un impostor; una mujer hermosa vive en lo que podría ser un planeta diferente del de Bickle. Finalmente, en su búsqueda de un símbolo de pureza, Bickle se fija en una prostituta de 14 años. Tras ver frustrados sus intentos de asesinar al político, decide rescatar a la chica. En ese punto, va deslizándose hasta alcanzar el extremo último de la locura norteamericana, representado por su corte de pelo al estilo de los indios Mohawk. Mucha gente pensó que imitaba a los indios del siglo XVIII, pero en realidad el corte "mohawk" era el preferido de los paracaidistas; lo llevaban los que protagonizaron el lanzamiento nocturno de Normandía y es casi seguro que lo llevaran en Vietnam las excéntricas unidades de la 101.ª Aerotransportada.

Cuando por fin Bickle da rienda suelta a sus impulsos, la violencia es tan intensa como la de *Grupo salvaje* y la de *Boinas Verdes*, pero es la violencia del instinto; estalla en una relación íntima feroz, sin los adornos formales del "combate", tal y como se ve en las películas. No es un combate de película: como los combates rales, va acercándose y es mortífero.

Taxi Driver marca una fase final en las películas de los 60, aunque no llegue hasta 1976. La película de la guerra había comenzado siendo del Oeste y había acabado como cine negro, al igual que la guerra que comenzó como cruzada y acabó como vergüenza. ¡Oh, qué guerra tan encantadora!

KOALA COLECCIÓN

Capítulo 5

LA FELICIDAD, UN

El debate comenzó con los *Despachos* de Michael Herr o, para ser más exactos, con su publicación por entregas en la última página de la revista *Esquire* a finales de los 60. Me produjo una sensación cercana a la indignación el ver escrito lo que había farfullado en voz alta mientras me recuperaba en Nueva York de unas heridas casi mortales, cortesía de una mina anticarro Chicom de 160 quilos explosionada a distancia. El sargento del pelotón, que estaba justo encima, había volado por los aires unos 20 metros y había perdido ambas piernas, y la bandolera de munición del M16 le había frito el pecho. A mí me cargaron en un helicóptero y me trasladaron rápidamente.

Era el mes de abril de 1969 y las unidades norteamericanas intentaban una vez más expulsar a "Charlie" de sus santuarios situados a lo largo de la mal delimitada frontera de Camboya y al otro lado de ella. Los pesados y vulnerables M48 de los Wolfhounds (Perros Lobos) de la División Rayo del Trópico habían recorrido la zona en una batida hacía unos días, de forma que no era muy sorprendente que "Charlie", con su mentalidad logística habitual, se hubiese infiltrado para plantar un cóctel de minas surtidas. Entre las golosinas había unos artefactos enormes fabricados por los chinos, garantizados para volar por los aires a un monstruo de 50 toneladas. Lo que le haría a una persona aislada es pura conjetura. Yo estaba detrás del sargento Bill Hoke, a casi tres metros de él, cuando el aparato apareció a la vista —"Charlie" debía de haber calculado la zona de aterrizaje más probable para el helicóptero con la esperanza de hacer un buen impacto—. Toda la metralla que no nos alcanzó a nosotros penetró directamente en el Huey, y uno de los fragmentos hirió mortalmente en la cabeza a un teniente. La patrulla contabilizó unos 30 impactos menores y yo recibí un pedazo del tamaño de una uña en plena frente: la neurocirugía subsiguiente consiguió hacerme revivir y de un estado de DOA (muerto a la llegada) pasé a un estado de hemiplejía. Tenía las tripas atadas con alambre, como un pollo relleno.

TODOS LOS JOVENES

El sargento volvió en sí en el depósito dentro de un saco para cadáveres, aterrando a un ayudante al pedirle un cigarrillo. Yo desperté para encontrarme con que tenía toda la parte izquierda inmóvil, como consecuencia de la remoción de 200 cc. de materia gris. Los no combatientes no pueden obtener medallas por heridas en combate, pero en otro caso habría sido mi cuarto corazón púrpura. Fue el segundo de Hoke: había mandado uno de los primeros pelotones que operaron en tierra en 1965, hasta que una estaca "punji" terminó con su período de servicio.

Mientras me recuperaba del doloroso trance, me había llegado una carta que me cayó como una bomba. Tenía matasellos de Kent y la remitía un editor que quería hacer un libro con mis experiencias en Nam. "Acabar con la guerra" era el título inicial y su objetivo era "quitarle el actractivo a la guerra" de una vez para siempre. Mike Herr había escuchado mi respuesta a la misiva: "¡Quitarle el atractivo a la guerra! ¿Y cómo demonios puede hacerse eso? Vete a quitarle el atractivo a un Huey, vete a quitarle el atractivo a un Sheridan... ¿Puedes quitarle el atractivo a un Cobra o a cogerse una curda en China Beach? Es como intentar quitarle el atractivo a un M79, quitarle el atractivo a Sean Flynn ... Vamos, ¡no puede hacerse y ya está!"

La idea misma, el concepto, parece erróneo. Claro que fueron días realmente crueles, quiero decir, malos y mortíferos. Todo lo peor de la humanidad en la guerra, en la que habitualmente son los civiles inocentes los que pagan. Pero también encerró los momentos más emocionantes que algunos de nosotros podamos vivir jamás. La mayor experiencia sobre la vida y la muerte por la que uno pueda pasar. En el preciso límite entre ambas.

ALGO FLOTA EN EL AIRE

Gracias a los satélites, la guerra civil de Vietnam fue la primera recibida en directo por sus patrocinadores, a todo color. El Viaje a la Muerte ya no era en blanco y negro. Sin embargo, la mitad de sus promotores no creían en la causa y una buena cantidad de sus hijos no deseaba verse envuelto en ella, y mucho menos volar en pedazos. Era como si Vietnam estuviera en el centro de nuestra conciencia colectiva: el punto de enfoque de los años 60, el pretexto para la revolución de la juventud. Los tres años y medio que estuve en Vietnam —en dos períodos incluyendo los permisos R&R (Descanso y Recreo)— fueron la época más frenética, insensata y plena que jamás viviría. La intervención en lo que debía haber sido una contienda civil después de Dien Bien Phu había llevado al programa de expansión neocolonial de Kennedy. Fueron llegando los primeros asesores, los equipos "A" de las Fuerzas Especiales y, para apoyarlos, las primeras unidades de aviación.

Había llegado el helicóptero, que se convertiría en el símbolo de esa guerra. ¿Sabéis de alguno que no mire al cielo al oír ese tableteo amenazador de las palas batiendo el aire? Mis recuerdos están poblados de ese sonido. Qué rápido impulso para sentarse en la puerta, fijar las correas de seguridad, los pies en los patines, la turbulencia del rotor a punto de arrollarte. Gritando al nivel del arrozal, con los oídos ensordecidos y un artillero de puerta al lado. Con la cámara lista y mirando cómo cargan los M60. Un recorrido por un parque de atracciones anticuado, la montaña rusa más esencial que uno haya visto jamás. Fuera de control, lo único que queda es el destino.

DERECHA: *Autorretrato de Tim Page, hecho con un objetivo de ojo de pez, en la cabina de un A-1 Skyraider.*

ARMA HUMEANTE

CAPÍTULO 5 LA FELICIDAD, UN ARMA HUMEANTE

Rascad la superficie del combate y encontraréis su atractivo. La altura es increíble, la alegría que produce la capota del paracaídas al desplegarse segundos después del salto o el alivio de salir entero de un incómodo patín de cuatro ruedas. Es un caso de tensión y descarga simultáneos. Como *Bao Chi*, miembros acreditados de un cuerpo de prensa que llegó a tener 650 integrantes tras la miniofensiva del Tet en el 68, usábamos los helicópteros como taxis. Las prerrogativas de nuestro rango de jefe nos permitía organizar misiones a nuestro antojo. Uno se hacía experto en saber cómo retroceder bruscamente en vuelo subiendo o bajando, viéndose a menudo relegado a los últimos lugares con los que volaban a por nuevas municiones o transportaban a la base a goteantes KIA (muertos en combate) envueltos en ponchos.

La mayor parte del tiempo la guerra es un asco, con largos y tediosos períodos de incómodas caminatas, unidas a interminables esperas a que ocurra lo inevitable. Escuchar el tiroteo y contemplar el instante del fogonazo ante los ojos, mientras crece la excitación y el aire absorbe el acre olor del explosivo. Tan inconfundible y evocador como el olor del café, las cebollas fritas y el tocino. Cuando se armaba el follón difícilmente podía uno hacerse inmaterial o decidir largarse: se estaba más metido en ello de lo que se imaginaba, preocupado por el cometido de cumplir la tarea y seguir vivo. Los sentimientos quedaban suprimidos y todo el rato se intentaba no hacer caso al miedo que estallaba en el interior de uno mismo. Después, en el solaz del barracón o el apartamento, el momento era revivido con los compañeros; sólo ellos podían pescar la experiencia en todo su colorido demencial. A veces se escapaba un silbido general y todo aquel momento alucinante se condensaba en un "De veras". Uno sabía que había experimentado algo único en ese tenso momento en la antesala de lo insondable. Se había visto el fin y se seguía vivo.

El Fin. El mismo estribillo recogido de manera inolvidable por uno de los triunfadores de la época, Jim Morrison, componente de The Doors. La canción nos ha llegado de rebote en *Apocalypse Now*, una película de alabanza a los juguetes que fueron la quintaesencia de la época, el helicóptero Huey y la PBR (lancha patrullera fluvial).

CON UN POCO DE AYUDA DE MIS AMIGOS

Muchos de los que tenían aptitudes para la supervivencia volvieron a alistarse y regresaron. Un montón de periodistas tenaces estuvo allí casi un decenio, acumulando premios Pulitzer como los militares compilaban recuentos de cadáveres. Pero para la nueva generación de mercenarios de los medios de comunicación, a los que la vieja guardia permitió a regañadientes actuar en los campos del infierno, el infierno era donde estaban las verdaderas historias. Las unidades de confianza nos informaban en secreto, nos suministraban información, nos daban recorridos, nos cuidaban, y en todo momento estaba garantizada una relación que merecía la pena. Cuando se metían en un avispero, si uno estaba allí se convertía en el talismán para su supervivencia. Teníamos el poder de ponerlos en primera plana, a doble página —incluso en caso de muerte—, o provee-

Humor duro. ARRIBA. *Unos infantes de Marina muestran las tarjetas de visita que solían dejar en los cadáveres de vietcong.* ABAJO: *La verdad lisa y sin florituras.*

ABAJO: *Un ejemplo de las frases —a menudo inspiradas en el rock and roll— que abundaban en Vietnam, decorando en este caso una pieza antiaérea emplazada en la base de fuego Carol.*

tarlos con vida en la televisión a la hora del desayuno. Se compartían momentos mágicos y se hacían rápidas amistades, antes de que fueran rápidamente interrumpidas. No es siempre cierto que uno no oiga el proyectil que le da. Hay que vivir conforme a ese momento, ahí radica el atractivo del asunto

A la mayoría de nosotros se nos educa en el gusto por los juguetes de guerra desde edad temprana. Nuestras fantasías giran en torno a los helicópteros, los aviones de transporte, los pesados tanques y los veloces aviones a reacción. Habríamos dado un ojo de la cara por vernos detrás de los mandos de un jeep, camión semioruga o tanque, por disparar de verdad el arma que le pondría a él o ella en órbita En la zona de combate, todo eso se hacía realidad. Uno podía subirse en el asiento del conductor —no obstante el hecho de que una mina oculta vaya a explotar debajo—, tomar el volante, el timón o las palancas, y dirigir el aparato hacia el terreno escabroso. El soldado siempre fascinado por los medios de comunicación, que se moría por una breve aparición en un programa nacional o local, estaría feliz de poner a prueba su vehículo, echando por tierra una construcción —en otro tiempo la morada de alguno— o levantando de cuajo algún búnquer o trinchera. En el fondo, uno sabe que no está bien, pero el síndrome de Biggles, el famoso piloto de cómic que lo arrasa todo, ocupa un puesto importante en nuestra conciencia colectiva

En la guerra, las unidades de élite se ganan la reputación no sólo por sus acciones, sino también por que permiten, e incluso fomentan, los individualismos. En Vietnam abundaba el equipo hecho a medida, y algunos de nuestros muchachos llevaban armas enemigas para confundir a "Charlie" en un tiroteo —los AK-47 eran mejor arma, por otra parte—. Todo el campo de batalla llegó a ser un enorme recuerdo de cacería: las hebillas de cinturón vietcong valían una fortuna entre los oficinistas de retaguardia y aún más entre los marineros ávidos de acción de la 7.ª Flota anclada frente a la costa: un revólver Chicom valía su peso en oro.

ABNEGADO SEGUIDOR DE LA MODA

Pero el negocio de los recuerdos tenía su cara sórdida, con tipos que llevaban collares de orejas cortadas a los norvietnamitas Algunos hasta las mandaban por correo a sus novias de El Mundo. Recoger material del campo de batalla después de un tiroteo, batalla o emboscada, era algo corriente, lo de todos los días. Las balas sin estallar convertibles en candelabros eran muy populares, así como las cápsulas de los obuses que se transformaban en ceniceros. Había incluso una pequeña e ingeniosa industria manufacturera que fabricaba sujetacolillas de porro con cartuchos, acoplando la vaina a unas pinzas diminutas.

Le cafard (la cucaracha), según lo llamaban los franceses, era un estado cercano a la locura producido por pasar demasiado tiempo en zonas aisladas. La techumbre se iba metiendo en la cabeza y una bala podía convertir a un hombre en un zombi temblón. Ese único disparo envejecía mucho más que los años. Un denominador común era tener el pelo gris y a los jodidos novatos aferrados como sanguijuelas en los tobillos. La mirada de los nuevos estaba limpia, su equipo libre aún del polvo rojo

que, tarde o temprano, lo cubría todo. Costaba tiempo llevar con soltura las ropas y armas de guerra; la forma en que el sombrero para la jungla se doblaba en el ángulo preciso, arrojando sombra sobre los ojos y al mismo tiempo evitando que las voraces hormigas rojas bajen por el cuello.

En Vietnam, el elemento esencial para muchos era el estilo que imponían a su papel, fuera de halcón o de paloma. Leyendas agresivas en los chalecos que decían "Sat Cong" (Muerte al Vietcong), "Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré ningún mal, porque soy el peor hijoputa del valle". No había nada sagrado, por todas partes aparecía el símbolo de la paz. Estilo era el ángulo del sombrero de jungla estrujado —los Lurps (unidades de reconocimiento lejano) dieron en colgar sotrozos de granadas usadas del ala del sombrero, mientras que yo llevaba colgado de la parte trasera del mío una insignia de Mao—. Los muchachos de reconocimiento de la 9.ª División llevaban un ovillo de cuerda en el cinto y un equipo de Lurps del 1.º de Caballería lucía hebillas norvietnamitas. Éstos eran pequeñas cosas, pero embelesaban a los espectadores de la función, que se precipitaban a remedar el acto.

Lo que uno comía denotaba su experiencia en Vietnam. El juego consistía en saber cómo cambiar el deprimente cielo de las raciones "C" del Ejército. La casa Tabasco insertaba anuncios en *Playboy*, que incluían un cupón para promocionar un folleto de recetas para los necesitados. Algunos tipos, sobre todo los meridionales, traficaban con jamón y alubias. Yo podía hasta acabar con mi ración favorita de pavo caliente, con pan blanco envasado y unas gotas de *nuoc mam*.

El mando logístico dio al fin con una serie de comidas deshidratadas para patrullas de ancho radio de acción: espaguetis a la boloñesa, pollo asado, cerdo agridulce con arroz; el problema estribaba en que era preciso cargar con un suplemento de agua para cocinar y eso significaba un peso adicional.

Salir con los survietnamitas era más entretenido gastronómicamente, de forma que sólo había que llevar un par de raciones enlatadas, como reserva. En esas ocasiones uno se mezclaba con asesores que tenían asignado un ordenanza/cocinero permanente. Cada sección designaba a un soldado para llevar la olla del arroz y otro para rastrear en busca de cualquier cosa que pudiera considerarse comestible. Fuera insecto, pájaro, roedor, hierba, especia o vegetal, todo acababa en la sopa común. Estaba garantizado que la comida era fresca, aun cuando el arroz estuviera medio cocido —cualquier cosa era comestible después de ser regada con la salsa de pescado fermentada.

En el campo de batalla, un encendedor Zippo era tan importante como un buen cuchillo de supervivencia, fuera uno fumador o no. El encendedor llegó a ser estrella de la pantalla cuando Morley Safer, de la CBS, filmó un reportaje en que se veía a los infantes de Marina usándolos para prender fuego a las cabañas en Cam Ne en 1965. Después de eso, arder se denominó "Zippoing" y los lanzallamas y tanques llevaron el nombre de "Zipheads".

Nam era para los militares estadounidenses lo que la guerra civil española fue para la Legión Cóndor: el campo de pruebas permanente y definitivo para cualquier sistema de armamento, los últimos avances en comunicaciones (aunque fuera más fácil

CAMERA PRESS

US ARMY

Un lote completo de amor. Vietnam suministró un campo de pruebas para toda una serie de armas para la muerte y la destrucción. Abarcaba desde las complejas bombas teledirigidas a los mundanos encendedores Zippo, desde los M-16 reglamentarios al peligroso Agente Naranja. La Máquina Verde (el Ejército) tenía todos los juguetes que los impuestos y los déficits presupuestarios podían suministrar... y aun así perdió la guerra. IZQUIERDA: *Obús autopropulsado de la base de fuego Carol.* DERECHA: *Un obús de 8 pulgadas acelera la marcha.* ARRIBA: *El pañuelo del soldado ilustra la confianza de las tropas de Infantería en la fuerza aérea.*

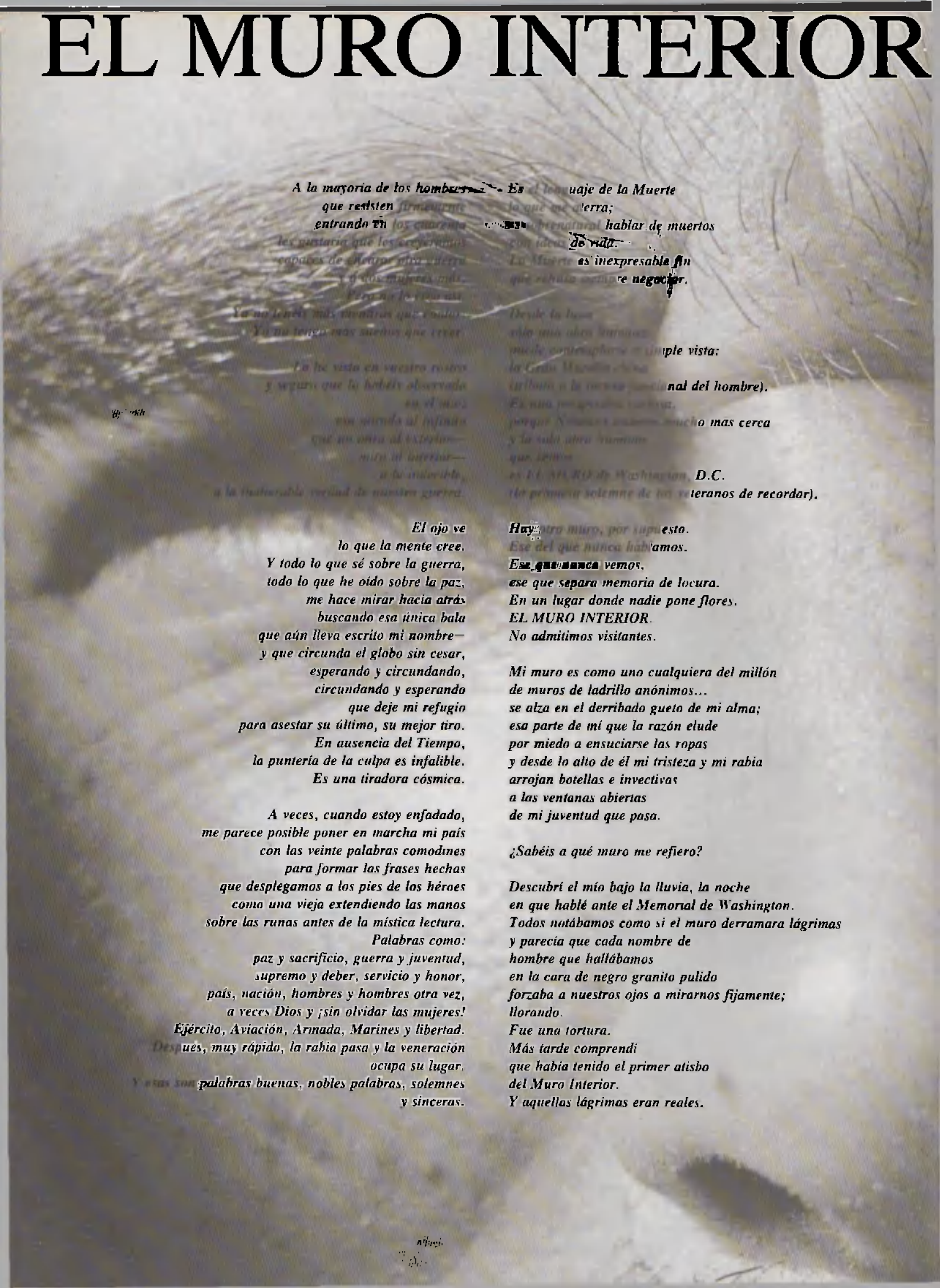
sintonizar Denver que Da Nang) y, afortunadamente, el más moderno equipamiento sanitario. En Vietnam murieron menos soldados por heridas que en cualquier otro conflicto. Un soldado con una grave herida abdominal podía, con suerte, ser embarcado en un helicóptero de evacuación sanitaria y llegar ruidosamente a un hospital de campaña en pocos minutos. . y el sanitario o médico destacado en el campo de batalla probablemente habría hecho milagros ya antes de que el compasivo pájaro tocara la zona de aterrizaje.

FOTOGRAFIANDO EN EL ESTE

A diferencia de en Flandes durante la Primera Guerra Mundial, aquí el barro no interrumpía la obra, sino únicamente resbalaba. He ahí la cara insolente de la guerra. No hay nada tan penoso, ni poco atractivo, como combatir bajo los aguaceros torrenciales de los monzones. Cuando la temperatura resulta refrescada sólo levemente por la lluvia, el sudor y el agua se unen para formar una sola película resbalosa. En teoría, los nuevos correajes livianos, las botas de combate con laterales de nilón y el traje de faena de lava y pon, escurrirían el agua a cubos en cuanto el sol volviera a brillar. Esa era la teoría. En vez de ello, las costuras tendían a deshilarse. El estado de los pies conocido en otro tiempo como "pie de trinchera" fue rebautizado como "podredumbre de la jungla", un dolor punzante que trepaba por las piernas devorando trozos vivos de las más tiernas partes.

Ese es el atractivo de la guerra, el horror que hay que evitar sentir para que sea posible sobrevivir. Al fotografiarlo, la cámara sirve de ayuda, porque filtra la repugnancia apartándola lo bastante para lograr una exposición decente. Horas más tarde, la misma fotografía habría sido revelada, impresa y remitida para adornar la primera página de los desayunos del mundo. De regreso al bar Melody o al Centro de Prensa, recontar la exposición era lo mejor de todo. Eso era a lo que se reducía todo —intentar meter los sentimientos en un recipiente que nunca pueda ser desechado—. En la guerra, a la altura de la acción sólo está la reacción, con los botones de socorro, lucha y supervivencia apretados simultáneamente. Cuanto más entrenado se está, mejor se aprecia cómo reaccionar para combinarlos de la manera más segura posible. El tiempo se detiene y lo que en el último cálculo se había alargado hasta hacerse minutos y horas, probablemente no era más que microsegundos, meros espasmos. La deformación de la batalla, presentándola como intervalos románticos, glorificándola al contarla y haciéndola atractiva como excusa ante la inquietud, es inevitable... es preciso hacer algo para amortiguar el dolor de revivir la experiencia. Un hombre no puede nunca ver de verdad los miedos de otro hombre, únicamente puede pasar los suyos. El deseo de sobrevivir tiene que ser dominante, pues en cuanto el miedo es el que manda, se baja la guardia y todo se reduce a una cifra en la estadística de bajas. Para los supervivientes, el humo de después de la lucha es como néctar, con un sabor muy personal. En ese ámbito no hay atractivo, sino únicamente el alivio de haber sobrevivido. Un fotograma de paso rápido congelado.

EL MURO INTERIOR



El ojo ve
lo que la mente cree.
Y todo lo que sé sobre la guerra,
todo lo que he oído sobre la paz,
me hace mirar hacia atrás
buscando esa única bala
que aún lleva escrito mi nombre—
y que circunda el globo sin cesar,
esperando y circundando,
circundando y esperando
que deje mi refugio
para asestar su último, su mejor tiro.
En ausencia del Tiempo,
la puntería de la culpa es infalible.
Es una tiradora cósmica.

A veces, cuando estoy enfadado,
me parece posible poner en marcha mi país
con las veinte palabras comodines
para formar las frases hechas
que desplegamos a los pies de los héroes
como una vieja extendiendo las manos
sobre las runas antes de la mística lectura.
Palabras como:
paz y sacrificio, guerra y juventud,
supremo y deber, servicio y honor,
país, nación, hombres y hombres otra vez,
a veces Dios y ¡sin olvidar las mujeres!
Ejército, Aviación, Armada, Marines y libertad.
Después, muy rápido, la rabia pasa y la veneración
ocupa su lugar.
Y estas son palabras buenas, nobles palabras, solemnes
y sinceras.

Es el lenguaje de la Muerte
lo que me aterra;
[illegible] hablar de muertos
de vida.
es inexpresable fin
re negar.

ple vista:

nal del hombre).

o mas cerca

D.C.
teranos de recordar).

Hay otro muro, por supuesto esto.
Ese del que nunca hablamos.
Ese que nunca vemos,
ese que separa memoria de locura.
En un lugar donde nadie pone flores.
EL MURO INTERIOR.
No admitimos visitantes.

Mi muro es como uno cualquiera del millón
de muros de ladrillo anónimos...
se alza en el derribado gueto de mi alma;
esa parte de mí que la razón elude
por miedo a ensuciarse las ropas
y desde lo alto de él mi tristeza y mi rabia
arrojan botellas e invectivas
a las ventanas abiertas
de mi juventud que pasa.

¿Sabéis a qué muro me refiero?

Descubrí el mío bajo la lluvia, la noche
en que hablé ante el Memorial de Washington.
Todos notábamos como si el muro derramara lágrimas
y parecía que cada nombre de
hombre que hallábamos
en la cara de negro granito pulido
forzaba a nuestros ojos a mirarnos fijamente;
llorando.
Fue una tortura.
Más tarde comprendí
que había tenido el primer atisbo
del Muro Interior.
Y aquellas lágrimas eran reales.

Ni vosotros ni yo recorremos el Muro Interior
como Hamlet las almenas.
Nadie con nuestra experiencia

¿Y vosotros, veteranos,
que sólo os reunisteis con la mujer y los hijos
para divorciaros, porque no había

de tres años

bastante.

eso no
porque tampoco tú lo entiendes.
¿Que demonios? ¿Quién eras, acaso
Spinoza? Volviste hecho un artillero
de veintidós años por la gloria de Dios,
hiciste lo que pudiste.

¡PINTO EN EL MURO!

exactamente como si hubieran hallado
otra manera de respirar.
Muros, porque fueron verdaderos muertos de
la Guerra de Vietnam
porque perdieron el deseo
de respirar.

a los once años, en Carnegie Hall.
A veces, cuando de niño
la veía tocar el piano, me preguntaba si,
al fin y al cabo, Dios no sería mujer.
Una noche, estando yo en la guerra
sintonizó las noticias de las seis
y murió de un ataque al corazón.

El nombre de mi madre está
en el Muro Interior.

¿Comenzáis a entender?
Quizá nuestras listas sean diferentes,
pero si codo con codo,
halláramos la nube precisa
en una noche negra, perfecta,
proyectaríamos nuestras imágenes
sobre un motocine de medidas celestes
un ancho que Ben Hur galopando
tardara en cruzarlo un millar de años...

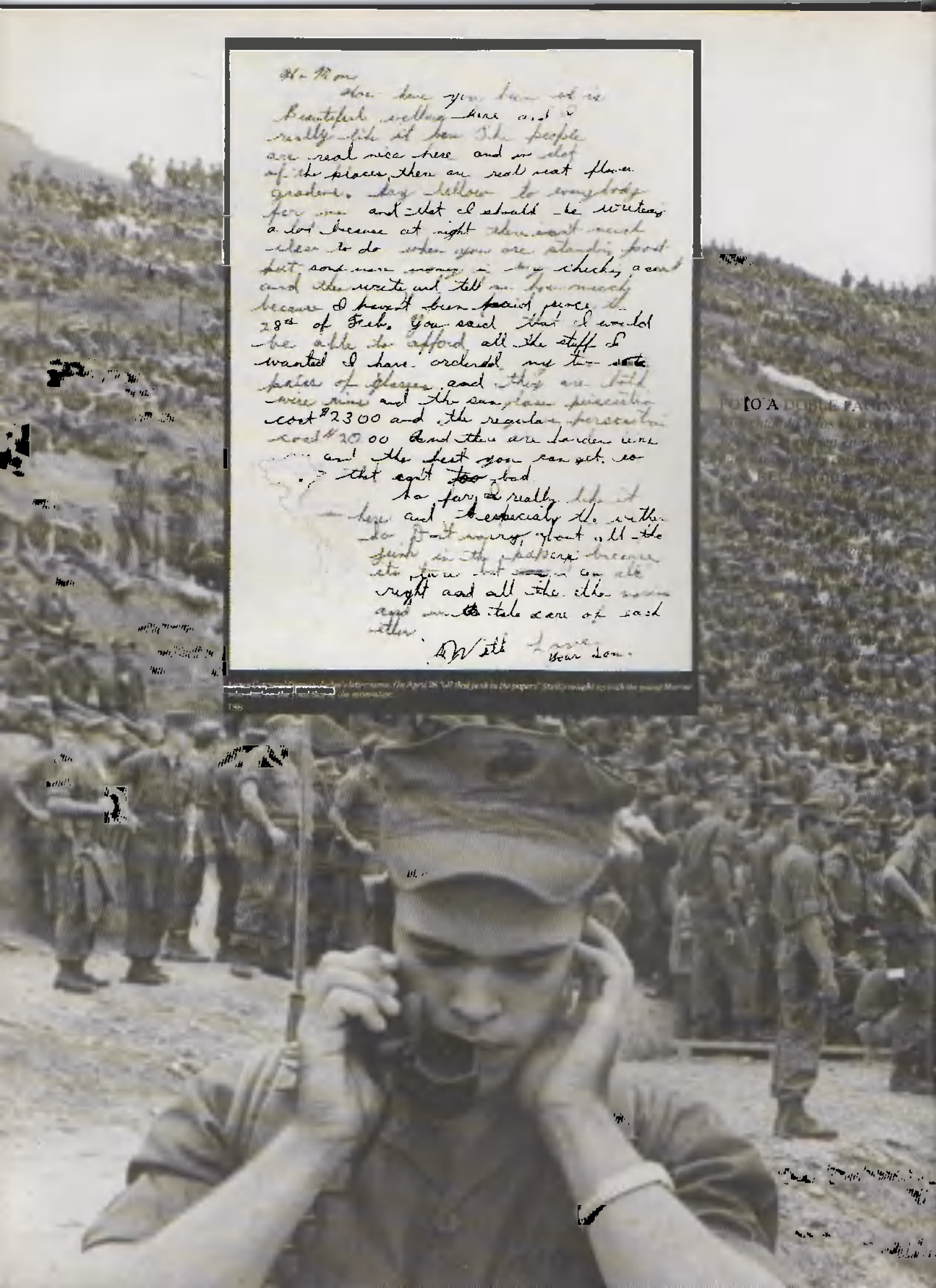
Porque el Muro Interior
nos dice el costo real de la guerra...

Podemos enumerar 58.012 en sueños
al día siguiente que actualicen la lista,
pero ¿cuántos de ellos tenían hijos?
de éstos encontraron un buen
padrastro?
¿Por qué muro avanzan?

estaríamos de acuerdo en dedicarnos en común
a nuestros Muros Interiores.
Por mi parte,
todos podrían leerlo:
Este muro está dedicado
a las madres, padres, hermanas, hermanos,
esposas, maridos,
hijos, hijas,
amantes, amigos
y sobre todo sueños,
de los hombres y mujeres
que lo arriesgaron todo en Vietnam
mientras sigáis perdiéndolos
después de la guerra
con pocas oportunidades de un homenaje
y sin oportunidad alguna de explicación.

Os los arrebataron las balas, la locura, las drogas,
el suicidio, el alcohol, la prisión, las
secuelas psíquicas, el divorcio, pero nunca
jamás vosotros
los perdisteis para la verdad
que ahora es compartida
a lo largo y ancho de esta gran nación
en un acto igualmente espontáneo
de valor moral, como quizá nunca
se haya visto en el campo de batalla
en toda la historia de la humanidad...

Así sea, hermanos.



Hi-Mom

How have you been all is Beautiful nothing here only really like it here the people are real nice here and we like of the places there are real neat flower gardens. Say hellow to everybody for me and that I should be writing a lot because at night there isn't much else to do when you are standing post but send more money in the checks I sent and then write and tell me how much because I haven't been paid since the 28th of Feb. You said that I would be able to afford all the stuff I wanted I have ordered me two pairs of glasses and they are full size ones and the sun glass prescription cost $23.00 and the regular prescription cost $20.00 and they are larger ones and the best you can get. so that isn't too bad

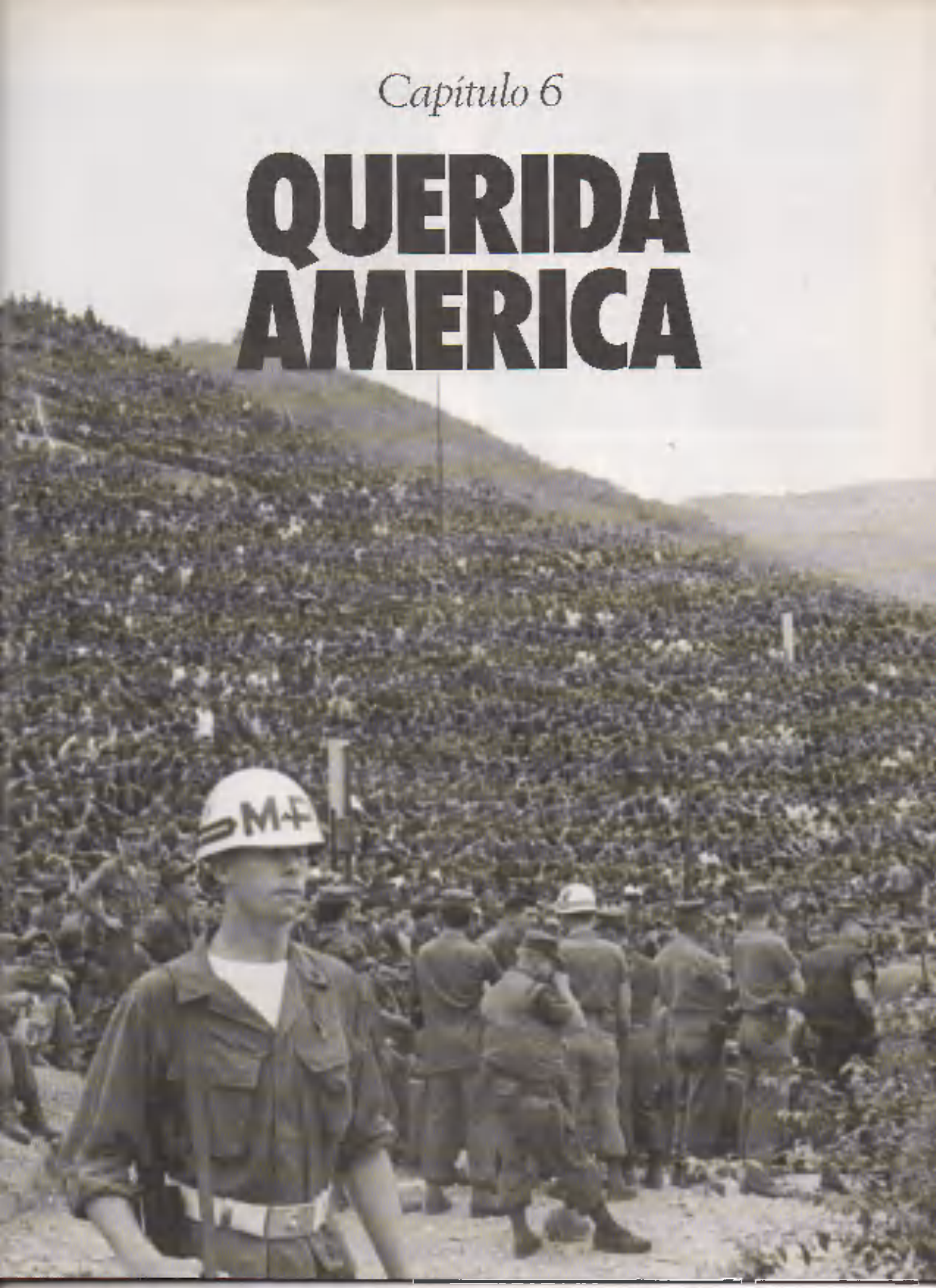
So far I really like it here and especially Mom you don't worry about all the junk in the papers because it's true but we can take care right and all the other women and we can take care of said matter.

With Love
Your Son.

PHOTO A DOUBLE PAGE

Capítulo 6

QUERIDA AMERICA



Mientras leía estas cartas podía ver a los hombres con quien serví en Vietnam hace 15 años, sus caras sucias, sudorosas y cubiertas por una gran sonrisa tras la que se ocultaba el miedo. Y volvía a ver las verdaderas voces de Vietnam... no las filtradas a través de los medios de comunicación o suavizadas por el recuerdo, sino las voces directas, crudas, personales: como eran. Estas cartas me han entristecido, me han hecho reír y me han llenado de orgullo; y me ha costado contener las lágrimas al leer muchas de ellas. Al igual que los jóvenes norteamericanos que las escribían, estas cartas son ingenuas o profundas, sentimentales o amargas, asustadas o jactanciosas, elevadas u ordinarias.

Con la posible excepción del fusil, en Vietnam nada era más importante para un norteamericano que la correspondencia. En 1969 yo era un teniente de la Infantería de Marina y estaba al mando de una sección en las montañas situadas al oeste de Da Nang. Dos veces a la semana llegaba en helicóptero la saca roja del correo. Los jefes de pelotón distribuían la correspondencia entre sus hombres con continuos comentarios. "Eh, Rinaldi, tu novia ha cambiado de perfume... ¿Qué pasa, ya no te quiere?" Todos sabían quién tenía carta y quién no, quién tenía problemas en casa, a quién intentaba su novia plantarle delicadamente. Eran unos momentos especiales, privados, aunque comunes.

Normalmente escribíamos las cartas al caer la tarde, después de haber avanzado a una posición nueva y haber cavado los pozos de tirador, en esa hora violeta antes de que salieran las patrullas y la noche se convirtiera en el enemigo. Cuando bajaba de las montañas a trabajar en el cuartel general de la división, podía escribir las cartas a máquina y en papel limpio; en las montañas garrapateaba en un papel tan mojado de humedad y sudor que la pluma lo perforaba.

EL FIN DE LA ESCUELA

Teníamos el privilegio de enviar las cartas sin franqueo. Recibíamos unos 65 dólares suplementarios al mes por soportar los riesgos de combatir por la nación, ese era el mayor beneficio (y la lista no era larga) de estar en Vietnam. No teníamos más que escribir "Gratuito" en el lugar donde debía ir el sello y la carta partía a toda prisa. La mayoría de los hombres eran aún adolescentes sin formar y vulnerables, lejos de casa por primera vez. Las cartas eran el puente entre América y Vietnam, entre lo que la guerra les había hecho y lo que eran anteriormente. En ocasiones esos dos mundos eran tan espectacularmente diferentes que era casi imposible salvar el abismo.

Recuerdo una vez que, después de una acción en que nos internamos mucho en las montañas, toda la sección regresó agotada y pasmada, con esa mirada desenfocada en el rostro. Me senté en el suelo, con los pantalones empapados e inmundos, y comencé a contestar una carta en que se me pedía sugerencias sobre los regalos de Navidad que debería mandarse y sus destinatarios. Pero, en lugar de tomar a mal una tarea absurda como ésa, me alegraba hacerlo, porque cuanto más triviales fueran los detalles, más absorto me quedaba en ellos. Mis padres, como todos los que tenían un hijo, esposo o padre en Vietnam, eran rehenes de la guerra, esperando sin saber nada, casi sospechando la llamada del teléfono nocturna o el timbre de la puerta que significaría la confirmación de sus peores temores. Las cartas eran la única manera de mantener altas sus defensas contra ese miedo, y de ese modo llenaban una tras otra con los detalles de su vida diaria.

U.S. ARMY

ARRIBA: *Todos se han ido a hacer patinaje sobre las olas, el "surfing" americano. Salvo este muchacho, a 2.000 años luz de su país y herido por esa soterrada añoranza del hogar.*

Estas cartas son tan emotivas ahora, porque sabemos algo que no sabía su autor: sabemos lo que reservaba el Destino.

Estábamos lejos de casa y nos sentíamos olvidados por el país que nos había enviado allí. Teníamos, además, miedo —de morir, sin duda, pero también de ser abandonados—. Como se consideraba de mal agüero hablar del miedo a la muerte, intentá-

bamos concentrarnos en el otro miedo, preocuparnos acerca de la mujer que habíamos dejado en casa. Cada aviso de carta podía esconder, como los senderos que recorríamos, una trampa explosiva; una carta "Querido John" era tan temible como una mina.

Para ayudar a calmar esos miedos sólo nos teníamos a nosotros mismos o a los oficiales superiores, quienes con frecuencia no eran mayores que nosotros. Me pasaba horas enteras explicando a mis hombres por qué estaban ellos en Vietnam y la mayoría de sus amigos no. No era fácil, aunque no más difícil que explicarles por qué les dejaban sus novias Ambas cuestiones eran variaciones de la eterna pregunta del soldado: "¿Por qué yo? ¿Por qué me han metido en esto, por qué tenía que pasarme a mí y no a los otros?"

A menudo, los sentimientos en la guerra oscilan violentamente de la camaradería y el optimismo a la vergüenza y el sentimiento de culpa. El especialista de cuarta George Olsen reflexiona sobre las extremas exigencias del combate: "Lo más aterrador es lo fácil que resulta matar en una guerra. Sin remordimientos, sin un teatral 'lavarse las manos' para limpiarse una sangre inexistente, sin siquiera excusas. Cuando ocurre, tienes más miedo (que) el que has tenido nunca en la vida .. Matas porque ese pequeño hijoputa intenta matarte por todos los medios y tú deseas desesperadamente seguir vivo, regresar, emborracharte o caminar otra vez por la calle hacia una cita."

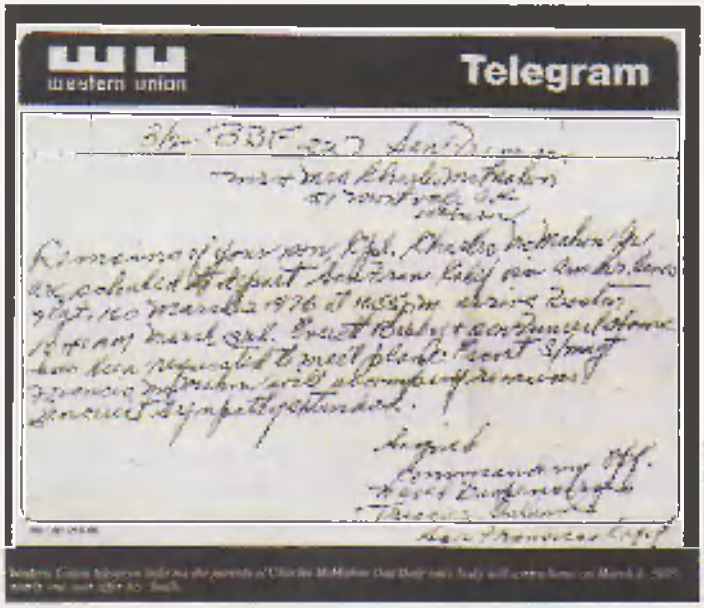
Para los oficiales jóvenes la responsabilidad podía llegar a ser angustiante. Cuando me incorporé a mi sección, tenía miedo de caer herido o de morir, pero sobre todo temía no ser capaz de cumplir con mi deber Todos los que estaban en la colina donde me depositó el helicóptero sabían más que yo de Vietnam, pero yo tenía que ser su jefe No importaba nada de la vida civil, de modo que no podría mostrarles mi historial.

MI HIJO ME ESCRIBIO UNA CARTA

En algunas cartas es palpable el sentido del deber. La mayoría de los hombres de mi sección eran voluntarios. No creían en la guerra en la forma que lo hacían los políticos, sino que eran simplemente jóvenes patriotas. había una guerra y habían decidido cumplir su parte. Estas son las palabras con que el capitán de Infantería de Marina Rod Chastant explica a su madre la razón por la que decidió ampliar su estancia en Vietnam otros seis meses. "No es fácil decir que opto por seis meses más de calor, arena y tiroteos . Hay una tarea que cumplir. Hay decisiones morales que hay que tomar casi diariamente y mi experiencia no tiene precio. Esta tarea precisa de un hombre de conciencia . hago falta aquí, mamá..."

Rod Chastant no regresó jamás; murió en el primer mes de la prórroga. Muchos de los que regresaron han tenido fortuna en el mundo; otros veteranos lo han pasado mal intentando dejar la guerra atrás, y aún precisan ayuda y comprensión. Casi 60.000 jóvenes norteamericanos murieron en Vietnam y sus voces ya nunca volverán a ser oídas. Hasta luego, compañeros. Y gracias por dejar atrás un poco de vosotros mismos, para que recordemos quiénes érais. Os echamos realmente de menos.

William Broyles



ARRIBA: *Los norteamericanos llegaron a temer los telegramas del Tío Sam, mandados primero para llevarse a los chicos a la guerra y después para comunicar a los padres que sus hijos regresaban en una caja*

ARRIBA: *La chica que dejó en casa. El soldado llevaba un recuerdo permanente del amor que había dejado en América. Las cartas y los recuerdos ayudaban a la tropa a mantener su sano juicio.*

CAPÍTULO 6 QUERIDA AMÉRICA

"PIMPOLLOS": PRIMERAS IMPRESIONES

23 diciembre 1967

Querido Tom:

¡Hola! ¿Cómo estás? Espero que todo vaya bien en casa; aquí todo está perfecto. Ahora son las 4.30 y fuera hace un calor del demonio. Estoy sentado en el búnquer del pelotón, al que acabamos de dar los últimos toques esta tarde. Por dentro es muy agradable y fresco.

Llegamos a Qui Nhon el 19 por la mañana y a la mañana siguiente fuimos en un convoy hasta Duc Pho. Fue un recorrido de cuatro horas y media y había francotiradores por todo el trayecto..

La noche pasada fue la primera que pasé en este refugio del perímetro. En esta zona no hay demasiados vietcong, aparte de unos pocos francotiradores que abren fuego todas las noches. Nunca dan a nadie... disparan de pena. La noche pasada tirotearon como demonios sobre un refugio con una ametralladora, pero nadie resultó herido.

Desde el refugio veo unos 100 metros de matorral y hierba alta; cuesta abajo, porque estamos en una colina. Todo lo que hace el Vietcong por aquí es tratar de evitar que durmamos demasiado, aunque yo duermo profundamente cuando no tengo guardia. Pensaba que esa mierda me iba a molestar, pero nada, por mí, pueden disparar contra este refugio toda la noche.

Todo mi pelotón está en este refugio, y son todos un puñado de tíos raros. Eddie está ahora corriendo por aquí con un fumigador, maldiciendo a las chinches. Los mosquitos nocturnos atacan al hombre, pero el repelente de insectos los mantiene a raya. Además, tengo una red para la cara. .

Cuídate y disfruta las vacaciones. Yo posiblemente me cargue alguna cerveza en Navidades. Un placer bien ganado.

Denis

P.S. Envíame gaseosas. Aquí el agua sabe a rayos.

El cabo Dennis W. Lane, de Brooklyn, Nueva York, llegó a Vietnam el 19 de diciembre de 1967 con la Compañía A, 4.º Batallón, 3.ª de Infantería, 11.ª Brigada de Infantería Ligera. Resultó muerto por la metralla de una mina el 21 de mayo de 1968. Tenía 21 años. La carta estaba dirigida a su hermano.

* * *

Queridos papá y mamá.

Acabo de coger vuestra primera carta, más los recortes sobre Johnson y mis fotos. No puedo deciros lo estupendo que es volver a estar en contacto con vosotros...

La semana pasada perdí a mi primer hombre. Lo mató por accidente otro miembro de la sección. Había enviado a un pelotón para la emboscada nocturna. Llevaban ya unas horas en la posición, cuando el hombre del flanco se alejó a gatas, para mear o algo así y, cuando volvía gateando a la posición, otro de los hombres le confundió con un "amarillo" y le pegó un tiro. Murió en el helicóptero en que lo evacuamos.

ARRIBA: *Operador, póngame con Memphis, Tennessee. Una última llamada a casa antes de embarcar para ultramar.*

ABAJO: *Una función de ópera en un hangar de aviones: el choque de la cultura con una nueva acústica.*

Aunque me duela mucho perder un hombre, especialmente así, no puedo dejar traslucir mis emociones He tenido que seguir adelante, continuar la tarea. Incluso entre mis hombres, esto es una norma: están tristes por la muerte de un compañero, pero él ya se ha ido y lo que preocupa al grupo es cómo le afectará al que le disparó. ¿Se derrumbará en pedazos y será incapaz de realizar su cometido? Eso es lo que nos preocupa en primer lugar y por encima de todo. ¡La guerra es infernal!

¿Sabéis ese chiste sobre lo difícil que es decir aquí cuáles son los buenos y los malos? Bueno, pues tiene gracia en Bronxville o en Dorset, pero no aquí. El enemigo en nuestra zona de operaciones es campesino por el día y vietcong por la noche. Los varones están obligados a registrarse en la capital de la provincia y luego tienen que llevar un documento de identidad (ID), con su fotografía, huellas dactilares, edad, etc. Y a cualquiera que sea sospechoso de relaciones con el Vietcong se le deniega el documento Os parece simple, ¿no? Lo único que tenemos que hacer es ir a una aldea y controlar a los que no lo tienen. ¿no es así? Pues bien, hace tres meses tomamos una imprenta del Vietcong donde hacían tarjetas de identificación. A todos los que cogemos nos dicen: "Yo vietnamita número 1, vietcong vietnamita número 10", de modo que tenemos que soltarlo. Pero más de una vez hemos capturado o matado a personas armadas a las que hemos reconocido como una de esas caras sonrientes que anteriormente habíamos cogido y soltado. Es para volverse loco, porque sabemos de sobra que son enemigos, pero no podemos hacerles nada hasta que no los cogemos con un arma o disparándonos.

A propósito, número 1 significa muy bueno y número 10 malísimo en la jerga vietnamita-inglés Otras frases prácticas, por si acaso planeáis unas vacaciones en este paraíso tropical, son: titi, muy poco; boo koo (una degeneración de beaucoup), muchísimo; boom boom, prostituta; didi mow, fuera de aquí. ¿Qué más os hace falta saber?...

Pronto más.

Besos,

Mike

Alférez Robert C ("Mike") Ranson Jr , jefe de sección de la compañía A, 4/3 Infantería, 11.° LIB, Cuerpo I, herido el 3 de mayo de 1968, muerto el 11 de mayo.

★ ★ ★

"PATEANDO TIERRAS REMOTAS"

5 noviembre 1967

Hola, querida.

Aquí me tienes dispuesto a escribir sobre mi amor por ti y sobre los horrores de la guerra En este momento, imagino que estoy hablando contigo.

Puedo representarme tu rostro frente a mí, y nuestra casa y los niños. ¡Cuánto pueden llegar a significar las cosas que nos rodean cuando las perdemos! El olor a hierba segada, el viento que sopla sobre el lago y mece los árboles

y la hierba. La fragancia del otoño, la desnudez del mundo durante el invierno. Todo eso significa mucho, pero qué poco lo apreciamos

Por las mañanas me pongo el equipo de combate: cinturón y correajes, con cartucheras, granadas de mano, granadas de humo, compartimento de primeros auxilios y cantimplora. Luego me meto dos bandoleras de balas por la cabeza, de forma que queden cruzadas sobre el pecho

Después, la mochila, que contiene el poncho, el forro del poncho, cinco raciones "C", chubasquero, camisa de campaña, cantimplora extra, cerrojo extra para el fusil, una cámara y cigarrillos. Después cojo el arma y me coloco el casco. Con todo eso encima, llamo a mis jefes de pelotón y les explico mi plan para el día, basado en lo que el capitán me ha explicado a mí. El barro, no sabía cuánto podía llegar a odiar el barro. Vivimos entre barro y lluvia. Estoy tan harto de lluvia que a veces se me hace insoportable. Por la noche me atormentan los mosquitos mientras estoy echado en el suelo envuelto en el poncho. La lluvia me cae encima hasta que me duermo de agotamiento.

Así continúa día tras día hasta que uno se pregunta cuánto puede resistir el cuerpo humano... y, sin embargo, es mi deber y lo cumplo gustoso, sabiendo que la guerra es un elemento constante en el mundo, como ha sido desde el comienzo de la humanidad Hay algo que nos mantiene luchando por encima del tiempo cuando querríamos abandonarlo todo

Volvemos mañana, con toda seguridad. La moral de todos es muy alta, incluida la mía. Disfruto de antemano el sentirme limpio y relajado. Mañana por la noche la mayoría de mis hombres estarán borrachos como cubas.

Quizá tenga alguna carta. Así lo espero, porque las cartas son muy importantes.

¿Sabes una cosa, cariño? Te quiero montones Sólo tú sabes cuánto.

Te escribiré cuando lleguemos.

Con todo mi amor,

Fred

El alférez Frederick Downs, Jr., de Kingston, Indiana, era jefe de sección destinado en la Compañía D, 1.er Batallón, 14.a de Infantería, 4.a División de Infantería, que operaba fuera de Duc Pho, desde agosto de 1967 hasta enero de 1968, en que fue herido en combate. Linda era su esposa.

★ ★ ★

Domingo, 3 julio 1966

Queridos papá y mamá.

No sé cómo hacerlo sin alarmaros, pero sé que tendré que decíroslo, porque los de Noticias de la NBC estaban allí y temo que me veáis en las imágenes o leáis acerca de ese terrible combate.

Cuando pienso en el infierno que hemos pasado los últimos días, no puedo dejar de llorar y preguntarme cómo estoy vivo todavía. Mi compañía sufrió las peores bajas, creo que muy cerca de 50 muertos y heridos. Han muerto algunos de los amigos con los que me entrené en Fort Polk, y otros están heridos gravemente En mi pelotón de nueve hombres, sólo cuatro hemos sobrevivido

Esta ha sido la peor batalla, en cuanto a número de bajas, que ha librado la Compañía. Ahora no soy capaz de entrar en detalles, todavía estoy algo conmocionado y muy cansado y nervioso por los últimos tres días.

Sólo quería que supierais que estoy perfectamente, aunque no sé cómo lo logré. Quizá no hayáis leído nada, pero, por si acaso, quería simplemente deciros que estoy bien

No puedo dejar de llorar ahora, porque pienso en el horror de esos tres días. Estaba llevando cadáveres y heridos a los helicópteros que aterrizaban en un claro, cuando vi, según creo, a Ron Nesson, de la NBC, y estaban tomando imágenes.

Ayer (pensaba que nunca vendrían por nosotros) nos evacuaron de la zona en helicóptero. La zona está a menos de tres quilómetros de Camboya, donde el Vietcong tiene regimientos, y nos tendieron una emboscada.

Recibí vuestra carta fechada el 25 de junio y la contestaré en fecha posterior. Tratad de aguantar. Para cuando recibáis ésta, espero estar más recuperado y tranquilo.

Con cariño,

Kenny

El especialista de cuarta Kenneth Peples, Jr., sirvió en la Compañía A, 2.° Batallón, 18.a de Infantería, 1.a División de Infantería, actuando en el Cuerpo III, desde junio de 1966 hasta ser herido en febrero de 1967. Vive actualmente en South Orange, New Jersey, y trabaja como bibliotecario en New Jersey City.

★ ★ ★

17 agosto 1968

Querida señora Carlson:

Recibí su carta y siento mucho la muerte de su hijo Richard A menudo me pregunto si valía la pena la tristeza y el dolor que a tantos de nosotros nos va consumiendo, pero imagino que nadie puede explicar esta situación.

Richard y yo fuimos buenos amigos, porque éramos los dos miembros del cuerpo sanitario destinados en la Compañía Delta. Durante el mes de mayo nuestra compañía salió en misión de búsqueda y destrucción en el Bosque Nacional de Vietnam del Sur. El día 21 encontramos resistencia enemiga consistente en fuego de armas automáticas pesadas, que obligaron a la compañía a retroceder y pedir artillería y ataques aéreos. Nuestro comandante recibió informes de que teníamos enfrente a una fuerza del tamaño de un regimiento, de modo que durante tres días pedimos apoyo artillero y de la aviación antes de volver a la zona de contacto.

Avanzábamos sin contacto de ningún tipo cuando nues-

POPPERFOTO

ARRIBA: *Así que es Navidad y ¿qué hemos hecho? Otro año acabó, comienza uno nuevo.* ABAJO: *Doctor, estoy muy mal, ayúdeme, por favor.. Médicos intentando salvar a un soldado herido durante un vuelo de evacuación de heridos a Da Nang.*

KEYSTONE

tra unidad de cabeza descubrió a dos soldados enemigos y los mató. Continuamos avanzando, pero "Charlie" se había escondido y nos había preparado una emboscada, de modo que esperó a que nos metiéramos en la trampa antes de dejarla al descubierto. El enemigo rompió el fuego alcanzando a uno de nuestros hombres en las piernas. En ese momento retrocedimos, pero entre la confusión no nos dimos cuenta de que había quedado detrás un hombre herido hasta que oímos sus gritos

Entonces no podíamos llegar a él porque el tiroteo era muy intenso, de modo que repté hasta su lado y lo auxilié, pero no podía volver con él porque el enemigo me había copado. Se adelantó un equipo de cinco hombres para proporcionar una base de fuego mientras yo arrastraba al compañero herido hasta nuestras posiciones Pero esos cinco hombres no llegaron nunca a mi posición, porque fueron muertos o heridos. De modo que dejé al hombre y comencé a auxiliar a los otros heridos de la compañía. Richard se arrastró hasta llegar a mi lado y comenzaba a atender al hombre que tenía más cerca, cuando recibió un balazo en una pierna. Le apliqué morfina a la herida para amortiguarle el dolor.

Más tarde me dijo que el dolor había remitido bastante, de modo que le dije que permaneciera allí hasta que pudiera retirarlo Pero Richard vio a un oficial herido en la cabeza que perdía mucha sangre y se echó a rodar hasta llegar a su lado. Comenzó a atenderlo lo mejor que podía y entretanto fue herido varias veces más, dos en el pecho y una en el brazo. Me llamó y me acerqué a él y comencé a curarle las heridas. Mientras le vendaba, alzó los ojos hacia mí y dijo: "Doctor, soy un desastre." Después dijo: "¡Dios mío, no quiero morir! Madre, no quiero morir. ¡Dios mío, no me dejes morir!" Llamamos un helicóptero para llevarlo al hospital con el resto de los heridos. Richard murió antes de que el aparato llegara.

Hice cuanto estaba en mi mano por salvar a Richard Apliqué todos mis conocimientos. A menudo me pregunto si eso por lo que estamos luchando merece una vida humana. Si hay algo que yo pueda hacer, cuente conmigo.

Afectuosamente,

Charles Dawson

Charles Dawson escribió esta carta a la madre del cabo Richard A. Carlson, un compañero sanitario en la Compañía D, 2.º Batallón, 8.ª Caballería, 1.ª División de Caballería (Aeromóvil). Carlson, de San Francisco, California, llevaba cuatro meses en Vietnam cuando murió el 24 de mayo de 1968. Tenía 20 años.

★ ★ ★

13 marzo 1968

Hola, Vern:

Por aquí han estado lloviendo balas, pero he logrado evitar la rociada. Anoche un tipo comenzó a disparar contra el lugar donde estábamos escondidos; yo informé sobre un

contacto serio y conseguimos que ocho piezas de artillería dispararan fósforo blanco y explosivo de gran potencia sobre la línea de árboles. Esta mañana encontramos un cadáver, de modo que el coronel estaba feliz

Una compañía tendió una emboscada a mi sección y sólo perdí un hombre. El cohete rebotó en mi vehículo y el Vietcong atacó. Tus rezos deben de haber impresionado a Dios. No bromeo. ¡Lo creo!

Te sorprendería lo parecido que es matar a cazar. Ya sé que persigo seres humanos, pero me excito al ver un vietcong, exactamente igual que al ver un ciervo. Me pongo fuera de mí disparándole. Y no es que esté loco Creo que un hombre que se queda helado de miedo al matar a otro, también temería matar a un ciervo. No estoy pervertido, ni loco, ni nada de eso. Los civiles piensan que es locura, pero no es gran cosa. El corre y tú disparas. A ti te gusta cazar, así que imagino que sentirás lo mismo.

Cuando veas a un hombre riéndose de ello, recuerda que él habla igual acerca de matar a un ciervo. Cierto es que la venganza juega su papel en el deseo de matar al hombre, pero igual que deseas un ciervo como trofeo y comida. No estoy majara. Si matara a un hombre en América, todos se quedarían atónitos. Anoche maté un hombre y todos me dieron palmaditas en la espalda ¿Qué te parece?

Un amigo murió en una emboscada la semana pasada. El coronel le ordenó moverse en medio de la noche. Mientras arrastraba sus "claymores", "Charlie" le alcanzó La noche pasada me mandaron moverme en dos ocasiones. El día que yo haga eso, hará frío en el infierno. Treinta minutos después dije: "Hecho." El coronel no iba a salir a ver dónde estaba. ¡Seré un gallina, pero no un estúpido!

Todo esto no es tan horrible. Es duro vivir en el campo de batalla, pero no está mal. Aquí venden chaquetas de *sport* de moaré por 35 dólares y trajes de zapa por 60 Compraré algunos antes de irme ¡Qué chollo!

Hola, Vern:

Ayer cogí tus cartas. Fue estupendo saber de ti La verdad es que no puedo resumir mis emociones sobre mi viaje a Australia de permiso. No sé si han sido unos días fabulosos o no. Fueron extraños. Volver a un país de habla y aspecto completamente inglés, me hizo sentirme como avergonzado de la forma en que he pensado y obrado aquí Me doy cuenta de que he disfrutado con algunas de las cosas que he hecho, las cuales serían repulsivas para una mente sana. Este lugar te trastorna la cabeza Cuando uno comienza a disfrutar con esta guerra repugnante, es que empieza a estar mal...

El teniente James Simmen, de Danville, California, era jefe de sección en el 5.° Batallón, 60.° de Infantería (Mecanizada), 9.ª División de Infantería, en la zona sur de Saigón durante 1968. Ahora es carpintero en Alaska. Estas cartas las escribió a su hermano, pastor ayudante en Martinez, California.

DERECHA: *Por favor, cartero, mire a ver si trae en la valija carta para mí.*

"MAS ALLA DEL RECUENTO DE CADAVERES"

Querido amigo soldado:

Hola, mi nombre es Roger Barber. Pertenezco al Cubil 2, Jauría 79, de los Exploradores.

Me da pena que tengas que luchar en la guerra. A mí no me gusta luchar, ¿y a ti? Ten cuidado, por favor.

Te mando unos regalos y espero que te gusten. Pásatelo bien.

Tu amigo,

Roger Barber

El especialista de cuarta Frank Russo, que sirvió en la Batería D, 71.° de Artillería Antiaérea, II Cuerpo de Campaña, Phan Thiet, de febrero a diciembre de 1971, recibió esta carta de Roger Barber, un amigo por correspondencia de ocho años, de Nueva York. Russo vive actualmente en Staten Island, Nueva York, y trabaja como ingeniero de ordenadores.

★ ★ ★

Última voluntad y testamento
del soldado Richard E. Marks
12 diciembre 1965

Querida mamá:

Escribo esta carta para el caso de que muera durante lo que me resta de período de servicio en Vietnam.

En primer lugar quiero decir que estoy aquí como consecuencia de un deseo personal: se me ofreció la oportunidad de ir a la 2.ª Divisón de la Infantería de Marina, cuando fui destinado al 4.° de Infantería de Marina, pero la rechacé. Estoy aquí porque siempre he querido ser un infante de Marina y siempre he deseado ver la acción.

No me gusta estar aquí, pero estoy cumpliendo una tarea que ha de hacerse: estoy luchando contra un enemigo *ineludible*, que ha de ser combatido... tarde o temprano

Estoy luchando para proteger y conservar aquello que creo y en donde deseo vivir: una sociedad democrática. Si muero en el cumplimiento de mi misión, no deseo que nadie llore o lleve luto por mí. Deseo que todo el mundo mantenga la cabeza alta y esté orgulloso de mí, por la tarea que realicé.

Hay algunos detalles que deseo que se cuiden. En primer lugar, deseo que la suma que recibas como resultado de mi muerte la distribuyas de la manera siguiente. Si estás sola, deseo que Sue y tú la repartáis por mitad. Pero si estás casada y tu marido puede mantenerte, deseo que Sue y Lennie obtengan el 75 % del dinero y tú te quedes con el 25 %. Me parece que Sue y Lennie necesitarán mucho más ese dinero.

También deseo ser enterrado con el uniforme del Cuerpo de Infantería de Marina, con todas las condecoraciones, medallas y galones que me correspondan. Deseo también que oficie el acto el rabino Hirschberg, y deseo ser enterrado en el mismo cementerio que papá y los abuelos, pero no en la parcela de al lado de papá que compré pensando en ti.

Eso es todo, excepto que espero que nunca haya que usar esta carta. . Te quiero mamá, y a Sue y Nan, y deseo que todos sigáis adelante y seáis muy felices, y, sobre todo, que estéis orgullosos.

Con amor y mucho más amor,

Rick

El soldado Richard E. Marks, que se crió en Nueva York City, sirvió en Vietnam en la Compañía C, 1.er Batallón, 3.er Regimiento, 3.ª División de Infantería de Marina, que operó en el Cuerpo I, murió el 14 de febrero de 1966, dos meses después de escribir esta carta. Tenía 19 años.

★ ★ ★

Zona de Aterrizaje. Núcleo Central

4 00 h., 23 junio 1968

Queridísima Bev:

La noche pasada tuvimos al Vietcong por todas partes. Copamos a algunos junto al charco, pero imagino que escaparon. Bev, no le digas nunca esto a mamá, pero a veces siento como si nunca fuera a regresar. El Vietcong es mucho más fuerte y creo que la guerra va a peor en vez de a mejor ..

Los días son muy apacibles, pero las noches son un puro infierno. Miro a las estrellas y me resulta muy difícil creer que esas mismas estrellas brillan sobre ti y sobre un mundo tan diferente como en el que vives. Miro la guerra en el sentido de que es una experiencia que nada puede igualar y que algún día podré sacar algo de ella. Imagino que si tuviera que volver a hacerlo, ¡lo haría otra vez!

Intento meter mucho orgullo en mi unidad y en los hombres con quienes estoy. Muchos de ellos han tenido muchos problemas y no tienen educación ni dinero. Me siento honrado de que me consideren su amigo En el fondo, sé que éstos son los hombres que hacen América, no los ricos ni los bien educados. Espero dedicar la vida a su provecho e intento ayudarlos cuanto puedo He sido muy afortunado de tener las oportunidades que he tenido, así que espero ponerlas al servicio de una buena causa. Bev, espero que decidas unirte a mí en mis planes para el futuro, pero si decides que no, nada puedo hacer. Sin embargo, te prometo que cumpliré mis planes de una u otra forma Si me ocurre algo, mi familia podrá siempre decir que morí por una buena causa y que cumplí un poco durante mi vida...

Con todo mi amor,

Al

El sargento Allen Paul sirvió en la Compañía D, 2.º Batallón, 5.º de Caballería, 1.ª División de Caballería (Aeromóvil), desde abril de 1968 a abril de 1969. Escribió esta carta a su novia, Bev, con quien se casó en 1972. Actualmente trabaja como coordinador de información para un colegio de Indiana.

US ARMY

ARRIBA: *Distribuyendo helado a los soldados en Vietnam*
ABAJO: *Disfrutando con los millares de cartas llegadas en respuesta a una petición, publicada en un periódico norteamericano, para recibir correspondencia de EE.UU.*

US ARMY

7 septiembre 1969

Todos estamos asustados. Es fácil ver ese sentimiento en los ojos de cada uno de nosotros. Uno puede ocultarlo con la lengua, otro puede ocultarlo con sus actos, pero no hay vuelta de hoja .. estamos todos asustados.

Dicen que cuando un hombre tiene miedo, está preparado para cualquier cosa. Cuando el miedo posee al hombre, no está preparado para nada.

Por lo pronto, tengo miedo. Espero conseguir que no me posea.

Este apunte de diario fue escrito por el soldado de primera William A. Maguire, Jr., de Short Hills, New Jersey, que murió el 28 de septiembre de 1969, dos días después de contraer unas fiebres, mientras estaba de patrulla cerca de la Zona Desmilitarizada, con el 2.º Batallón, 5.º regimiento, 1.ª División de Infantería de Marina. Tenía 20 años y sólo llevaba en Vietnam cuatro semanas

★ ★ ★

Querida Madeline.

Hola, querida hermana.

Oye, me siento muy unido a ti Desde tu última carta, casi te siento como una hermana. Es bueno tener a alguien a quien contarle los problemas No puedo contárselos a mis padres ni a Darlene, porque se preocuparían demasiado, pero te diré sinceramente que dudo si saldré de esto con vida.

De mi pelotón originario, soy el único que queda ileso Y de mi sección sólo somos tres. Parece que cada día muere en combate un muchacho de 18 o 19 años como yo. Ayúdame, por favor, Mad; no sé si debería dejar de escribir a mis padres y a Darlene o qué hacer.

Salgo de operaciones el mes que viene, a una zona donde no hay más que vietcong y simpatizantes del Vietcong. Es además una zona muy minada. Estamos todos asustados, porque sabemos que un montón de nosotros no saldrá con vida. Me gustaría oír tu opinión, Madeline, antes de tomar ninguna decisión

Ah. y un favor más. Ahora quiero la verdad: ¿Me ha sido fiel Darlene? Sé que ha estado saliendo con chicos, pero ¿sigue queriéndome a mí. por encima de todos? Gracias por comprenderme. Te veré si Dios quiere. Tengo que sobrevivir en Vietnam, porque soy un tipo afortunado Espero. Ja, ja.

Te echo de menos. Con cariño,

Ray

El soldado de primera Raymond C. Griffiths fue a Vietnam inmediatamente después de las Navidades de 1965, destinado a la Compañía A, 1.er Batallón, 9.º de Infantería de Marina, 3.ª División de Infantería de Marina. Escribió esta carta a Madeline Velasco, una compañera de estudios de San Francisco, en junio de 1966. Murió pocas semanas después, el 4 de julio Tenía 19 años.

20 octubre 1966

Querida tía Fannie:

Esta mañana, mi sección y yo terminamos una patrulla de tres días Mientras avanzábamos penosamente por laderas abruptas cubiertas de matorrales, árboles y una vegetación impenetrable, por lo general, uno de los hombres se volvió a mí señalándome, con una mano llena de cortes y rasguños, una planta de aspecto sumamente distinguido, cuyas flores. rojas y delicadas. ondulaban vistosamente bajo el aguacero (que había estado cayendo sin parar desde el comienzo de la patrulla), y dijo: "Es la primera planta que he visto hoy que no tiene espinas." Inmediatamente pensé en ti

La planta. y la montaña en la que crecía, eran también representativas de Vietnam Es un país de espinas y cortes, de cañones y merodeo, de pocas esperanzas y grandes fracasos. Sin embargo, en medio de todo eso, un pensamiento hermoso, un gesto, incluso una persona. pueden alzarse por encima de ello. ondulando animosamente ante la muerte que se les derrama encima Algún día esta montaña será abrasada por el napalm, y la flor roja crepitará y morirá entre los espinos Por lo tanto, ¿qué sentido tiene vivir y ser una belleza entre los animales, si al fin ha de morir por causa de ellos, y con ellos? Esta es la pregunta que contesta "Una rosa es una rosa es una rosa", de Gertrude Stein. Se es lo que se es lo que se es Se crea en Dios, en el destino, o en las circunstancias, los elementos están tan mezclados en un ser que le hacen lo que es; su salvación de los espinos que le rodean reside en el hecho de que existe, en su propia personalidad Hubo un tiempo en que la idea judía del cielo y el infierno eran las ideas y opiniones que la gente tenía de uno después de muerto. Pero, ¿qué pasa si la planta hubiera estado en una montaña aislada y nadie la hubiera visto nunca? Eso es igual que la cuestión de si el árbol caído hace ruido en el bosque primitivo donde nadie puede oírlo. Hace ruido, y la planta era hermosa y el pensamiento era agradable. y la persona era humana, y notable y valiente, no sólo porque otras personas lo reconozcan como tal, sino porque es, y es, y es.

La flor vivirá siempre en la memoria de un infante de Marina empapado y cansado, y de este modo ha alcanzado una especie de inmortalidad. Pero aun si nunca hubiéramos pasado por esa montaña, seguiría siendo una flor sin espinas. roja y delicada. creciendo entre plantas punzantes y cortantes. y eso es en sí mismo su propia recompensa.

Con cariño,

Sandy

El 11 de noviembre de 1966, menos de tres semanas después que escribiera esta carta a su tía abuela Louis Adoue, el segundo teniente de Infantería de Marina Marion Lee Kempner, de Galveston, Texas, resultó muerto por la explosión de una mina cerca de Tien Phu. Después que había desactivado una mina, uno de sus hombres tropezó con otra. Aunque herido por la metralla, el teniente Kempner ordenó a los enfermeros evacuar a los otros heridos primero. Murió a bordo de un helicóptero de evacuación camino del hospital. Tenía 24 años

Querida señora Perko:

Siento no haber escrito antes. Recibí su carta el 29 de abril, cuando me dieron de alta en el hospital; después estuve en Saigón durante una semana o así.

¿Qué puedo decir para llenar el vacío? Sé que las flores y las cartas son convenientes, pero apenas es nada. Soy Johnny Boy, y estoy mal, física y mentalmente. Fumo demasiado, toso constantemente, no como, estoy siempre sentado y aturdido. Todos nosotros estamos en esas condiciones. Todos tenemos miedo a morir y lo único que podemos hacer es contar los días que faltan para regresar.

Tenemos una necesidad desesperada de amor. Cuando vamos a Saigón, nos gastamos todo el dinero en mujeres y cerveza. Algunas noches no consigo dormir. No puedo soportar estar solo por la noche. Los cañones no me importan —ya no los oigo— Quiero meterme la cabeza entre las manos y salir corriendo y gritando de aquí. También lloro, no mucho, sólo cuando toco los puntos dolorosos.

Estoy vacío, señora Perko. Soy una cáscara, y cuando estoy asustado, castañeteo. No soy quién para hablarle de su hijo. No puedo. Lo siento.

El cabo John Houghton —Johnny Boy— era el amigo de Terry J. Perko, un soldado de primera de Ohio, que murió el 21 de febrero de 1967, cinco meses después de su llegada a Vietnam. John vive ahora en New Jersey.

IZQUIERDA: *En su campaña contra la malaria y otras enfermedades tropicales, los australianos dieron con una forma gráfica de difundir la información.*

"TENEMOS QUE SALIR DE ESTE LUGAR"

Queridos ciudadanos, amigos, prófugos, etc.:

En un futuro muy próximo, el abajo firmante estará nuevamente entre vosotros, consumido y desmoralizado, para volver a ocupar su puesto como ser humano dentro de las bien sabidas formas de libertad y justicia para todos: para tomar parte en la vida, la libertad y la de un tanto aplazada búsqueda de la felicidad. Al hacer vuestros jubilosos preparativos para darle la bienvenida a la sociedad organizada, podrías tomar ciertas medidas para tener en cuenta los doce meses pasados. En otras palabras, quizá vuelva un poco asiático, con cierta vietnamitis o extranjeritis, y haya que tratarlo con cuidado. No os alarméis si padece todas las formas de enfermedades tropicales raras. Un corto tiempo en la "Tierra del Gran PX (Economato Militar)" le restablecerá de sus enfermedades.

No mostréis, por tanto, alarma, si insiste en llevar armas al sentarse a la mesa, si busca con la mirada su casco cuando se le ofrece una silla, o si os despierta en medio de la noche para que hagáis guardia. Conservad la calma durante las comidas cuando vierta salsa de carne sobre el postre de melocotones triturados con su whisky Seagrams VO. Fingid no enteraros si actúa con aturdimiento, come con los dedos en vez de con la vajilla de plata y prefiere las raciones "C" a la chuleta. Sed tolerantes cuando quite la manta y las sábanas de la cama y las eche al suelo para dormir allí.

Absteneos de decir nada acerca de huevos en polvo, patatas deshidratadas, arroz frito, leche fresca o helado. No os alarméis si salta de la mesa del comedor y se lanza al cubo de la basura a limpiar su plato con una escobilla de baño. Después de todo, ésas han sido sus condiciones normales. Y tampoco prestéis atención si, cuando comienza a llover, se quita la ropa, agarra una pastilla de jabón y una toalla y sale fuera a darse una ducha.

Cuando en sus conversaciones diarias diga cosas como "Xin loi" y "Choi oi", sed pacientes; y dejadlo rápida y tranquilamente sin más si por casualidad pronuncia "Didi" con mirada irritada, porque no significa menos que "Vete al diablo". No os sintáis agitados si coge el teléfono y chilla "Rey del cielo listo, señor", o dice "Recibido y corto" para despedirse, o grita simplemente "Funcionando".

No le preguntéis nunca por qué el hijo de Jones alcanzó mayor graduación que él y bajo ningún concepto mencionéis la palabra "prolongado". Simulad no enteraros si en un restaurante llama a la camarera "chica número 1" y usa el sombrero como cenicero. Probablemente se quedará oyendo sonar "En dirección al hogar" en el Servicio de Radio de las Fuerzas Armadas. Si lo hace, consoladlo, porque todavía está reminiscente. Pero vigiladlo cuando esté con mujeres... *especialmente* mujeres hermosas.

Por encima de todo, tened en cuenta que bajo ese exterior curtido y brusco hay un corazón de oro (la única cosa de valor que le queda). Tratadlo con amabilidad, tolerancia y alguna copita de buen licor de vez en cuando y lograréis rehabilitarlo hasta convertirlo en lo que era anteriormente (ahora sólo el cascarón hueco), el muchacho despreocupado que una vez conocisteis y amasteis.

Y por último, aunque igualmente importante, no enviéis cartas a la Oficina Postal del Ejército, llenad la nevera de cervezas, ventilad la ropa de paisano, llenad el depósito del coche y retirad a las mujeres y los niños de la calle. . ¡¡¡PORQUE EL CHICO VUELVE A CASA!!!

Con cariño,

Dave

Distintas versiones de esta carta circularon entre las unidades destinados en Vietnam. Fue enviada a su casa por el soldado de primera David Bowman, Compañía B, 1.er Batallón, 8.º de Caballería, 1.ª División de Caballería Aérea, An Khe/Phong Dien, 1967-1968.

★ ★ ★

11 agosto 1965

Querida Tracy:

Me resulta muy difícil comenzar esta carta. Lo que deseo decirte no puede ser expresado totalmente con palabras.

Me gustaría mucho decir las cosas apropiadas, quiero decir las cosas que te permitan comprender cuánto te amo. Antes de que nacieras, quería un niño, como la mayoría de los hombres. Pero cuando te vi por primera vez, con unos pocos minutos de vida, comprendí que nunca amaría a un hijo como a ti. Pues un hijo crece y se hace un hombre, pero una hija es siempre una niña a la que hay que amar y cuidar. Lo que deseo más que nada es que me conozcas y me quieras. Deseo que el amor que crezca entre nosotros esté lleno de comprensión, como el amor que existe entre tu madre y yo.

La próxima vez que te vea, serás una señorita, que andará y hablará. Aprende a decir "Papá".

Te quiero con todo mi corazón.

Un beso.

Papá

El alférez de Infantería de Marina Tyrone Sidney Pannell, nacido en Virginia Occidental y criado en Nueva York, llegó a Vietnam en julio de 1965, destinado al 1.er Batallón, 7.º Regimiento, 3.ª División de Infantería de Marina. Murió el 30 de noviembre de 1965 cerca de Chu Lai al hacer explosión una mina. Tenía 24 años. Exactamente seis meses antes, su esposa Marlene daba a luz a su hija Tracy Renee.

Capítulo 7

ESPERANDO A MI

Hacía ya siete años que había dejado Vietnam cuando me tropecé con mi amigo Jim. Yo estaba aquel sábado en un bar tomando unos coñacs con soda cuando entró Jim, bajó los escalones, miró alrededor y tiró de un taburete de la barra. No le había visto desde la escuela, pero lo reconocí sin lugar a dudas: un metro setenta, complexión de luchador, pelo rubio intenso, aunque tenía una cicatriz amoratada, rugosa e inflamada, que desde la patilla izquierda alcanzaba la mandíbula y seguía hacia el cuelo, donde desaparecía bajo el cuello de la camisa.

Antes no se la había visto nunca.

Me levanté sin más y, acercándome, me senté en el taburete de al lado "Ha llovido mucho desde la escuela, ¿no?"

Fuimos tomando platos de costillas y echando jarras de cerveza y coñacs al coleto mientras poníamos al día los años perdidos. A los dos nos habían ocurrido un montón de cosas Jim había seguido hasta el segundo año de la universidad y luego se había alistado voluntario para recibir entrenamiento de vuelo en helicóptero Había sido nombrado y enviado directamente a Vietnam, para volar con el 1.° de Caballería Aérea.

EL CAMINO DE LA DESOLACION

Cuando las sombras del atardecer comenzaban a atravesar las ventanas mugrientas, estábamos hablando de la época de Vietnam. Quang Tri, Tuy Hoa, Khe Sanh, Kontum, Phuoc Binh, Pleiku, Pico del Loro... retazos de recuerdos que emergían de los lugares que él había sobrevolado y las zonas que yo había recorrido a pie; algunos buenos, la mayoría malos y uno que obsesionaba a Jim, como una mano crispada saliendo de algún fétido arrozal para atraparlo.

"Nunca le he hablado a nadie de ello —dijo Jim, echando otro trago largo de cerveza—, pero me quema por dentro, me está consumiendo, y no serviré para nada si no consigo librarme de ello como sea."

Jim había estado 10 meses en Vietnam antes de que la guerra —no, en realidad Vietnam— lo enredara. Durante su segundo mes allí como copiloto de un helicóptero Huey, había sido abatido mientras transportaba a unos soldados de Caballería hacia una zona de aterrizaje extremadamente peligrosa. El piloto había resultado muerto, un artillero de puerta gravemente herido y tres de los soldados habían sido alcanzados.

"Yo no odiaba a los vietnamitas. Era demasiado novato para saber qué coño pasaba. Pensaba que era parte del juego: ellos nos disparaban y nosotros les disparábamos "Echó más cerveza garganta abajo y luego emitió una especie de risa. "Diablos, entonces no creo que supiera siquiera qué aspecto tenían los malos." La risa murió. "Todos eran malos, pero yo no lo sabía."

Estaba en el octavo mes cuando volvieron a derribarlo. Acababan de recoger a cinco soldados heridos y estaban tomando altura para salvar unos árboles cuando el parabrisas de plexiglás se hizo añicos y los mandos dejaron de responder, destrozados por un fuego de tierra El aparato comenzó a caer en picado hacia una hilera de árboles. Los heridos de la parte trasera habían resbalado hacia adelante, chocando con los asientos de los pilotos; después rebotaron para caer por la puerta abierta cuando el Huey se detuvo con una inclinación de 45 grados.

"No sé cómo, conseguí lanzar un S.O.S. No estaría aquí si no lo hubiera hecho." La voz de Jim era clara y firme. Los vietcong habían ido tras ellos. Las granadas de mortero estallaban a su alrededor y el fuego de las armas de mando hendía el aire. Him había recibido un maligno trozo de metralla que le rasgó un lado de la cara y se recordaba vaciando el revólver contra las figuras que se movían entre la espesura.

"Entonces llegó la bendita Caballería a rescatarnos. Ametralladoras, helicópteros y soldados por todas partes El tiroteo más encarnizado que nunca en la vida había esperado ver." Yo recordé su sonrisa burlona de otros tiempos; la evocación del rescate le iluminó la mirada.

Pero entonces algo le ocurrió. Se apagó la luz de sus ojos y la sonrisa se le heló, convirtiéndose en mueca. Nunca había visto aquella mirada perdida en la distancia en un piloto de helicópteros, sino únicamente en los soldados de Infantería. Pero Jim la tenía, y casi tan mala como la peor que yo había llegado a ver.

Sujetó la cerveza con ambas manos y después bajó tanto la voz que tuve que inclinarme hacia él para oírle: "Bajamos al pueblo de la zona, a una especie de bar de rock'n'roll con casa de putas. Era el décimo mes que estaba allí y seguía haciendo vuelos de evacuación sanitaria en el asiento izquierdo. Estaba tenso, nervioso, bebiendo demasiado y volando demasiado

"El lugar estaba atestado de militares y putas. Yo estaba ya medio trompa y no dejaba de dar tragos de una botella de Jack Daniels. Una putilla 'amarilla' me agarró y comenzó a bailar; yo me dejé llevar. Me dijo algo y la miré a la cara."

De la frente de Jim resbala un rosario de gotas de sudor. Te-

DERECHA: *Chicas de alterne en tugurios empapados en ginebra deambulando por el centro de Saigón.*

HOMBRE

nía la cara tensa y los nudillos con que apretaba la botella marrón de Pilsner estaban blancos. Ya no estaba a mi lado, sino en algún bar absurdo demasiados años atrás.

"Miré su cara de 'amarilla' y lo vi todo, vi a todos aquellos 'amarillos' que me derribaron, que mataron a los soldados que llevaba detrás, que mataron a todos los pilotos y tripulantes que habíamos perdido. Ella no era simplemente una puta vietnamita, era todos ellos, todos aquellos cabrones que intentaban matarnos No es que creyera verlo, John, era lo único que veía. Era real, tan real como que me ves aquí sentado."

Me estaba mirando, pero tenía los ojos vacíos Un vacío oscuro Eran unos ojos que reflejaban lo ocurrido aquella noche, años atrás en una pequeña ciudad vietnamita.

"Acabamos en uno de los barracones de la parte trasera. Había una vela, y se oía a los otros soldados hacerlo con otras putas. Pero yo sólo oía gemidos, y veía gente. . soldados... que morían por culpa de esos canallas 'amarillos'.

"Saqué el cuchillo de campaña (siempre lo llevaba conmigo) y miré a la cara a aquella muchachita que me desabotonaba la camisa. Se lo hundí en el cuello. Ella no hizo ningún ruido; murió unos minutos más tarde.

"Todos eran unos puñeteros 'amarillos' y no importaba a cuál matases. Eran todos iguales, nada más que 'amarillos'."

★ ★ ★

Resulta duro ahora oír esas palabras, pero así era aquello. Encasillamos a toda la raza, a una cultura entera, con una sola palabra: amarillo. No todos lo hicieron, por supuesto. Las Fuerzas Especiales y otros asesores militares, que colaboraron día tras día con sus colegas vietnamitas, o con los Montagnards de las montañas, llegaron a conocerlos, a apreciarlos, a respetarlos. Pero la mayoría de nosotros no lo hicimos así. Eran el enemigo, tanto si llevaban fusiles AK-47 en la espesura, como si nos vendían cocacolas —rellenadas con cristal triturado indetectable— a lo largo de la carretera

Eran "amarillos", "ojos rasgados", "orientales", "Charlie" . pero no personas de verdad.

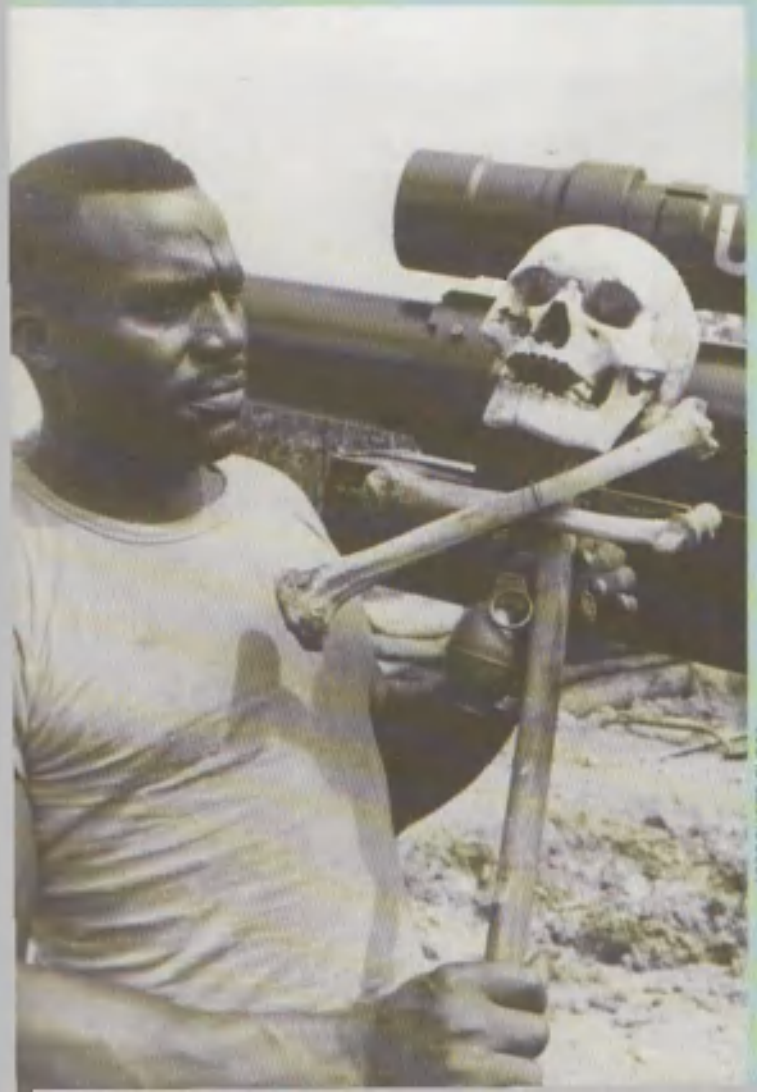
Eso hacía más fácil matarlos Ocurre siempre en las guerras, en las cuales o se deshumaniza al oponente o se vuelve uno loco de pensar en las personas que se está aniquilando. Y en el caso de los vietnamitas, a nuestro etnocentrismo yanqui le resultaba más fácil creerlo No hablaban nuestra lengua, tomaban comida diferente (perros y gatos incluidos) e incluso la cultivaban por sí mismos. Su apariencia, costumbres y vestido eran diferentes, y en realidad les importaba un comino que viniéramos a salvarlos de los males del comunismo.

No sé lo que esperábamos encontrar realmente cuando llegamos a Vietnam, pero desde luego no era eso. Al fin y al cabo, éramos norteamericanos y nos parecía que todos tenían que ser como nosotros. Los vietnamitas tendrían que apreciarnos, estar agradecidos, quizá incluso querernos por lo que hacíamos por ellos. Es posible que algunos de ellos lo hicieran, pero la mayoría nos odiaba a muerte.

A sus ojos éramos otros invasores. Después de siglos de combates —chinos, franceses, japoneses, nuevamente franceses, y luego nosotros—, nosotros éramos "ojos redondos" malolientes y enormes, con armas en la mano y dinero en el bolsillo, que arrasábamos su país, envilecíamos a sus mujeres y sus hijas y matábamos a los jóvenes. El campesino medio no nos quería allí. Sólo quería que le dejasen cultivar su arroz y criar a su familia en paz. Pero los norvietnamitas y el Vietcong no se lo permitían, y nosotros tampoco.

De modo que los vietnamitas devolvían los golpes, y principalmente a nosotros, porque nosotros éramos los cándidos recién llegados. No me refiero a una gran escalada ofensiva. Eso equivaldría a decirnos que dejáramos el dinero en casa. Lo hacían en pequeña escala y de manera más insidiosa, corrompiendo, mutilando y a veces matando. O minaban nuestra moral y disciplina hasta que, en los últimos momentos, casi llegaron a hundirse.

ABAJO: *Doctor Muerte. Ese cráneo y esos huesos en cruz, con una granada acoplada, fueron plantados en la frontera de Camboya, como advertencia a las infiltraciones de vietcong*



ASSOCIATED PRESS

(NO ENCUENTRO NINGUNA) SATISFACCION

Son las cosas pequeñas, dicen, las que matan. Cosas pequeñas como los encendedores, cuando el soldado intenta comprar de estraperlo. "Un dólar, soldado. Un Zippo número dos. ¿Lo quieres? Un dólar, soldado." Claro, ¿por qué no? ¿Qué es un dólar? Aquí tienes, chico. Eh, Jack, mira este Zippo. Lo conseguí por un dólar. ¿Tienes fuego? Claro... la chispa de la piedra prende un pedazo de mecha que hace estallar el detonador y unos gramos de explosivo plástico... en las manos del soldado y en la cara de su amigo. No es extraño que no confiáramos en ellos. No combatían limpiamente.

Quizá fuera por eso por lo que la guerra nos resultaba tan frustrante. A pesar de que el gobierno de Estados Unidos y la mayoría de los militares de mayor graduación no tenían ni idea de lo que estábamos haciendo en Vietnam, los de a pie teníamos que hacer la guerra. Pero nos habían entrenado en tácticas convencionales, y el Vietcong y los norvietnamitas no luchaban así. Estábamos preparados para grandes combates con frentes claramente definidos, pero a los malos les encantaba atacar con francotiradores, dar golpes de mano, poner trampas explosivas, tender emboscadas y hostilizar. No es extraño lo currido en My Lai. No es extraño que los períodos de descanso en la base fuera de la jungla fuesen con frecuencia tiroteos de frustración en miniatura: fumadores de porros frente a bebedores, negros contra blancos, combatientes de primera línea contra cabrones de retaguardia.

Empeoró, además, a medida que la guerra iba llegando a su fin. Las zonas de fuego libre se convirtieron en zonas donde no se hacía fuego. Ya no hacíamos ofensivas, sino que combatíamos en operaciones de resistencia hasta que nuestros amigos del Ejército survietnamita pudieran tensar la cuerda... o al menos hasta que pudiéramos quitarnos el asunto de encima.

Era el mes de agosto de 1970 y estábamos retirando la 5.ª División de Infantería (Mecanizada) de Quang Tri, no muy al sur de la Zona Desmilitarizada. Yo estaba asignado a una compañía formada al efecto, cuya tarea consistía en proporcionar seguridad a los norteamericanos encargados de la logística durante el traspaso de lo que quedaba de la base de Quang Tri a sus colegas del Ejército survietnamita.

No era un trabajo emocionante. Nuestras órdenes eran organizar patrullas locales limitadas, únicamente "acciones defensivas". Éramos, en la mayor parte, soldados de primera línea a la espera de nuevos destinos en Vietnam, pero había un grupito de cabrones de retaguardia que, desgraciadamente, incluía a la mayoría de los oficiales y los suboficiales más antiguos. Casi todos los otros norteamericanos habían dejado Quang Tri.

Desde el primer día hubo fricciones. Las revistas e inspecciones de barracones, y los servicios de policía para recoger la basura, eran cosa fácil de soportar. Pero no las órdenes estúpidas, casi criminales.

Se me encargó llevar a una especie de patrulla a unos cinco

DERECHA: *Sexo, religión y psicodelia, colocados en un puesto callejero en Saigón para atraer la vista del comprador. Pague y llévese lo que le guste.*

CAMERA PRESS

quilómetros del campamento de la brigada. Me dieron siete soldados, una ametralladora M-60 y una radio PRC-77. La cantidad básica de seis cargadores de M16 por hombre, además de largarnos algunos explosivos de gran potencia y granadas de fósforo blanco por añadidura. Se nos ordenó permanecer allí fuera hasta nueva orden. ¿Nuestra misión? Proporcionar seguridad al campamento

"¿Qué quiere decir eso, exactamente, Ele Te?", pregunté al comandante de la compañía en funciones, anteriormente ayudante del ayudante del oficial de operaciones de la brigada.

"Quiere decir, sargento, que se asegure de que no seamos atacados."

Estupendo Ocho hombres para defender el campamento de una brigada. Seguí preguntando. "Lo siento, sin apoyo aéreo ni artillero, pero hay algunos morteros del Ejército survietnamita disponibles. No, no puede moverse de la posición designada No, no puede hacer acciones ofensivas."

Hice caso omiso de muchas de las cosas que nos ordenaron hacer —o, a decir verdad, no hacer— y mis soldados, todos ellos ratas de jungla a mitad del período de servicio, me secundaron. Nos agenciamos otra M-60 y un puñado de "claymores" y más del doble de la cantidad básica de munición. Una vez fuera de la base patrullamos activamente, pedimos fuego de morteros sobre las posiciones sospechosas (sorprendentemente, las unidades survietnamitas actuaron con presteza y con mucha puntería), y en general nos hicimos notar durante cuatro días. Después nos ordenaron regresar y estuve a punto de ser llevado ante un tribunal militar por desobedecer las órdenes. Al parecer, fui demasiado agresivo durante la vietnamización de la guerra.

NO ABANDONES A TU HOMBRE

Cuando se asentó la polvareda y prevalecieron las mentes militares más frías, a mi "pelotón" y a mí se nos encomendó un servicio permanente de vigilancia de búnquer, junto con parte de una compañía de Infantería del Ejército survietnamita. Durante los siguientes siete días vimos en aquellos palacios de sacos terreros infestados de chinches y mosquitos, comiendo raciones "C" y contemplando a las ratas escabullirse y retozar entre la basura.

Estábamos frustrados, aburridos y desencantados. Habíamos salido a hacer nuestra tarea de la manera que se nos había enseñado y, no obstante, la consecuencia había sido el destierro. Podría haber sido insoportable... es decir, de no ser porque nuestros pequeños amigos del Ejército survietnamita vinieron una tarde a visitarnos. Yo estaba sentado en el búnquer central de los tres que había, echando una última mirada al paisaje antes de que desapareciera el sol, cuando observé a unos survietnamitas y un par de mis soldados que desaparecían en dirección a nuestro búnquer del flanco derecho. Salí a dar una vuelta para echar un vistazo. Cuando salté dentro del refugio, los cuatro se quedaron helados en el sitio. Sobre uno de los deteriorados catres había cigarrillos impregnados en opio y paquetes de "Js" (porros) envueltos en celofán en cantidad suficiente para "colocar" al cuartel general del Mando de Asistencia Militar en Vietnam.

Nadie dijo una palabra. Miré al soldado vietnamita de más edad, que estaba sonriendo y mirando al suelo alternativamente.

"¿Hablas inglés, rata de mierda!", le pregunté.

"Sí, sí, sí —me sonrió con alegría—, muy bien, muy bien."

"Tráeme un par de botellas de ron Bacardi, del bueno, antes de 30 minutos, o si no te volaré la tapa de los sesos " Me volví a los soldados: "Aseguraos de que lo hace y no me acordaré para nada de lo que he visto sobre el catre."

Veinte minutos más tarde, Rata de Mierda hizo la entrega. Aquella noche me emborraché y la mayor parte de mis hombres se "colocó"; la compañía vietnamita arrasaba los alrededores cada cierto tiempo, y todos contentos. Así continuó todos los días. Nadie se ocupaba de controlarnos, ni siquiera manteníamos comunicación por radio. No éramos nadie allí, en la línea de búnqueres. Al Ejército le importábamos un rábano, lo mismo que a nosotros el Ejército.

Así habría seguido para siempre, a no ser porque el sexto día el comandante de la compañía se acercó en el jeep. Vino solo, lo cual fue un error por su parte.

Cuando llegó, yo estaba echado sobre mi búnquer, tomando un poco el sol: ni me molesté en levantarme Venía todo tieso embutido en su traje de faena almidonado, con el casco, los correajes y las botas brillantes Yo iba en pantalones cortos y con barba de una semana.

"¡Sargento Morris! ¿Qué diablos cree que está haciendo? Echó a perder su misión en zona de combate y ahora ni siquiera puede cuidar búnqueres. ."

Oí el ruido de dos o tres M16 al ser cargados. El teniente también. Siguió moviendo los labios, pero no echaba nada por la boca; en la escuela de oficiales no le habían preparado para aquello. Pude ver el cañón de un M16 asomando entre los sacos terreros del búnquer contiguo: apuntaba al oficial y así lo dejé estar.

Bajé de un salto y pegué la cara a la del teniente: "Tus gilipolleces me ponen malo, puñetero cabrón de retaguardia. Has estado buscándonos las vueltas desde el primer día, nos cubriste de mierda por intentar luchar, luego nos arrojaste aquí y nos olvidaste ¿Quién cojones te crees?" Lo agarré por la pechera y lo arrojé violentamente contra el refugio. Si hubiera tenido un arma preparada, le habría metido un tiro El teniente representaba, en ese preciso instante, todo lo malo de Vietnam.

Fue lo bastante listo par no decir nada y le dejé ir. Aún había polvo del jeep en el aire cuando mi pelotón emergió de los agujeros. Ninguno llevaba su M16 y nunca supe quién me había respaldado.

"Que se joda, sargento —dijo uno—. Nosotros no hemos visto nada." Los demás movieron la cabeza mostrándose de acuerdo.

Al día siguiente, dejamos la línea de búnqueres. Nos duchamos, nos afeitamos y nos pusimos uniformes limpios, pero todos teníamos el M16 cerca. Tal como nos sentíamos, si el Ejército norteamericano quería problemas, los tendría. Pero no ocurrió nada. Nunca volvimos a ver al teniente y a los pocos días llegaron órdenes por las que nos destinaban a nuestras nuevas unidades.

Creo que nosotros ocho representábamos un microcosmos del Vietnam de la zona de retaguardia —lo que para los soldados norteamericanos era un buen trozo del país en esa fase— du-

IZQUIERDA: *A veces costaba creer que había una guerra. Esas dos jóvenes eran Michelle y Nicole, bailarinas con un puesto fijo en el club Embassy de Saigón.*

rante nuestras dos semanas restantes en Quang Tri. Éramos unos perfectos soldados corrientes cuando nos destinaron a aquella compañía formada de varias; cuando acabamos, estábamos aburridos y frustrados, buscando una salida a través de las drogas, el alcohol... y el intento de asesinato.

No sé los demás, pero yo eché tierra sobre aquellas dos semanas y continué pese a todo cuando asumí mi nuevo destino en Tuy Hoa. No podía hacer otra cosa. Me asignaron un pelotón de infantería y más tarde obtuve el cargo de sargento de sección. Todavía había que realizar "operaciones de resistencia" en las montañas centrales, y las temibles patrullas interminables para asegurar el perímetro de Tuy Hoa —tres o cuatro días fuera, unos días dentro

Mi compañía de Tuy Hoa había pasado por tres comandantes en los nueve meses anteriores a mi llegada. Incompetencia, latrocinio, alcoholismo —según se corría en el mentidero— eran las causas. Sorprendentemente, la compañía en sí estaba en muy buena forma. Pero excepto por un mayor número de salidas por la zona de Kontum y las patrullas locales y de vigilancia del perímetro, todo el batallón comenzaba a estar inactivo.

¿La mente ociosa da en cosa mala? Un tópico, pero también muy cierto Hacia el mediodía, muchos soldados y suboficiales, y hasta algún oficial, estaban firmemente plantados en sus respectivos clubes, corriendo el alcohol, o escondidos en algún refugio apartado pasándose la marihuana o algo más fuerte. Los que no estaban ocupados de otra manera bajaban a la playa o iban a los locales "vapor y crema" —una manera "fina" de decir casa de putas— autorizados por el Ejército en la base.

LA CASA DEL SOL NACIENTE

Los locales "vapor y crema" fueron, en mi opinión, una idea puñeteramente buena del Ejército. Suministrando chicas limpias, baratas y amables a los soldados frustrados y reprimidos, el Ejército se ahorraba un montón de casos de enfermedad venérea (ya tenía, según todos los informes, bastante como estaba), así como las peleas nocturnas en el pueblo de la zona. E incluían de verdad un baño de vapor, una bendición después de patear la inmundicia fuera de la alambrada, una inmundicia que precisaba de dos o tres duchas antes de poder ser arrancada en el restregado final.

En Quang Tri no teníamos tantos lujos, aunque estuviéramos, por así decir, igual de calientes, pero el Tío Sam imaginaba que los soldados podían pasar sin ello. Los soldados, sin embargo, son de lo más intrépido, especialmente cuando se trata de mujeres. Uno de los tipos de suministros, un sargento hispano, había conseguido la tarea de supervisar a los trabajadores vietnamitas que entraban diariamente a la zona del batallón para limpiar, quemar la basura, trabajar en las cocinas y todo lo demás. El estaba, además, conchabado con el suboficial más antiguo de la Policía Militar, que mandaba cada día el destacamento de la puerta de entrada al recinto. Dados estos dos componentes, las mujeres eran un artículo que podía conseguirse en cualquier punto de la base

A principios de enero de 1979, poco después de mi llegada a la 5.ª, regresaba al barracón de la sección de darme una ducha cuando vi a un grupo de soldados arracimados en torno a un búnquer. Me acerqué a ver qué pasaba Mi sargento de sección,

un negro especialista de nivel 5 [illegible] Descubrí después que estaba en la nómina del sargento de suministros, lo que quería decir mujer gratis y [illegible] por supervisar las "operaciones" de la compañía.

"¡Eh, tío! —dijo al reconocerme a la luz menguante— ¡Aquí hay un coñito que necesita una corrida!"

"¿Qué pasa, sargento?", respondí, como un joven estúpido e ingenuo.

"Vaayyya, hombre. Mujeres, vino y un porrito, si te apetece. Diez billetes te dan para 20 minutos."

"Ah... yo, esto... bueno... no llevo nada suelto..."

DULCE QUINCEAÑERA

"¡No sufras, soldado! Te apunto en la libreta para el día de paga. ¡Mira, como eres nuevo por aquí, te pones al principio de la cola!"

"Eh..., bueno, sargento, yo..."

Se alzaron voces a mi alrededor. "¡Vamos, pimpollo. ¿Te dan miedo las chicas o qué?" "¿Eres maricón?" "Pruébalo, no es bueno para el alma."

Qué demonios. El búnquer estaba dividido internamente con una manta militar y a cada lado había una vela, un catre y una joven vietnamita. El lado izquierdo estaba ocupado por un soldado, así que viré a la derecha. Una botella de aguardiente y unos porros a medio fumar descansaban en una repisa hecha en el saco terrero situado sobre el catre: la chica estaba chupando como loca uno de los porros de marihuana más grandes que había visto en mi vida.

Lo tiró despreocupadamente al suelo cuando entré, me atravesó con una mirada desenfocada e inyectada en sangre, y dijo:

"¿Quieres chupa-chupa o traca-traca, muchacho?"

Vietnam, un lugar realmente increíble.

★ ★ ★

Es injusto, sin embargo, señalar Vietnam con el dedo y decir que era el centro mundial del pecado y la degradación. Sin duda, tenía parte de eso, pero tras 15 años de intervención norteamericana, ¿cómo no iba a ser así? Sólo los cuatro años de la II Guerra Mundial produjeron algunos de los mayores timos, fraudes y estraperlos conocidos hasta la fecha en los círculos militares norteamericanos.

Pero Vietnam fue diferente. Era una residencia fija, un lugar al que eran enviados continuamente militares profesionales mal pagados. Y los que pertenecían al clan —los suboficiales y oficiales más antiguos— sacaban saneadas ventajas de ello.

Cuando yo ya había regresado de Vietnam, llegó un caso a los tribunales militares que sacudió el cuerpo de suboficiales —y a todo el Ejército, en realidad.

Un sargento mayor, uno de los suboficiales de mayor rango en la estructura jerárquica del Mando de Asistencia Militar en Vietnam, fue hallado culpable y degradado a soldado por or-

IZQUIERDA: *Todas las comodidades de casa. Con frecuencia, los artículos norteamericanos acababan en el mercado negro, la mayoría robados y puestos abiertamente a la venta después en Saigón.*

ganizar su propia mafia "caqui" en Vietnam Junto a numerosos cargos, que abarcaban desde la utilización indebida de los transportes del gobierno hasta conducta indecorosa, recibió la puntilla por rebañar ganancias de todos los clubes de suboficiales de Vietnam.

Y no fue el único en caer. Otros suboficiales de mayor o menor grado, así como un cierto número de oficiales "supervisores", vieron interrumpirse bruscamente su carrera, o algo peor.

Pero ése no fue más que un ejemplo, de los que hacen noticia. Había literalmente millares de operaciones que continuaban en marcha, desde la introducción de droga a pequeña escala hasta la apropiación ilícita y el robo a mayor escala.

Mientras estaba en Quang Tri con la compañía mezclada, un encargado de suministros controlaba la transferencia de equipo entre vitnamitas y norteamericanos. La última unidad norteamericana en entregar el equipo de mayor volumen —vehículos, armas pesadas y demás— fue la Compañía P, del 75.º de Rangers. El oficial de la compañía era un primer teniente que había sido abogado en la vida civil.

Cuando el encargado fue a cotejar físicamente los números de serie de armas y motores con los de la lista del oficial, casi le dio un ataque al corazón No sólo había desaparecido la mayoría del material, sino que el remanente era una mezcolanza de vehículos norteamericanos y vietnamitas y equipo de otras unidades.

Cuando pidió una explicación, el oficial le dijo simplemente que lo que veía era lo único que iba a conseguir, de modo que lo tomaba o lo dejaba. El encargado, con mil años de servicio activo, comenzó a citar leyes y reglamentos, cuya conclusión era que el teniente iba a tener que pagar el déficit.

ABAJO. *Un bar de Saigón, uno de los muchos que surgieron por todo el Sudeste asiático, para suministrar droga, sexo y rock'n'roll a los soldados: el sórdido legado de una guerra sórdida.*

CAMERA PRESS

UN SOLO PEON EN EL TABLERO

Según la historia, el teniente dijo algo así como: "Mira, soy abogado y conozco el Código de Justicia Militar Tiene tantos resquicios que nunca podrás hacerme nada, de modo que vete a hacer puñetas."

El resto de la historia, o el comienzo, en realidad, trataba de unos Rangers emprendedores que vendieron los activos de su unidad a los vietnamitas (o a quien fuera) por un buen margen de beneficios. Como buenos Rangers, habían suplido su asignación oficial de armas y vehículos por medio de "requisas nocturnas", y eso era con lo que se había encontrado el encargado.

Nunca he sabido la conclusión y ni siquiera puedo jurar que toda la historia sea verdadera. Pero no lo dudo en absoluto. He visto demasiadas cosas similares a menor escala por todas partes para tratar de desmentirla. Y tengo pocas dudas de que sucediera incluso a escalas más grandes.

Enviamos a miles de jóvenes a luchar y morir en una guerra que no teníamos el propósito de ganar; los convertimos en matadores profesionales, para desecharlos como basura cuando regresaron Nunca les aclaramos qué era lo que se esperaba de ellos en Vietnam. Les dijimos. "Id a matar a esos 'amarillos', muchachos", pero nunca les dijimos verdaderamente quién era el enemigo en primer lugar. Les dijimos que nuestra causa era justa, y sin embargo los ojos de cada vietnamita les decían que eran unos intrusos odiados Les dijimos que sus sacrificios eran honrosos, aunque sacrificáramos su honor ese día de 1975 en que los últimos efectivos de Infantería de Marina despegaron del tejado de la embajada norteamericana en Saigón.

Eso es lo que hizo Vietnam un lugar tan sórdido y sucio. Las drogas y todo lo demás fueron únicamente una manifestación de esa malignidad llamada fracaso, esa actitud de decir "luchad, pero no ganéis".

Las tropas combatientes sólo pueden aceptar eso hasta que su sistema interno de razonamiento y lógica —lo cual existe incluso en una guerra definible, cosa que no era la de Vietnam— queda sobrecargado y se rebela.

Eso fue lo que le ocurrió a mi amigo Jim aquella noche en el sucio burdel vietnamita. Escuché su relato y quise decirle que lo entendía, que estuvo bien, pero yo nunca había llegado al punto que había llegado él, y otros cientos más sin duda, y estaba muy contento de ello.

No estaba bien asesinar en la guerra, sea cual sea la provocación o el estado mental, pero a Jim no se le podía culpar. El no era más que un arma forjada y arrojada a ciegas por la política militar y gubernamental —muy escasa—, que había enloquecido violentamente en la arena de la desesperación.

No sé si Jim habrá podido echar fuera sus demonios, porque no he vuelto a verlo desde aquella noche en el bar. No obstante, su historia ha ido siempre conmigo, porque, en cierto sentido, describe perfectamente lo que llegamos a ser en Vietnam. No asesinos despiadados, en realidad, sino una generación de soldados a los que se cortó las amarras y fueron abandonados a merced de sus propias fuerzas, de sus propios juicios y decisiones, mientras se hundían en el mar de la indecisión de su país.

Para terminar, creo que es muy fácil resumir nuestra experiencia en Vietnam en una frase: "Hemos encontrado al enemigo, y somos nosotros", reza el dicho. Y así fue.